



COOLIN

SIN REGLAS NI PRINCIPIOS

ALINA COVALSCHI

COLIN

SIN REGLAS NI PRINCIPIOS

3



ALINA COVALSCHI

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: COLIN

Autora: Alina Covalsch

Primera edición: Septiembre 2019

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo
Sobre el autor
Agradecimientos

PREAMBULO

Todas las posibilidades de ser feliz desaparecen para Colin cuándo se ve obligado a dejar ir al amor de su vida. Un trato y su mal comportamiento son los culpables de su nueva situación.

Pero como él bien sabe, la vida da muchas vueltas. Dos años después, alguien le hace saber que la persona que más quiere necesita su ayuda más que nunca.

Un territorio desconocido, una banda de moteros más que peligrosa, drogas y armas son las cosas que le esperan en su nuevo viaje.

Está dispuesto a hacer lo que sea necesario para que Freya vuelva a casa.

¿Lo conseguirá? ¿Freya podrá perdonarlo? ¿Será suficiente el amor para vencer todos los obstáculos que les tiene preparado el destino?

CAPÍTULO 1

Me recosté en el sofá tratando de ignorar a los imbéciles de mis hermanos, revoloteando sin parar a mi alrededor. Ese día era mi jodido cumpleaños y a pesar de la alegría que había a mi alrededor, no había podido contagiarme. No sentía absolutamente nada.

Resultaba difícil saber los años que cumplía en mi estado, aunque estaba casi seguro de que eran veintiocho o veintinueve a lo sumo. Estaba tan borracho que había olvidado hasta el año en el que estábamos. Mientras mis hermanos intentaban preparar una fiesta, yo me debatía entre seguir bebiendo o salir a buscar una chica para echar un buen polvo. Aunque no lo reconocería frente a nadie, yo sabía que siempre había sido una persona difícil de tratar. Yo lo achacaba a la mierda de vida que me había tocado vivir. Me había quedado sin padres a una edad temprana; tenía alrededor de catorce años entonces y me vi obligado a cargar con el gran peso de la responsabilidad. Nuestros abuelos vinieron a cuidar de nosotros pero yo tuve que hacerme cargo de la casa y de pagar las facturas. Ellos no tenían dinero, apenas llegábamos a final de mes con la pensión de mi abuelo. Dejé de estudiar a los dieciséis años y empecé a trabajar en un taller de coches, como aprendiz de mecánica.

Mi hermana Sarah era muy pequeña cuando todo ocurrió. Lloraba sin parar por la muerte de nuestros padres y, a pesar de que era una situación complicada, yo tenía que estar a su lado y ser el apoyo que necesitaba. Le preparaba el desayuno, la llevaba al colegio y luego me iba al taller de Jonas para ganar algo de dinero. Por la tarde la recogía del colegio, la llevaba al parque y luego a clase de piano. Disfrutaba tanto tocándolo, que todos los esfuerzos que tenía que hacer para pagar su aprendizaje, eran bien recibidos. Se distraía de todo y se la veía cerca de la felicidad. Sin olvidar, por supuesto, la situación que tenía en casa.

Las noches eran diferentes, la oscuridad nos envolvía y la tristeza aumentaba. El recuerdo de la pérdida de nuestros padres se intensificaba aún más, haciendo que los echáramos de menos de una forma que rozaba lo insoportable. La evocación de mi madre leyendo un cuento o llevándonos un vaso de cacao en polvo con leche a la cama, se hacía dolorosa. Aunque yo necesitaba eso más que nadie, me había propuesto que la costumbre no desapareciera y cada noche, hacía lo mismo con mi hermana.

La familia que me quedaba era todo para mí y estaba dispuesto a todo por ellos.

Y aunque Freya no fuera de mi familia, era tan importante para mí como ellos. Recordaba la primera vez que la vi. Creí que era un ángel enviado por mis padres para alegrar mis días y reducir la carga que llevaba sobre mis espaldas. Y si había pensado en un ángel, era porque realmente lo parecía; ojos grandes y azules, cabello tan rubio que parecía brillar como una estrella, sonrisa perfecta y encantadora, y un cuerpo que activaba los cinco sentidos de todo el que estuviera cerca. Y yo no era diferente, me sentía muy torpe a su lado, como si ella me hubiera robado la capacidad de pensar. Había esperado el momento perfecto para invitarla a salir, pero nunca lo había hecho. Freya era demasiado joven, una niña adorable que no merecía que alguien tan dañado como yo le estropease la vida. Durante un tiempo, disfruté de su amistad. Me gustaba poder llamarla y escuchar su voz cada vez que quería, darle los abrazos que mi cuerpo me pedía y tenerla siempre cerca para poder ver esos ojos que me volvían loco.

Hace seis años

—No hace falta que entréis conmigo. Yo hablaré con Damien, no olvidéis que vosotros tenéis una familia a la que proteger. Además, yo sé cómo manejar la situación—habló Austin mientras se bajaba de su moto.

Era la primera vez que estaba en el lugar donde vivía Damien y no era nada de lo que me había imaginado. Estábamos en un aparcamiento vacío, solo había dos furgonetas negras bloqueando la entrada a un garaje

pequeño. Al lado había una nave industrial, utilizada como vivienda. No tardé en adivinarlo al ver las cortinas que cubrían los cristales de las ventanas.

Jasper había recibido una llamada y se alejaba caminando mientras hablaba con quien quisiera que lo hubiera importunado.

Me sentía extraño, habíamos aceptado firmar unos contratos que nos había cambiado la vida. Tenía que alejarme de mi hermana Sarah para no involucrarla en la nueva situación en la que me encontraba. Pero me sentía perdido sin ella. Ella era mi brújula, la única que podía ayudarme a encontrar el norte de nuevo.

Escuché un ruido a mis espaldas y me bajé de la moto. Recorrí el lugar con los ojos y vi una puerta abierta. Me acerqué con cautela y miré hacia el interior. La luz estaba apagada, pero podía ver una sombra moviéndose delante de la ventana. Me introduje en la oscuridad con sigilo mientras sacaba la navaja de mi bolsillo y me preparaba para atacar si hacía falta. Alguien nos estaba espionando y necesitaba darle una lección para asustarlo y enseñarle que eso era de muy mala educación.

Me acerqué al escritorio y moví el cuchillo en el aire hasta que alguien pasó por delante de mí. No dudé ni un segundo en agarrarlo por la cintura y presionar la navaja contra su costado derecho.

—No me hagas daño, por favor —dijo una suave voz. Le había dado un susto de muerte a la chica o eso me hizo creer, porque en cuánto aparté el cuchillo de ella, se dio la vuelta dispuesta a enfrentarme. Esquivé como pude el puñetazo que iba directo a mi cabeza. Sujeté su muñeca con mis manos, deteniéndola. Al darse cuenta de que esa mano le había quedado inutilizada, intentó arañarme la cara con las uñas de la mano que tenía libre.

—Deja de moverte, pequeña fiera. O habrá consecuencias.

Ella se quedó inmóvil bajo mi agarre y suspiró con frustración.

—Otro engreído. Mi padre sólo contrata hombres sin cerebro. No ibas a ser tu la excepción —Dejé de sentir tensión en sus manos y la solté, alejándome y permitiendo que dejara caer sus brazos a sus costados. Caminé hasta la pared y busqué el interruptor. Aquella chica iba a tener que escucharme. Yo no tenía la cabeza hueca y se lo iba a demostrar.

Parpadeé un par de veces cuando la luz inundó la estancia y giré la cabeza. El rostro de aquella joven se veía pálido y tenso. Era guapa, tenía el pelo largo y rubio, unos grandes ojos azules que emanaban fragilidad. Me

gustó, era el reflejo de un una diosa, pero una diosa condenadamente joven. Tanto que tenía más rasgos infantiles que adultos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz ronca—. ¿Mi padre lo sabe? Sus empleados no tienen permiso...

—Me importa una mierda tu padre —rugí—. Quiero saber por qué nos estabas espiando.

—¡No lo hacía! —Sacudió con vehemencia la cabeza a modo de negación.

—Mira, no tengo tiempo para jugar a las adivinanzas. Te vi, así que deja de mentir.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho, nada impresionada por mi brusquedad.

—Quiero que te vayas. —Entrecerró los ojos sin dejar de mirarme—. Si no lo haces, gritaré. Los hombres de mi padre vendrán y...

—¿Y qué? —Di un paso hacia delante. Ella se mordió los labios y retrocedió—. Sabes, podría aprovechar este momento para asustar a tu padre. Se lo merece.

—¿Asustar? ¿Cómo? —Me miró a los ojos, como reflexionando acerca de lo que acababa de decirle.

—Tranquila, no le haré daño a tu papi. Al menos no todavía.

—Puedes hacerlo, no me importa. —Se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿quieres decir que no pasa nada si te tomo como rehén, por ejemplo?

Ella no apartó la mirada de la mía y pude divisar cómo contenía el aliento.

—¿Serías capaz? ¿Me llevarías lejos de aquí? —Me miró con curiosidad. No supe adivinar si se estaba riendo de mí o si hablaba en serio—. Quiero montar en tu moto...

—¿Qué demonios? —Gruñí y traté de recordar la razón por la que estaba allí—. Estás loca.

—Estoy desesperada, quiero irme de aquí.

Apartó el pelo de su rostro y se mordió el labio inferior. Gran error, mi mente no dejaba de imaginarse a mis dientes mordiendo esa tentadora boca.

—¿Por qué? —Mi voz sonó quizá demasiado seca—. ¿Qué pasa aquí?

—Mi padre... —Dio un paso hacia delante y estiró las manos—. Puedes atarme, no voy a gritar. Solo sácame de aquí.

—Oye, niña. No sé a qué estás jugando.

—Ayúdame, por favor —susurró y dio otro paso hacia delante.

—Mierda, esto no me gusta.

No entendía qué demonios estaba pasando pero esa chica parecía muy asustada. Joder, quería ayudarla pero no sabía nada acerca de ella. Y además, era menor de edad. ¿Y si era una trampa?

—Por favor. Haré todo lo que tú quieras.

—Esto ha sido un error. —Retrocedí—. Tengo que irme.

—No me dejes aquí. —Sollozó y se abalanzó a mi cuello. Su cálido y pequeño cuerpo se apretó contra el mío y solté un gemido de sorpresa. Nadie me había abrazado con tanto fervor y debía admitir que era una sensación increíble. Por primera vez en años, estaba casi abrumado por la emoción. La única que conseguía que me sintiera así, era mi hermana Sarah.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasa?

La chica me soltó y me miró. Se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y sacudió la cabeza.

—Solo si me llevas contigo.

Negué con la cabeza. Aquella chica me había intrigado y aunque no tenía tiempo, decidí quedarme y escucharla. Se la veía perdida, como si necesitase ayuda.

—Cuéntamelo y luego tomaré una decisión.

Decidí dejarla con su padre. Ella tenía solo quince años y podrían haberme encerrado por corrupción de menores. Todos los días me arrepentía de haberlo hecho y no dejaba de pensar en ella y ese caluroso abrazo que me había dado.

Trabajaba para su padre entonces y no quería cometer ningún error, Damien me tenía amenazado con cargarse a mi hermana. No obstante, encontré la manera de ayudarla y de hacer su vida al lado de su padre un poco más llevadera. Ella tenía pasión por las motos y cada vez que tenía que ver a su padre, la buscaba y la llevaba a dar un par de vueltas por el barrio. La dejaba conducir con mi ayuda y supervisión, un poco cada día, hasta que aprendió a hacerlo a las mil maravillas.

—¿Salimos o qué? —Travis golpeó mis piernas con su zapato—. Llevamos toda la puta tarde encerrados en casa. Es tu cumpleaños, tío.

—No estoy de humor...

—Tú nunca lo estás. Prefieres ahogar tus penas en alcohol —bufó.

—¿A dónde queréis ir? —Lo miré con cara de exasperación. Si yo ahogaba mis penas en el alcohol, él lo hacía con las chicas que trabajaban en el club Harmony, y no me apetecía verlas. Me trataban con indiferencia porque sabían que no me interesaba pasar el rato con ninguna de ellas.

—Al club, he quedado con Jasmine.

—¿Chase y Vincent qué opinan?

—Queremos salir. —Chase asomó la cabeza—. Esto es aburrido sin mujeres.

—Está bien, pero solo un par de horas. Mañana tengo que trabajar.

CAPÍTULO 2

Estábamos pasando un verano muy caluroso y no apetecía montar en moto. Teníamos la suerte de que Vincent no bebía alcohol y hacía de chofer. Nos montamos todos en su todoterreno rumbo al club Harmony, ellos con ganas de fiesta y yo con el ánimo hecho trizas. Freya no había vuelto, vivía en el condado de Ardmore con Ángela y Stephanie. Se había unido a la banda de Las Bandidas y participaba en los espectáculos de striptease. No podía creer que se desnudase por dinero. En parte me culpaba, yo la había empujado a tomar esa decisión, pero no sin un buen motivo. Había hecho un trato con su padre para mantener a Roy en la cárcel. A Damien le quedaban un par de semanas de condena y me tenía vigilado; no podía buscarla. Me odiaba a mí mismo por eso. Era una putada.

Me bajé del coche y traté de serenarme. Estaba molesto pero no quería pagarlo con mis amigos del club. Ya habían pasado dos años desde que Freya se había ido, y ellos sabían que aún la quería y que no la había olvidado.

No obstante, ella era inalcanzable para mí, ya no podía hacer nada para recuperarla. Había perdido cualquier esperanza de que pudiéramos estar juntos. Y más, después de haberme cargado su virginidad como un loco degenerado. Y encima, para después tratarla con indiferencia, como si no me importase. Me comporté como un imbécil y un cobarde.

—Sonríe un poco, que es tu cumpleaños.

Vincent guardó las llaves en el bolsillo de su chaleco del club y resopló. Él era alto, moreno y con rasgos españoles. Salió de prisión hacía ya cuatro años y no se relacionaba con chicas. Era tímido. No hablaba mucho, no a menos que tuviese algo importante que decir y era bastante inteligente. Su aspecto de chico malo: cabeza rapada y tatuajes, decía todo lo contrario pero a nadie parecía importarle. Teníamos que imponer, ser duros e implacables.

—Odio venir a esta choza. —Miré el cartel luminoso, dando un paso hacia

delante—. La última tuve una movida muy gorda con el dueño.

Él me miró, lleno de dudas y de confusión.

—Daniel tenía razón. —Sacó un paquete de tabaco de su bolsillo y me ofreció uno. Negué con la cabeza, había renunciado al tabaco hacía un año y no quería recaer—. Este lugar no pertenece a nuestro territorio. Somos simplemente clientes habituales.

Le dediqué una mirada asesina.

—¡Y una mierda! —Mi voz se elevó—. Su mujer está usando el nombre de Free Souls para mantener a los Skulls fuera de su bar.

Vi por el rabillo del ojo que Chase y Travis habían dejado de hablar para mirarnos. No quería montar otro maldito circo delante de ellos, pero era muy impulsivo y difícil de controlar. Con Freya y Sarah fuera de mi vida, era casi imposible. Usaba el sexo y las borracheras para matar el tiempo pero lo único que eso conseguía, era sacar lo peor de mí. ¿Por qué debería cambiar cuando la única chica que amaba ya no estaba en mi vida?

—Jasper la autorizó. —Dio una calada larga a su cigarro—. Amanda es amiga de Sarah.

—No podemos hacer excepciones —hablé con determinación—. Si mostramos debilidad...

—Deja de ser tan obtuso. Jasper sigue siendo el líder. Sin él, estaríamos perdidos.

El me sostuvo la mirada, sin alterarse, porque tenía razón y ambos lo sabíamos. Jasper se sacrificaba por el club para que los cinco estuviéramos unidos y no nos desviáramos del buen camino. Gracias a él teníamos una amistad verdadera. La comunidad motera de Texas estaba a salvo con él como cabecilla. Jasper había hecho todo lo posible para aliarnos con los demás clubes y estábamos preparados para cualquier enfrentamiento con las bandas de Ardmore.

—Lo sé, joder. No hace falta que me lo recuerdas. Es un buen jefe —dije, mirándolo—. Chase y Travis han perdido el norte y lo necesitan.

—Tú también. —Habló en voz baja, pero con tono severo—. Olvídala ya, maldita sea. Estás obsesionado con ella. Tienes que seguir adelante con tu vida.

—No puedo, joder. Está yendo por mal camino. Ya no queda nada de la niña dulce que conocí hace seis años. ¿Y sabes por qué?

Él negó con la cabeza mientras apagaba el cigarrillo con la punta de su

bota.

—Porque le hice daño —dije entre dientes—. Porque yo la he jodido como si fuera un desgraciado sin sentimientos.

—Freya puede tomar decisiones por sí sola, sabe distinguir lo bueno de lo malo. Ya no es una niña, no tienes que cuidarla. Se fue y asumió las consecuencias de sus actos.

Había algo en su voz que intensificaba la conversación y la hacía más profunda de lo que yo habría deseado.

—¿Entramos? —Travis nos miró con impaciencia—. Jasmine tiene que subir al escenario y quiero tirármela antes.

—¿A ti quién demonios te entiende? —Lo miré mal—. Estás enamorado de la hermana de Jasper y te tiras a todas las mujeres disponibles que hay en Texas. Vas a terminar mal.

—¿Cómo tú? ¿Llorando por Freya cada vez que se te da la oportunidad? —Me miró, cerca del enfado—. No hables de mi vida y yo no me meteré contigo. No juzgues mis decisiones, Colin. No eres mejor que yo.

Miré hacia la entrada con impaciencia. Joder, él tenía razón. No era mejor que ninguno de mis amigos, que más allá de eso, eran como hermanos. Los únicos que habían conseguido mantenerse alejados de problemas y peleas, eran Austin y Jasper.

Mi primo estaba muy feliz con Kate, su matrimonio funcionaba de verdad y más aún con la noticia de un futuro bebé en la familia.

Jasper había anunciado el mes pasado que se iba a casar con mi hermana. Querían una boda sencilla y económica. Los dos estaban trabajando, pero apenas podían cubrir los gastos de la reforma que habían empezado hacía unos meses en casa de mis padres. Les ofrecí mi ayuda, pero se negaron. Dijeron que era mejor guardar el dinero para el taller y el regalo de boda.

—Lo siento, hermano.

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—Controla tu maldito temperamento. Estamos hartos de cubrir tu culo cada vez que la cagas.

Simplemente asentí. Mi comportamiento era el que se esperaba del típico chaval problemático y bocazas. Debería madurar y seguir el ejemplo de mi primo, pero me había tragado un montón de mierda durante mi infancia y no era un experto en tomar buenas decisiones.

Harmony era un club como cualquier otro, lo único que lo hacía tan

atractivo para la clientela motera, eran sus actuaciones en directo de bandas de rock bastante famosas cada fin de semana. El interior dejaba mucho que desear, el decorado y las mesas de billar habían visto mejores tiempos. Había reservados para los clientes vip y algunos veteranos que habían dejado los clubes de moteros. Nosotros formábamos parte de esos privilegiados porque Jasmine y Claire se lo habían pedido a su jefe, Daniel.

Tomamos asiento alrededor de una mesa al fondo a la derecha, justo bajo un enorme póster de una Harley- Davidson clásica, del año 1956.

Travis le hizo señas a Jasmine para que se acercara a nosotros y se recostó en su asiento. Ella no tardó en aparecer y nos sirvió una ronda de cervezas, después cogió de la mano a Travis y se lo llevó a la parte de arriba. Allí había dos habitaciones que usaban principalmente para eso.

—No veo a Claire. —Chase escudriñó los alrededores—. Su turno empezó hace dos horas.

—Estará ocupada con algún cliente —dijo Vincent un poco aburrido. Metió una aceituna dentro de su boca y sacó su móvil.

—No se acuesta con otros, solo conmigo —graznó Chase.

—¿La reclamaste como tuya? No la he visto llevando el parche de la banda... ¿Ahora Gabe los hace invisibles? —Solté una carcajada.

Él me mostró el dedo medio y se inclinó sobre la mesa.

—Vete a la mierda, Colin.

Nos miramos con hostilidad hasta que Claire apareció de la nada. Vestía el mismo uniforme que Jasmine, falda de cuero negra y camiseta blanca con el logo del club. Era alta y mucho más guapa que su amiga. Tenía la boca grande y ojos azules flanqueados por unas largas pestañas que seguramente eran postizas.

—Mi sexy motero. —Le dio un beso largo y sonoro a Chase, luego clavó su mirada en mí—. Es tu cumpleaños.

No era una pregunta, pero me limité a asentir.

—¿Algo especial para mi amigo? —preguntó Vincent—. Está un poco tosco esta noche.

—¿Una botella del mejor whisky que tenemos?

Él asintió con la cabeza y se reclinó en la silla, alcanzando su cerveza. Capté su mirada de complicidad y lo ignoré sin darme por aludido. Estaba bastante ebrio en ese momento, solo quería beber un poco más y volver a mi casa. Mis cumpleaños eran una mierda sin mi hermana y Freya. Era imposible

ser feliz sin ellas, sin las únicas personas que conseguían mantenerme cuerdo.

Claire se enderezó sobre sus tacones y se perdió entre la multitud.

Me froté la parte de atrás del cuello. Sentí un fugaz momento de inquietud, nunca había conseguido salir de las profundidades. Y con Freya fuera de mi vida era cada vez más difícil encontrar la luz. El trayecto que había elegido era cruel y desvanecía toda mi energía. Ya no tenía una razón para luchar ni tampoco un motivo para hacer las cosas bien.

—Deberías echar un polvo —sugirió Chase—. Hay una camarera nueva y es bastante buena. Me la tiraría yo, pero el cumpleaños eres tú, así que adelante... Tienes el camino libre.

—No jodas, ¿tengo que darte las gracias? —Tomé un trago de mi cerveza y miré hacia la barra. No vi a la chica nueva, pero sí a Claire y a Amanda, la veterana. Esas dos mujeres me odiaban o eso debería ser porque no encontraba otro motivo para las extrañas miradas que me lanzaban.

—Yo tengo a Claire. —Levantó su cerveza en el aire, saludándola—. Hace maravillas con mi cuerpo y me pone a cien.

—También lo hacía Valeria.

—No la menciones, joder —rugió, dirigiéndome una mirada fría y calculadora—. Ella es agua pasada, ¿entendido?

—Me callaré.

A mi lado, Vincent se puso rígido y su sonrisa desapareció. Él también sabía que no era inteligente meterse con Chase cuando estaba molesto. Todos teníamos problemas con chicas, con amores prohibidos.

Valeria estaba casada y después de pasar un buen rato con Chase, había dejado de llamarlo. La hermana de Jasper, Amelie, se había ido de Texas a la universidad de Colorado y solo venía una vez al mes para ver a Travis. Vincent, lo pasó peor. Stephanie, una de las bandidas mintió acerca de su vida, lo hizo creer que era una chica normal y corriente. Nada que ver con una exconvicta que tenía un tío narcotraficante y era líder de la peor banda de moteros de Ardmore.

Quedaba yo, el jodido chalado que manchó la inocencia de Freya, tirando a la basura unos hermosos años de amistad.

Me sujeté a la mesa y me puse de pie. Mi visión estaba empezando a volverse borrosa y mis piernas no respondían con normalidad. Miré a la camarera que nos servía la botella de whisky que había encargado Vincent y traté de sonreír, considerando la idea de Chase. Ella vestía el uniforme del

club: una falda blanca y ajustada, y una camiseta de tiras negra. Mostraba un amplio escote y unas curvas que rogaban mi atención. Y lo hice. La agarré por la cintura y la apreté contra mi entrepierna con fuerza.

Los chicos silbaron y levantaron las cervezas en el aire. Estaba siendo rudo, pero estaba tan borracho que apenas me di cuenta. Me había viciado al alcohol. Cada vez que bebía, había una voz interior que me desafiaba y me empujaba a hacer todas las cosas que estaban prohibidas.

La cerveza era como mi gasolina, mi calmante y mi asesino de malos recuerdos. Siempre había un motivo para beber y eso me había convertido en prisionero de la adicción. Ya no tenía fuerzas para luchar contra nadie, me sentía como un caballo domado.

—Feliz cumpleaños —susurró la chica en mi oído—. Mi turno ha terminado.

Ella alargó las manos hasta mi cuello y tiró de mí para meter mi cara en su escote. Olía bien y su piel ligeramente sudada puso mi miembro como una roca. Sentí un subidón de adrenalina, tenía ganas de tomar posesión de su cuerpo.

—Perfecto.

La cabeza me daba vueltas, pero estaba listo para lo que ella tenía preparado para mí.

CAPÍTULO 3

Abrí los ojos con dificultad. Podía escuchar pisadas retumbando contra el viejo suelo de madera, acompañadas por un sonoro portazo. El ruido llegó directo a la parte trasera de mi cabeza y cerré los ojos para aliviar el dolor. Era un martirio vivir con Vincent y con Travis, eran desordenados, ruidosos y adictos a los videojuegos. Intenté moverme pero una chica desnuda se aferraba a mi cuerpo como si fuera un pulpo. Era la camarera, me la había llevado a casa para echar un polvo y luego me había quedado dormido. Ni siquiera me había molestado en preguntarla cómo se llamaba. Si seguía a ese ritmo, ya no sabía hasta dónde sería capaz de llegar.

La sensación de sed tan conocida para mí, apareció de repente. Tenía la boca pastosa y cualquier movimiento hacía que mi cabeza palpitase, sensaciones que formaban parte de mi día a día. Eran molestas a pesar de que me estaba acostumbrado a sentir las. La resaca era parte de mi vida y cuánto antes lo asumiera, mejor.

Me deslicé bajo la sábana con cuidado, separándome poco a poco de ella. Me bajé de la cama con todo el sigilo posible y me puse los pantalones. Mi humor empeoraba por segundos y tenía una tentación casi insoportable de echarlos a todos fuera de casa. Ese pensamiento hizo que apretara mis dedos alrededor del cinturón.

Exhalé. Miré el reloj despertador junto a la cama y gruñí. Eran las ocho de la mañana. A las nueve y media tenía que abrir el taller. Sí, era dueño de un negocio que me gustaba pero con el ritmo de vida que llevaba, me costaba trabajo sacarlo adelante. Siendo realistas, se me daba bastante mal manejar el dinero.

Contaba con la ayuda de Travis, que me echaba una mano de vez en cuando, en sus ratos libres. Había trabajado en el taller de su padre desde que era un crío y había aprendido mejor que bien el oficio. Tenía muy buena

reputación y los clientes estaban encantados con él. De vez en cuando, además de ayudarme con las cuentas, me ayudaba con la modificación y customización de motos, cascos, instrumentos y coches.

Me froté los ojos, aún legañosos, y salí de la habitación. Parpadeé un par de veces cuando entré en el salón porque la luz del día entraba a raudales por la ventana y me hacía daño a la vista. La televisión estaba encendida y la consola también. Esos dos tarados se habían pasado la noche entera jugando. Ni siquiera me molesté en apagarla, crucé el pasillo y empujé la puerta de la cocina.

Chase levantó la cabeza y sonrió. Me sorprendió verlo allí, no recordaba que hubiera vuelto con nosotros a casa la noche anterior.

—El cumpleaños despertó. ¿Cómo pasaste la noche? —Levantó un ceja.

—Bien, supongo. No recuerdo mucho...

Me acerqué a la mesa y él me dio un plato donde había dos tostadas con aguacate. Cogí una taza vacía que había al lado y la llené de café, observando los movimientos de mi amigo. Untaba su tostada de mantequilla con detenimiento, limpiando el cuchillo de los bordes quemados del pan. Luego cogió una cuchara y la metió en un bote abierto de mermelada de fresa. Probó un poco antes de echarla encima de la tostada y gimió.

—La madre de Jasper es la mejor cocinera del mundo —murmuró mientras chupaba la cuchara.

—Exageras.

Di un largo sorbo a mi café.

La cocina era pequeña y estaba bastante limpia. Ninguno de los tres tenía la costumbre de dejar los platos sucios en el fregadero. Nos turnábamos por semanas para recoger la casa y dejarla como nueva. La había comprado hacía ya un año y como los gastos eran demasiado altos, ellos dos vivían conmigo. El rincón para desayunar estaba adornado con una mesa circular cubierta por un mantel amarillo de algodón, a juego con las cortinas. Las sillas de madera que la rodeaban, le daban un toque hogareño y cálido.

—Anoche hablé con Austin. Al parecer, Kate le dijo que Damien ha salido de la cárcel hace dos días —dijo. Noté que su tono de voz había cambiado.

Estaba a punto de contestar cuando una figura femenina entró en la cocina. La camarera se había despertado y había abandonado la cama. Llevaba puesta la misma ropa de la noche anterior: unos jeans negros y ajustados, una camiseta roja y unos tacones azules. Esa chica no sabía combinar los colores,

hasta una niña de doce años podría verlo.

Ella levantó una ceja en dirección a Chase y estiró la mano derecha.

—Me tengo que ir. Necesito mi dinero. — Arrastró las palabras y parpadeó como si fuera un búho.

Él, a modo de respuesta, dio un gran mordisco a su tostada y asintió con la cabeza.

—Ey, ¿qué pasa? —Travis entró en la cocina y se apoyó en el borde de la mesa. Llevaba puesta una sudadera roja de Chicago Bulls y una gorra negra sobre su cabeza. Le gustaba en baloncesto y entrenaba todos los viernes al equipo del instituto CanZion, donde había estudiado Amelie. Era alto, tenía el pelo negro y ojos oscuros. Las chicas del último año estaban locas por él. Siempre iba en su harley-davidson, ese monstruo de color negro con detalles plateados y con un increíble motor—. ¿Me he perdido algo?

Empujé mi plato y me puse de pie. Me acerqué a Chase y lo miré a los ojos.

—¿En serio? —dije con voz seria—. No sois para nada sutiles. ¿Quieres explicarme de qué va toda esta mierda?

—No te había comprado nada. —Masticó con rapidez y luego dio un trago a su zumo de naranja recién exprimido.

—¡Joder! —Mis ojos se abrieron instintivamente, olvidándose de la luz.

—No quiero ser una perra, pero no tengo tiempo para socializar.

La chica se pasó una mano por el pelo, intentando peinarlo con los dedos. Era guapa, pero por alguna razón ya no me sentía atraído por ella.

—Está bien. —Chase levantó un hombro, indiferente—. Ven conmigo.

Ella se acercó y me dio un beso fugaz en los labios.

—Para ti estaré disponible siempre. —Me guiñó un ojo y salió detrás de Chase.

—¿Qué mierda ha sido todo esto?

Miré la puerta por donde se había ido con una mezcla de asombro y repulsión.

—Tienes un imán para las zorras.

—Ni siquiera sé cómo se llama —murmuré.

Hice una mueca y tomé asiento. Nunca había tenido una novia y era un maldito desastre cuando se trataba de relaciones. No solía salir con la misma chica más de una vez. Aunque salir no era la palabra adecuada, la realidad era que nunca me acostaba con una chica en más de una ocasión. Era solo sexo sin

obligación. ¿Por qué buscaba solo chicas que fueran fáciles? Porque mi corazón tenía dueña. Una dueña preciosa, con el cabello multicolor que me llegaba a la cintura, ojos salvajes que brillaban de una forma tan extraña que no podría distinguir si eran verdes, dorados o azules. Siempre tenía esa mirada dulce que tanto me fascinaba y una magia rodeándola, que me inspiraba muchos deseos. Tenía un encanto que la hacía especial.

De solo pensar en ella, me ponía duro. No necesitaba verla o tocarla, solo con imaginármela delante de mí, bastaba. Era adicto a ella y a su recuerdo, el mismo que estaba acabando conmigo. La culpa, los remordimientos y la rabia, me mataban. Me había mantenido alejado de ella para que estuviera a salvo y había destrozado todo aquel esfuerzo en una sola noche de locura.

Empecé a beber cuando el padre de Freya entró en prisión, justo después de haberla rescatado de las manos de Roy. Me sentía culpable por todo lo que le había pasado, por su jodida situación de mierda. El alcohol aliviaba mi dolor y hacía que ese infierno se viera de otra manera, no tan oscuro y tan profundo.

—Tengo que irme.

Levanté la cabeza con brusquedad cuando Travis habló, gesto del que me arrepentí en cuánto noté el mareo característico de la resaca.

—Llámame luego, tenemos que ir al bar de Austin para reunirnos con Shade, el cabecilla de los Black Crowes. Hay que aclarar el tema del incendio provocado. Menos mal que nadie ha resultado herido.

—Tengo entendido que fueron Los Bastardos quienes prendieron fuego a la tienda de Victoria. Al parecer fue novia de uno de ellos y huyó de Ardmore hace tres años y hasta ahora, no había rastro de ella. —Hizo un pequeño ruido en la garganta—. Se había cambiado de nombre.

—Me importa una mierda eso. —Se me escapó un resoplido—. Esto ha sido un golpe para los clubes de Texas, pero no quiero que nos enfrentemos a ese tal Marco.

—¿Por lo de Las Bandidas? Sé que es el tío de Stephanie y un importante narcotraficante.

—Así es. Ese imbécil es un problema para todos. Si empieza una guerra por nuestro territorio, no sé si vamos a poder ganarla. Está rodeado de asesinos profesionales a los que debe pagar muy bien...

—Somos muchos, Colin. Alrededor de quince bandas —concretó él.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Chase con interés mientras entraba

en la cocina. No lo había escuchado entrar.

—De Los Bastardos, más concretamente de Marco —le contestó Travis—. Me tengo que ir. Nos vemos esta noche.

Salió por la puerta y el silencio se instaló en la cocina. Pasé las manos por mi cuello y miré la taza vacía de café situada al lado del plato con las dos tostadas y el aguacate. No tenía hambre y estaba cansado.

—Deberías darte una ducha y comer algo —murmuró Chase mientras tamborileaba sus dedos encima de la mesa. Tenía los ojos verdes, era grande y corpulento. Llevaba su pelo negro muy corto, lo que le hacía lucir bastante atractivo y le daba un aspecto salvaje. Era más alto que yo y tenía un tono de piel oliváceo, o eso parecía en los pocos huecos de su cuerpo que no estaban cubiertos por tinta. Una vez al mes, se hacía un tatuaje. Yo también tenía un par de ellos pero no me sentía tan orgulloso de llevarlos como él. Los dos me los había hecho estando borracho.

Chase tenía dos hermanas mellizas, pero ellas habían dejado de hablarle cuando entró en prisión. Se avergonzaban de él. Mi amigo había cometido el error de confiar en su compañero de guerra. No sabía que lo había utilizado hasta que la policía se presentó en su casa para detenerlo por tráfico de drogas. Encontraron debajo de su cama doscientos gramos de cocaína y un kilogramo de marihuana.

De los cinco, era el único que tenía entrenamiento militar y un aspecto aterrador.

—Me daré una ducha antes de irme, pero no me apetece comer.

—Deja de agobiarte tanto por asuntos que no tienen importancia. No puedes cambiar el pasado, ella no va a volver. —Me gruñó y pude ver la preocupación en sus ojos.

—Estaba pensando en Marco...

—Sigue engañándote a ti mismo... —Entrelazó las manos y las posó sobre la mesa.

—No me apetece hablar de esto contigo —le dije sin ganas. Mantuve mi cara todo lo inexpresiva que pude, pero por dentro estaba hirviendo—. Siempre acabamos a gritos.

—Claro, porque se te va la lengua y acabas mencionando a Valeria para molestarme. —Su expresión se tornó oscura.

—Pero porque tú siempre sacas el tema de Freya —dije, levantándome—. Nos vemos esta noche. Trata de no mencionar a Damien. Él es sólo problema

mío, no del club.

—Si no lo hago yo, lo hará Jasper. Ya está enterado, así que prepárate para lo que sea.

Resoplé, sacudiendo la cabeza.

CAPÍTULO 4

Llevé la moto a la parte de atrás de mi taller y me bajé con ganas de empezar a trabajar. Compré el local hacía ya dos años a cambio de una buena suma de dinero. Aunque todavía fue más caro comprar los materiales y las máquinas que hacían falta para empezar a funcionar como un negocio de verdad. Tardé mucho tiempo, casi un año, en encontrar el nombre perfecto: Devil's Rider. Todos los que tenían esa pasión incontrolable por las máquinas de dos ruedas, querían tenerlas a la última moda.

La puerta blindada de metal se abrió ante mí y miré los coches desmontados, las motos puestas en fila para ser restauradas y recibir una nueva apariencia, y las mesas de madera repletas de objetos de todo tipo, listos para ser customizados. Tenía mucho trabajo, los pedidos llegaban casi a diario. Pero no me quejaba, aquello era mi pasión. Era jodidamente bueno en lo que hacía, era un perfeccionista que realizaba un trabajo con mucha confianza y seguridad. Y mis clientes estaban más que satisfechos.

Entré en mi pequeña oficina y bufé cuando vi la mesa repleta de papeles y facturas sin organizar. Odiaba hacerlo yo mismo, era tan aburrido que cada vez que me ponía con aquello me entraba el sueño. Llevaba un par de meses diciendo que iba a contratar una persona, pero no quería que fuera una mujer. Mi vida era menos complicada sin la presencia femenina y al parecer, había pocos administrativos de género masculino.

Recogí un poco por encima y me puse a trabajar.

El primer cliente fue un tipo grande, con su pelo negro recogido en una coleta descuidada. Tenía una barba tan larga que casi le llegaba hasta el pecho y los brazos llenos de tatuajes. Había traído un camioneta Dodge para personalizarla con el logo de su empresa. Tenía varias carnicerías repartidas por todo Texas y era bastante conocido. Había sido el líder de una banda de moteros en los años ochenta, pero tuvo que dejarlo cuando su hija enfermó de

cáncer.

Pasé el resto de mi día inmerso en el trabajo. Terminé de restaurar una Derbi Coyote del año 1972, una moto que había marcado generaciones. Tardé un mes en sacarle el polvo y el óxido, reemplazar el manillar, el tubo de escape, el depósito, las ruedas y las llantas. Todo original. La había puesto en funcionamiento para probarla y no había dado ningún problema. Faltaba contactar con su dueño y hacerle la entrega.

Estaba a punto de apagar las luces, cuando un Mercedes negro entró a través de la puerta abierta. Miré el número de matrícula y di un paso hacia atrás. No era de Texas, sino de Ardmore. Un hombre se bajó, era bajito y llevaba un sombrero negro sobre su cabeza. Abrió la puerta de atrás y cuando vi la cara de Damien, casi me volví loco. Metí la mano dentro del bolsillo de mi mono de trabajo y me aferré con fuerza a la navaja que siempre llevaba conmigo. No sabía si podría ser de ayuda, pero necesitaba estar preparado para cualquier cosa.

Él caminó a mi encuentro y mientras lo hacía, miraba a su alrededor con asombro. Estaba vestido con pantalones negros y una camisa blanca, arrugada y remangada. Había envejecido, su cabello rubio estaba de un tono casi blanco y su piel, era tan pálida que parecía que toda la sangre había abandonado su cuerpo. El tiempo lo había castigado, dejando sus marcas visibles ante cualquier par de ojos. No llevaba objetos lujosos encima, ni siquiera ese reloj de oro que era su mayor orgullo. Había llegado a pensar que quería más a esa cosa de valor que a su propia hija.

Verlo delante de mí, me hizo recordar el infierno que viví durante cuatro años cuando había trabajado para él y eso me alteró más de lo que hubiera deseado.

—Tengo que reconocer que nunca vi venir esto. Siempre había pensado que eras un caso perdido. —Hablabla con tranquilidad.

Elevé una ceja hacia él y esperé a que siguiera hablando.

—Y también me sorprendió bastante que hayas cumplido con tu palabra —constató—. Cuando viniste a verme a la cárcel, pensé que querías restregarme en la cara lo bien que te lo pasabas con mi hija.

De pronto mis músculos se tensaron, no quería recordar aquel día, no delante de él. El trato que habíamos hecho para mantener a Roy en la cárcel había sido el detonante de mi desastrosa situación.

—¿Qué demonios quieres? No eres bienvenido aquí —dije apuntando con

mi mirada hacia la salida—. No tenemos nada de qué hablar.

—Freya siempre estuvo enamorada de tí. Cuando venías a verme, ella se comportaba de forma muy extraña. —Torció una sonrisa—. Buscaba cualquier excusa para salir fuera y siempre la encontraba encima de ese monstruo que al que llamas moto. Casi la pierdo por eso...

Sus palabras me llevaron de vuelta a ese momento en el que Freya me dijo por primera vez que me quería. Uno de los pocos momentos de felicidad en mi vida.

—¿Por qué tanto misterio? —Freya arrugó la nariz y entrecerró los ojos—. Mi cumpleaños es mañana.

—Lo sé... —resoplé—. ¿Quieres dejar de hablar y seguirme? Me haces perder la paciencia.

—Hoy estás más gruñón que nunca. Llevo sin verte dos semanas, te presentas aquí sin avisar y me tratas con indiferencia. ¿Qué mosca te ha picado?

—Freya... —Me acerqué a ella y la agarré por los hombros con brusquedad. Miré como mis dedos se ponían blancos por la presión que ejercían sobre su piel, pero no la solté. No quería hacerlo, no quería soltarla nunca. Era jodidamente difícil mantenerme alejado de aquella preciosa joven. La quería y no podía decírselo. Estaba enamorado de ella y no podía pedirle que fuera mi novia. Ella tenía solo diecisiete años y era una niña en comparación conmigo y con todo lo que me rodeaba. No había lugar para ella en el infierno de vida que me había tocado—. Siempre haré cosas que no tienen explicación porque soy impulsivo. Te he comprado un regalo.

—¿Sí? —Sus ojos brillaron como dos estrellas. Sabía lo ansiosa que se estaba poniendo—. ¿Qué es?

—Pronto lo verás. —Extendí mis manos por la parte baja de su espalda y la presioné firmemente contra mí—. Estás sonrojándote. ¿Es por mí?

—¿Por qué tienes que preguntarme eso? —Tenía la mirada de una niña tímida.

—Porque me gusta verte así, coladita por mí.

—No es verdad. —Dejó escapar un lento suspiro.

—Veremos si dices lo mismo después de ver el regalo.

—¿Me va a gustar? —Sus cejas se alzaron y una sonrisa juguetona tiró de las comisuras de sus labios.

—Demasiado. —Sonreí y me la llevé conmigo al aparcamiento. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio una moto envuelta en un lazo de color rojo.

Ella se alejó para darle un repaso a su regalo y me fijé en la ropa que llevaba puesta. Me gustó la forma en que sus pantalones negros y cortos enfatizaban su trasero. Tenía unas piernas largas y tonificadas; me las imaginé alrededor de mi cintura mientras arremetía contra ella. Mierda, que frustrante era todo aquello. Sería mejor que me calmara, que dejara de tener pensamientos obscenos con ella, tenía que dejarla en paz. Era una auténtica tortura, por eso intentaba verla lo menos posible. No solo era guapa, sino sexy y elegante.

—¿Es mía? —Se volvió hacia mí.

Parpadeé y volví a la realidad. Ahí estaba, delante de mí, sonriendo desde lo más profundo de su alma. Reprimí un gruñido y le enseñé las llaves.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Es potente, tiene el escape doble cromado, el manillar de fácil alcance y el motor refrigerado por aire. —Sus ojos brillaron—. ¡Tengo una harley!

—Vamos a dar una vuelta por el barrio.

—Espera... —Dio un paso hacia delante—. Esta moto es muy cara. Es un modelo nuevo.

—Te la mereces, Freya.

—Te quiero —murmuró con la más absoluta honestidad.

—Ven aquí. —La agarré y tiré de ella hasta situarla frente a mí—. Me haces feliz.

—Y tú a mí. —Me dio un beso en la mejilla y salió corriendo hacia la moto.

—¿Por qué estás aquí? —rugí—. ¿Qué mierda quieres, Damien?

—Vine para decirte que voy a romper el trato que hicimos —aseguró con determinación.

—Me importa una mierda, tu hija ya no quiere saber nada de mí. Conseguiste lo que querías, joder.

—Vaya, lo siento...

—Mira, no estoy de humor para aguantar tus gilipolleces. Vete de aquí, maldita sea. —Lo miré con dureza. Me costaba pensar, lo único que quería era echarlo a patadas de mi taller.

—He cometido un error, ahora lo sé —dijo mientras dirigía su mirada al suelo—. No debería haberte pedido que rompieras tu amistad con ella a cambio de mantener a ese maldito bastardo de Roy en la cárcel. Sé que la cuidaste, que Austin y Kate se hicieron cargo de ella durante un tiempo. Fui un egoísta cuando te pedí que la olvidaras.

—Es tarde para arrepentimientos. Ya no hay vuelta atrás.

Y no la había. Después de aceptar ese maldito trato, me emborraché y fui a buscar a Freya. Sabía que esa era la última vez que podría hablar con ella y decirle todo lo que sentía. Pero no fui capaz de hacerlo, me lancé sobre ella como un puto lobo hambriento y desesperado. Ella no me rechazó, se entregó a mi por completo. Fui feliz, fui realmente feliz durante unas horas, pero cuando me desperté al día siguiente a su lado y vi las sábanas manchadas de sangre, salí huyendo, asqueado de mí mismo.

—Quiero hacer otro trato contigo.

Me miró, la expresión de culpa había desaparecido de su rostro.

—Cierra la puta boca y vete de aquí.

—Mi hija está mal, la tratan como si fuera basura —continuó, con una voz profunda y hostil—. Intenté acercarme a ella, pero amenazaron con rajarme el cuello.

Sus palabras me impactaron como si un fuerte puñetazo acabase de aterrizar sobre mi cara. ¿La trataban mal? ¿Cómo demonios había pasado eso? Las Bandidas tenían fama de ser malas, de no andarse con rodeos cuando se trataba de hombres peligrosos. Ángela y Stephanie eran dos mujeres con historial delictivo, con un pasado turbio y oscuro. Deberían proteger a Freya, eso me había asegurado Ángela cuando se la llevó con ellas.

—Mientes, Freya no quiere saber nada de ti. Ella te odia.

—Puede ser, pero no soporto ver como esos bastardos le ponen la mano encima. Nunca en la vida la había golpeado, joder. Sé que no fui un buen

padre, pero la quiero. —Sus ojos no dejaban de moverse de un lado a otro por mi taller. Era como si estuviera esperando que alguien llegara. Su estado de alerta me ponía nervioso y eso no me gustaba—. Ayúdame a traerla a casa.

Asimilé sus palabras, sin comprar la mierda que me estaba vendiendo.

—No te creo, solo quieres envenenarme para que vaya a buscarla. Ella se fue de Texas sin mirar atrás... —Mi mente se nubló, siempre lo hacía cuando pensaba en Freya. Ella era mi consciencia, el faro que me había guiado en la oscuridad durante muchos años.

—Voy a enseñarte algo, para que veas que no estoy mintiendo.

Solté un bufido y caminé al lado de Damien como si no fuera digno de mi tiempo. Abrió la puerta trasera de su coche y hurgó en el interior hasta que encontró su teléfono móvil. Lo desbloqueó en silencio y mientras deslizaba un dedo por la pantalla, me di cuenta que estaba temblando.

—No quiero volver a verlo... —Me dio el móvil y se alejó.

El vídeo comenzaba con una discusión entre Freya y un chico rubio, miembro de una banda de moteros, cosa que deduje porque llevaba un chaleco con parches de su club. Ella lo empujaba mientras le gritaba. El chico no se movía, ni siquiera abría la boca para contestarle. En un momento dado, otro hombre apareció y le dijo algo al rubio. Ese asintió y entró en el bar, dejando a Freya plantada. A continuación, el teléfono enfocó el rostro de ese hombre. Era Marco y no parecía muy contento de lo que había pasado entre Freya y el rubio.

Me fijé en que ella también llevaba un chaleco, y no era uno cualquiera, sino del club de los Bastardos, moteros considerados como “amenaza nacional”. Muy hostiles y peligrosos. Eso significaba que ella era propiedad de alguien. En ese momento, Marco le dio una fuerte bofetada que la tiró al suelo a causa del impacto. El vídeo empezó a verse mal, la imagen borrosa había bailado delante de mis ojos durante unos segundos antes de ponerse oscura.

Si Marco la había golpeado, él era su dueño y nadie podría quitársela a menos que alguien lo matara o desmantelase su club. Ellos eran unos animales y trataban a las mujeres como si fueran objetos, así lo hacían la mayoría de los clubes. Era un mundo violento donde las disputas por el territorio y la rivalidad tenían todo el protagonismo. Y siempre acompañando sus actos de alcohol, drogas y carreras ilegales.

—Quiero tener a mi hija en casa antes de que sea demasiado tarde. —La

voz de Damien detrás de mí me sobresaltó y me volví para mirarlo—. Si me ayudas, tendrás la oportunidad de arreglar las cosas con ella.

—¿Yo? —repliqué con desconfianza—. La he jodido y sé que no merezco su perdón.

—Yo tampoco, pero nadie tiene el derecho de ponerle la mano encima. Solo has visto una pequeña parte de lo que está pasando allí.

—Tu hija lleva un chaleco con el parche de los Bastardos —dije mirándolo con furia—. ¿Sabes qué significaba eso?

—Lo sé, maldita sea. Yo pertenecía a los Eagles. Era su presidente pero lo dejé cuando mi mujer quedó embarazada. Conozco muy bien este mundo y por eso intenté mantener a mi hija lo más lejos posible de ti.

—Entonces sabrás que ella es de su propiedad y nosotros no podemos hacer nada para salvarla.

—Marco quiere hacerse poco a poco con el territorio de Texas. Sé perfectamente que fueron ellos quienes incendiaron esa tienda hace una semana. Y sé que no os vais a quedar con los brazos cruzados. Vosotros tenéis el mando. —Me miró con ojos penetrantes—. Si vas a Ardmore podrás pillarlo desprevenido. Estoy seguro de que no se lo esperará.

—Freya no es asunto del club, no puedo involucrar a mis hermanos en esto.

Los ojos de Damien se clavaron en mí.

—No hace falta. Tengo una buena tapadera para ti. He comprado la droguería que hay enfrente del bar. Las chicas suelen comprar allí.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Meterla en un saco y traérmela a Texas?

Me lanzó una mirada de disgusto.

—Esto no es una broma, joder —espetó—. La vida de mi hija está en peligro...

—No sé qué quieres que haga. —Solté un bufido.

—Quiero que seas el hombre que dicen que eres. Loco y sin escrúpulos... Que tengas paciencia y desmanteles a los bastardos. No voy a ofrecerte dinero porque veo que no te hace falta pero sí mi ayuda. Tengo hombres dispuestos a intervenir en cualquier momento. Tan solo tienes que dar la orden.

—Esto podría salir muy mal. ¿Por qué no lo haces tú? ¿Por qué no das la orden de sacarla de allí? —Me pasé la mano por el cabello, de repente sintiendo el peso de la hora tardía.

—Porque ella te quiere y estoy seguro de que...

—¿No has oído lo que acabo de decirte? —repliqué, frustrado—. Tu hija me odia y es por tu puta culpa.

—Un amor como el vuestro no se olvida de un día para otro, ¿verdad? — Me miró con detenimiento, sabiendo que había dado en el clavo.

Murmuré todo tipo de improperios, malhumorado, mientras me pasaba las manos por el pelo con fuerza. Agarré mi nuca y apreté, la tensión se había instalado allí sin avisar. No la había olvidado. Cada maldita noche la recordaba, y no solo ese jodido momento en el que ella me había entregado su virginidad, sino todos los encuentros que vivimos desde que la conocí. Y tenía algunos preferidos, que me sacaban una sonrisa tonta en mis peores momentos.

—Has dicho que quieres hacer otro trato...

—Solo quiero recuperar a mi hija. El trato que te ofrezco es este: Si la traes de vuelta, yo no me volveré a meter en vuestras vidas.

Exhalé una larga respiración y sentí un escalofrío recorriendo mi columna vertebral. No confiaba en él, ni siquiera me tragaba sus palabras pero no podía abandonarla. Sabía que no merecía su perdón, ni siquiera sabía si aún me quería. Cuando se fue, tan molesta conmigo que ni siquiera me hablaba, supe que la había perdido para siempre. Me sentía como si ella hubiera arrancado mi corazón fuera de mi pecho dejando un enorme agujero abierto para que todo lo malo fluyera hacia el interior.

Era demasiado tarde pero nada era imposible.

—Está bien. —Cerré los ojos por un segundo—. Iré a buscarla.

—Me pasaré mañana para darte toda la información. Gracias.

—No me las des aún.

Nos miramos el uno al otro durante mucho tiempo y me despedí con un corto movimiento de cabeza cuando vi que el hombre que lo acompañaba le abría la puerta.

Miré el coche durante un largo minuto hasta que desapareció de mi vista. Todas mis alarmas me gritaban que encendiera en motor de mi moto y saliera detrás de él para acabar con su vida para siempre. Podría hacerlo si no lo necesitase para rescatar a Freya. En Ardmore no conocía a nadie y él ya había comprado la droguería que había en frente del bar donde trabajaba el amor de mi vida. Pero antes de eso, tenía que convencer a mis hermanos de que esperaran un par de semanas antes de ir a por los Bastardos.

CAPÍTULO 5

Empujé la pesada puerta del bar de Austin, no sin dificultad. Me sentía agotado, el trabajo y la inesperada visita de Damien me habían dejado hecho polvo. Necesitaba dormir, pero primero debía acudir a la cita con los chicos, para hablar de los asuntos del club.

Mientras mi visión se ajustaba, miré a mi alrededor y vi a Austin y Jasper hablando tranquilamente detrás de la barra. Echaba de menos los viejos tiempos, las charlas largas con mi primo y las tardes de risas y cachondeo con mi mejor amigo. Ellos habían cambiado, tenían que mantener a salvo a sus chicas y no podía culparlos por ello. Pero lo cierto era que me hacían más falta de lo que yo podía haber imaginado nunca.

El resto de mis amigos jugaban al póquer en las mesas más alejadas de la puerta, las que estaban rodeadas por cómodos sofás. Ya era tarde y no había clientes, seguramente Austin había cerrado el bar para tener la privacidad que necesitábamos en esos momentos. Debíamos tomar decisiones difíciles que nadie tenía porqué escuchar.

—Por fin llegas —dijo Austin mientras se acercaba para darme un abrazo—. No puedo quedarme toda la noche, Kate me necesita.

Mi primo había engordado un par de kilos después de la boda y ese era el principal tema de burla cada vez que lo veíamos, pero no me apetecía meterme con él. Se le veía bien, estaba de buen humor y no quería estropear su buena disposición.

—Siento la tardanza, es que recibí una visita inesperada.

Jasper descruzó sus brazos y dio dos pasos hacia delante. No llevaba puesto el chaleco del club, lo había sustituido por una camisa blanca: limpia y planchada. Aquello me intrigó bastante, pero su mirada decía que él tenía aún más curiosidad que yo, así que decidí seguir hablando.

—Damien vino a verme. Estuvo en el taller.

—¿Qué mierda nos estás contando? Ese imbécil tiene cojones —graznó Jasper—. Tuviste que hacer un maldito trato con él, de hecho... Te obligó a hacerlo y, ¿ahora viene a joderte otra vez? ¿Qué demonios quiere?

—Quiere rescatar a Freya y necesita mi ayuda.

—¡Y una mierda! —estalló Austin—. Dime que no accediste a eso. ¡Dímelo, joder!

—Tengo que hacerlo...

—¡Maldita sea! —Me agarró por los hombros y me empujó hacia atrás—. Pensaba que eres más listo.

—Primo...

—No me hables, no quiero saberlo. —Levantó las manos en el aire—. Kate no puede cubrir tu culo esta vez. No está trabajando... Le queda poco tiempo para dar la luz.

—Marco la tiene, ella es de su propiedad. —Me pasé las manos por la cara, demasiado sudorosa para mi gusto—. Damien me enseñó un puto vídeo donde se ve como la dan una buena paliza —Cerré los ojos y suspiré—. Me dolió tanto verlo...

—Si Freya es suya, tú no puedes hacer nada. Los bastardos son unos malditos salvajes. Están aliados con todos los clubes de Ardmore.

—También con dos de aquí —dijo Shade a mis espaldas. Su voz dura y penetrante era inconfundible.

Me volví hacia él y lo saludé con un movimiento de cabeza. Lo mismo hicieron mis amigos. Hacía ya cuatro años de aquella noche en la que habíamos salvado a Shade de las garras de Roy y desde entonces, Black Crows, llevaba un parche de nuestro club. Jasper y él hablaron con los demás presidentes y los territorios de Texas se convirtieron en una gran alianza motera. Todo estaba bien hasta que los Bastardos provocaron un incendio la semana anterior en la tienda de Victoria, la ex novia de uno de ellos que había elegido Texas para refugiarse. Estábamos en guerra y planeábamos ganarla.

Los clubes de moteros de Texas superaban en número a los de Ardmore, pero teníamos que actuar cuánto antes para no perder alianzas. Si Marco ya había conseguido llevarse a su terreno a dos bandas, no tardaría en convencer a alguno más. Tenía tanto dinero que podría comprarlos a todos si quería. Eran los únicos que traficaban con droga en Texas y Ardmore. Nadie se atrevía a meter el pie en ese mercado. El dinero fácil era muy atractivo pero todos sabían lo que pasaba si alguien le quitaba el territorio a un traficante

consolidado.

—Tenemos que hacer algo —comentó Austin—. Mi mujer dice que la policía estatal puede seguir el rastro del dinero que ellos blanquean, proveniente del narcotráfico, pero no es suficiente para detenerlos. La pista se pierde siempre en algún paraíso fiscal, o mejor dicho, en un laberinto sin salida. Así que creo que queda en nuestras manos encontrar el mejor plan para acabar con ellos.

Jasper hizo un ruido detrás de mí y le lancé una mirada por encima del hombro. Me froté la parte de atrás de mi cuello y reflexioné durante un segundo. Sabía lo que pensaba Jasper y estaba de acuerdo con él. Austin se implicaba demasiado en los asuntos del club. No sabíamos si era por la llegada del niño o porque tenía problemas con Kate. Pero no queríamos darle razones para seguir haciéndolo. Él tenía una familia a la que cuidar y mantener.

—Primo, te veo cansado. ¿Por qué no te vas a casa? Cerraremos nosotros el bar.

Austin nos miró detenidamente a los dos, con la duda reflejada en sus ojos.

—No soy tan viejo, joder. Puedo aguantar un par de horas más —gruñó.

—¿Te has peleado con Kate? —Jasper enarcó una ceja.

—No, yo creo que no. —Austin sonaba abatido—. Ella no quiere dejar el trabajo para preparar la llegada del bebé. Dice que después del parto, sólo cogerá un mes o dos como mucho para cuidarlo, y luego se incorporará de nuevo a la comisaría.

—Eso es jodido —murmuró Shade—. Mi mujer hizo lo mismo. Nunca quiso depender del dinero que ganamos en el club.

No se me escapó la manera en la que Austin y Shade se echaron un vistazo el uno al otro. Agarré a Jasper por el cuello y me lo llevé a la parte de atrás, donde estaban los chicos sentados jugando a las cartas.

Tomamos asiento y mis hermanos nos observaron con curiosidad.

—¿Tenemos que preocuparnos por algo? —Chase se inclinó hacia delante.

—No —dije rotundamente.

—Suéltalo. —Vincent me dio un codazo—. Tienes cara de haber visto a un jodido fantasma.

—Damien se pasó por el taller —le dijo Jasper y gruñí. No quería que hicieran un puto drama de eso.

—¿No jodas? —Travis tiró las cartas encima de la mesa—. Ese maldito

hijo de puta os hizo la vida un infierno durante cuatro años. ¿Por qué no estamos ahora dándole una paliza en vez de estar aquí jugando a este estúpido juego?

—No es mi culpa que seas un perdedor —Chase soltó una carcajada.

—¿Perdedor? —Travis se levantó de golpe y frotó su entrepierna—. Al diablo con eso. Tú y yo... ¡Ahora!

—Tranquilos, joder.

Jasper golpeó la mesa con el puño y las botellas de cervezas vacías cayeron provocando un sonoro estruendo de cristales chocando contra el suelo. Todos se quedaron quietos. Un silencio tenso se instaló en la sala y él aprovechó la oportunidad para dirigirnos una mirada cautelosa y seria.

—Tenemos un problema —dijo malhumorado.

Travis resopló mientras se volvía sentar. Agarró el paquete de cigarrillos y sacó el mechero. Murmuró una maldición y empezó a jugar con el encendedor.

—Colin ha hecho un trato con Damien.

—¿Qué demonios? —Chase me miró de inmediato. Su mirada se oscureció y su rostro estaba tan duro que por una fracción de segundo pensé que iba a pegarme—. ¿No aprendiste la lección la última vez que hiciste un trato con él? El alcohol te ha comido el diminuto cerebro que tienes.

—Tengo una buena razón —dije entre dientes, cansado de que todo el mundo me dijera lo que tenía que hacer.

—La última vez, también. Y mira lo mal que te ha salido. —Vincent suspiró—. Cuéntanoslo, a ver si podemos ayudarte.

Opté por dar una breve pausa, entreteniéndome un poco con sus rostros expectantes antes de empezar a explicarles la situación.

—Freya es propiedad de Marco. —Ellos levantaron las cabezas y se quedaron quietos—. La trata muy mal, ya sabéis cómo son esos malditos bastardos. Damien quiere rescatarla y me necesita a mí para hacerlo.

—¿Por qué? —cuestionó Chase—. Esa chiquilla no quiere saber nada de ti. Y antes de que me preguntes, si lo sé, es porque he hablado con ella.

Tragué saliva cuando escuché sus palabras y abrí la boca, pero antes de que algo saliera, mi amigo continuó hablando.

—Ella no quiere volver a Texas porque aquí vivió su peor pesadilla. Sus palabras, no las mías. —Levantó las manos en el aire.

—Cierra la puta boca, idiota —gruñí.

—Hazte una paja y olvídate de ella.

—Cabrón...

—Tenemos que tomar una decisión —intervino Jasper con tono firme—. Vamos a votar para decidir entre las dos opciones que tenemos. Podemos esperar a que Colin vaya a Ardmore para rescatar a Freya o hablamos con los demás clubes y ponemos en marcha nuestro plan.

—Yo voto por esperar —dijo Vince—. Pero con una condición. Yo también me voy con él.

—¿Qué? —Travis lo miró—. Te necesitamos aquí. Eres el maldito chófer.

—Quieres decir que me necesitas para sacar tu culo borracho del club cada fin de semana que Amelie no aparece por casa.

—No quiero escuchar el nombre de mi hermana en las reuniones, ¿quedó claro? —Jasper nos taladró con la mirada—. Vamos a votar de una puta vez. Quiero llegar a casa y quitarme esta camisa de mierda.

—Ahora que lo mencionas. —Me recliné en el asiento—. ¿Estamos viendo el perfecto ejemplo de un hombre domado por su mujer?

—Vete a la mierda, Colin.

—Es difícil controlarlos, ¿verdad? —le dijo Shade a Jasper—. Eso te pasa por ser el presidente. Yo cada vez estoy más cansado.

Él y Jasper intercambiaron miradas. Sabía que era una gran responsabilidad para ellos, la vida de muchas personas dependía de sus decisiones. Necesitábamos más mujeres para calmar tanta testosterona descontrolada. Ellas tenían un cierto poder sobre nosotros, nos mantenían civilizados, limpios y con la cabeza sobre los hombros. Por no hablar de los hermosos sentimientos que eran capaces de transmitirnos.

Pero nosotros ni vivíamos como unos salvajes, ni siguiendo unas reglas de mierda. En la mayoría de los clubes, las mujeres se clasificaban por categorías. Había alrededor de cinco.

El primero era para las que estaban dispuestas a satisfacer cualquier placer sexual sin complicaciones, sin obligaciones o dinero de por medio.

El segundo era para las que elegían convivir con los moteros, pero sin compromiso alguno.

En el tercer lugar quedaban las que eran propiedad del club, las que se ocupaban de la comida y de la limpieza a cambio de protección.

El cuarto lugar era para las mujeres que eran elegidas como propiedad exclusiva. Como Freya para Marco. Ellas están obligadas a llevar el parche en

su chaleco que indica que son propiedad de alguien y en algunos casos, llegan a hacerse un tatuaje. Se podría decir que ese parche era el sustituto de un anillo de compromiso.

Y el último lugar era para las esposas. Algunos se casaban legalmente y mantenían a la mujer separada de su mundo de motero. Pero eso tampoco era suficiente para mantener al hombre controlado. Ellos tenían a la vez a otra mujer que le sirviera de compañía.

—¿Cuántos votos a favor para esperar? —preguntó Jasper.

Me sorprendí bastante cuando vi que todos habían levantado la mano.

—Gracias chicos —dije en voz baja.

—Freya es una buena chica y no se merece vivir una mierda de vida al lado de esos salvajes —graznó Chase, con cara sombría—. Pero prepárate para cualquier cosa. Ella podría estar enamorada de Marco. ¿Que harías al respecto?

—No me importa si tengo que atarla y amordazarla para sacarla de allí. Es Damien quien tendrá que lidiar con eso, no yo.

—Esperaremos un par de semanas, luego preparamos la emboscada —sentenció Jasper mientras se ponía de pie—. Shade se encargará de avisar a los demás clubes. ¿Cuándo te vas?

Él se giró hacia mí y capté un atisbo de algo salvaje en sus ojos.

—Mañana por la noche y Vincent se viene conmigo.

Travis suspiró y Vincent se echó a reír.

—Mierda, tendré que dejar de beber —espetó Travis—. Solo dime que no vas a Ardmore solo para ver a la zorra de Stephanie. Así me quedo más a gusto.

—Si alguien puede convencer a esa mujer de que haga algo para aligerarnos el trabajo, es ella. Y está en deuda conmigo. Metió una puta bala en mi costado —graznó Vincent. Había un revoltijo de emociones indescifrables en su mirada.

—No quiero problemas —dije con los ojos clavados en los de Vince—. Solo vamos rescatar a Freya, no quiero volver a Texas con la camioneta llena de mujeres.

Él asintió, se sentó y dio un trago a su cerveza. Tenía la mirada extraña, perdida en algún lugar. Sabía que él quería ir a Ardmore para verla. Vince no acostumbraba a beber, pero cuando lo hacía, se le iba la lengua y en una de esas veces me dijo que a pesar de lo que Stephanie le había hecho, seguía

pensando en ella. Habría que estar loco para querer a una persona como ella. Una jodida delincuente que se desnudaba delante de los hombres por dinero. Era guapa, no había duda, pero era una mentirosa compulsiva y se había aprovechado de mi hermano con una maldad auténtica y digna de una persona rastrera.

Me senté a su lado y me sumergí en la conversación que Chase había empezado. Después de un día largo de trabajo necesitaba pasar un rato con mis amigos y tomar un par de cervezas. Sabía que iba a ser difícil para mí mantenerme sobrio en Ardmore, pero tenía que hacerlo y no solo por el rescate de Freya, sino también por mí.

CAPÍTULO 6

Dos días después

Justo cuando estaba tratando de abrir una botella de cerveza, recordé que había venido a Ardmore para rescatar a Freya y que debía estar sobrio. Jodía todo cuando bebía.

Maldita adicción. Alejé el pensamiento de mi mente y me puse de pie. No tenía ningún plan, nada.

Habíamos llegado hacía dos días y lo único que había hecho, era organizar la mercancía y atender a los clientes. La tienda estaba repleta de cosméticos de alta gama, estuches de maquillaje, productos de higiene y diversos artículos de droguería. Una verdadera pesadilla para alguien como yo, o para cualquier otro chico que hubiera vivido rodeado de hombres que nunca iban de compras. ¿Quién demonios se habría imaginado que había tres tipos de lejía para la limpieza? ¿O que las mujeres usaban tanta mierda de productos para maquillarse? Todo aquello me volvía loco. Incluso estuve buscando información en internet para saber lo que estaba vendiendo.

Tenía que hacerlo todo solo. Vincent no podía dar la cara y arriesgarse a que alguien lo reconociera.

La iluminación escaseaba en la tienda y el ambiente estaba bastante cargado, había algo en aquel lugar que no terminaba de gustarme. Miré el reloj, eran la nueve y cuarto de la noche. Había cerrado hacía tan sólo diez minutos y me sentía bastante cansado. No estaba acostumbrado a tener tanta clientela femenina en un día.

—¿Salimos? Llevo encerrado en esta mierda de sitio dos días. —Vince golpeó mi hombro con fuerza—. Nadie nos conoce en Ardmore.

—Marco y las chicas sí.

—En un bar lleno de gente ebria... —Hizo una pausa para frotarse el puente de la nariz entre sus dedos—. Solo seremos dos clientes más.

—Esta maldita ciudad está llena de bares y clubes. —Empujé una silla—. No me gusta, estamos demasiado expuestos. No tenemos alianzas con nadie aquí. No sé si esto ha sido una buena idea.

—Tenemos el apoyo del club. Nada puede salir mal. Ten un poco de fe, joder.

—Las cosas nunca salen bien. Tenemos las alianzas de Texas pero estamos en guerra con Ardmore, Midland y Wichita Falls. —Le miré con cara de fastidio. Vince lanzó un gruñido pero yo sacudí la cabeza para subrayar lo que acababa de decir.

El año pasado dos miembros de Free Souls murieron en un tiroteo. Esos clubes no tenían escrúpulos, asesinaban y violaban mujeres. Destrozaban negocios e incendiaban casas.

Nosotros éramos más tranquilos, ayudábamos a la policía estatal y a los federales a mantener la tranquilidad en Texas. Teníamos negocios ilegales como cualquier otro club de moteros porque necesitábamos dinero rápido y fácil para comprar armas, información, abogados y políticos.

—Es difícil convencer a esos clubes de que dejen de traficar con drogas —resopló—. Hay mucho dinero en juego.

—Les estamos ofreciendo otras alternativas...

—La falsificación de arte, dinero y ropa es bastante costosa. Y se necesita tener miembros inteligentes para que estos negocios no salgan a la luz. La mayoría ni siquiera saben en qué año viven —dijo, frotando su nuca.

—No quieren liarla. Es más fácil vender droga.

—Vivimos tiempos difíciles para el club. Como vicepresidente deberías apoyar a Jasper en todo. Esto no es bueno para la familia.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté después de una pausa incómoda—. Sabes que no necesito tu ayuda.

—Lo sé, lo sé...

—Dime la verdad.

—No puedo olvidarme de ella. Siento que tenemos cosas pendientes... —al decir esas palabras Vince se llevó las manos a la boca y contuvo la respiración.

—Entiendo... —Hice una breve pausa—. No preguntaré más. Pero no

compliques las cosas.

—No lo haré —aseguró lentamente y con gran deliberación.

—Supongo que deberíamos salir y analizar el terreno. Pero no nos libraremos de algún contratiempo. Es un bar de moteros que pertenece a Los bastardos. Si nos descubren, no vamos a salir con vida de allí.

—Estaremos preparados. Tenemos armas —dijo y se dirigió a la puerta.

—No es suficiente para lo que se nos puede venir encima.

—Hemos pasado por cosas peores. Estoy preparado para toda esta mierda.

Salí detrás de él y me aseguré de activar la alarma.

Estaba acostumbrado al calor sofocante de Texas, pero Ardmore era mucho peor. Teníamos la suerte de que en la tienda y en el hotel había aire acondicionado.

Cruzamos la calle y pasamos por delante de una fila interminable de harley customizadas. Me sentía un poco extraño sin mi chaleco, me daba mal rollo.

Lo primero que llamó mi atención al entrar en el bar Hangouts fue el uniforme que usaban las camareras. Era poco más que ropa interior. En sus pantalones negros cortos y sujetadores de encaje, parecían actrices porno a punto de empezar a rodar. El interior estaba decorado con artículos alusivos a la cultura motera, incluso en una de sus paredes había distintos parches de bandas que ellos habían eliminado.

Mis ojos revisaron el lugar, sobre todo concentrándome en los hombros que llevaban chalecos de cuero. La mayoría pertenecían al club de Marco, sin embargo, había visto dos de los Dark Dreams, una banda que tenía más de mil quinientos miembros alrededor de todo el mundo y estaban asociados al movimiento neonazi.

Los bastardos tramaban algo y era prudente mantenernos en la sombra.

Ocupamos una mesa cerca de la puerta para salir de inmediato si empezaba una pelea. Mientras mi mente andaba perdida en tantos pensamientos preocupantes, vi como una de las camareras intentaba recoger una de las mesas sin que los hombres que estaban sentados en ella intentasen tocarla como lo hacían con las demás. Ellos armaban un buen jaleo de gritos y risas, y la chica se veía cada vez más incómoda. Apreté los puños y me puse de pie.

—Tranquilo, joder. Ella no es nuestro problema. —Vince agarró mi brazo

y me obligó a sentarme—. No seas estúpido.

—Mierda, necesito beber... —Respiré hondo y me tragué un rugido.

—Te necesito sobrio, hermano. No quiero terminar en el hospital.

—Lo que tú digas.

De pronto, los hombres dejaron de hablar y se movieron para hacerle sitio a una chica rubia. Cuando obtuve una buena imagen de su rostro mi cuerpo se congeló. No podía moverme, solo miraba esa carita de ángel tan difícil de descifrar. Hacía ya dos años que no veía a Freya y estaba aún más guapa que antes. Tenía los pechos más grandes y su trasero había desarrollado unas buenas curvas. Se había cortado el pelo, lo llevaba a la altura de los hombros, de modo que su melena de rubios rizos se veía un poco más áspera de lo normal.

Mirando sus labios muy pintados y sus pestañas postizas aleteando cada vez que cerraba los ojos, me di cuenta de que ya no era la misma chica que conocí hacía ya algunos años. La inocente Freya había sido reemplazada por una mujer atractiva que podría poner a sus pies a cualquier hombre. Aquel descubrimiento hizo que un escalofrío de malestar se disparara por mi columna.

—Pide dos cervezas —le dije a Vince, sin apartar la mirada de Freya.

Me miró sin comprender.

—Mierda... Esto no me gusta.

—Hazlo, joder. Nos las tomamos rápido y luego nos piramos. Freya está aquí.

Él escaneó el entorno y cuando la vio, asintió con la cabeza. Se puso de pie y se acercó a la barra. Volvió con dos botellas y las dejó encima de la mesa.

—También está Stephanie. Creo que lo mejor será que nos vayamos ya. Si ella nos ve, la liamos.

Nos tomamos las cervezas sin hablarnos, cada uno mirando a la chica que le interesaba. Me sentía culpable y no estaba seguro de cuánto más de eso podría soportar. No obstante, no era el único de mis hermanos que había sido golpeado en el corazón. Casi todos habíamos probado el amargo sabor de la traición y la mentira. Eso nos hacía más fuertes, pero también menos sensatos. Tuve la oportunidad de estar con Freya y lo destruí sin esfuerzo. Así de jodido estaba después de tantos años de amarla en silencio.

Después de esa noche maravillosa con ella, me había ido a la mañana

siguiente mientras todavía dormía y no la había llamado en los días que siguieron. Había sido un comportamiento de mierda por mi parte, pero necesitaba ordenar mi cabeza y no romper el maldito trato que había hecho con su padre. Sabía que no podía decirle la verdad a Freya y eso colapsó todo a mi alrededor. No quería lidiar con su rechazo, fui un cobarde.

Cinco minutos más tarde, salíamos del bar hacia el hotel. La chica con la que había pensado que iba a pasar el resto de mi vida parecía una extraña. Parecía insegura, nerviosa y bastante asustada. ¿Qué demonios le habían hecho?

CAPÍTULO 7

FREYA

Sintiéndome incómoda, miré alrededor buscando a Stephanie. Quizá no había sido buena idea hurgar en la oficina de Marco. Metí debajo de mi camisa la carpeta con los documentos y traté de recobrar la compostura. No había encontrado nada que pudiéramos utilizar para chantajearle pero sí lo suficiente como para meterlo en problemas. Mi vida y la de mis amigas dependía de aquello. Necesitábamos llamar la atención y poner en el punto de mira al imbécil de Marco. Y además, era la única que podía entrar allí sin levantar sospechas.

Un pesado brazo cayó sobre mis hombros, sorprendiéndome tanto que chillé.

—Tranquila, guapura —susurró Oliver en mi oído—. Solo quería pedir una ronda de cerveza para nuestra mesa.

Aparté su mano y lo miré mal. Él era rubio y tenía unos ojos azules turbios e inyectados en sangre de tanto alcohol y drogas que tenía siempre en su organismo. Sabía que no podía tocarme, pero lo hacía de todos modos. Hacía un año había intentado aprovecharse de mí y Marco lo había visto. Le dieron una buena paliza y lo dejaron tirado en el medio de la calle apenas respirando.

Yo era propiedad de Marco y de su club de moteros Los bastardos. ¿Cómo había llegado a esa situación de mierda? La respuesta la tenía, pero dolía recordarlo. Era demasiado triste y jodido. Sentía que vivía atrapada en el pasado, obsesionada con la nostalgia de mi primer amor.

Todo empezó hace seis años, cuando vi por primera vez a Colin. A ese hermoso chico malo y rudo que me hizo suspirar. Recordaba aquello como si fuese ayer. Hasta ese momento, nunca me había fijado en los chicos. Todo mi

interés se centraba en hacer el trabajo que mi padre me ordenaba y seguir sus órdenes a raja tabla. Pese a que Colin era mucho más mayor que yo, no vi impedimento alguno para enamorarme perdidamente de él desde el primer momento en que lo vi.

Colin resultó ser maravilloso y parecía saber lo que necesitaba antes que yo. Nos habíamos conocido en un momento difícil, tanto para él como para mí, pero se había pasado una buena cantidad de tiempo cuidando de mí. Mi timidez y mi corta edad me impidieron decirle lo mucho que me gustaba pero él se había dado cuenta y poco a poco empezó a distanciarse. Ya no venía a visitarme cada día y tampoco me llevaba de paseo en su moto. Aquello me volvía loca porque sabía que la culpable era mi edad, pero también mi padre. Les había pillado un día discutiendo por mí, mi padre amenazando con rajarle la garganta si seguía viniendo a verme. Cada vez me sentía más sola, más débil y más triste. Sabía que no siempre podía depender de Colin, pero necesitaba que me diera ánimos, compañía y calor. Era difícil vivir aislada de amigos y del mundo exterior.

Cuando murió mi madre tenía tan solo diez años y no supe asimilarlo. No terminaba de creérmelo. Aquello fue muy doloroso y dio paso a una profunda tristeza. Sentía tanta desesperación y soledad, que incluso dolía. Me metía todas las noches en mi cama con alguna de sus pertenencias como si así pudiese volver a abrazarla. Lloraba y lloraba sin parar; aquel llanto me hacía sentirme más cerca de ella. Ella me había dejado cuando más la necesitaba. Aquel enorme vacío empezó a provocarme ataques de pánico. Me sentía enfadada conmigo misma, con los médicos por no haberla salvado y con mi padre. Perdí mucho peso y era incapaz de olvidarla porque significaba desprenderme de una parte importante de mí misma.

Mi padre había tomado medidas y en poco tiempo me vi envuelta en una situación diferente. Él había cambiado tanto que a veces le tenía miedo. Vendió la casa y compró un almacén. Nos mudamos allí y empezó a juntarse con gente mala y peligrosa.

—No vuelvas a tocarme —le gruñí—. O le diré a Marco que no cumples con tu palabra.

Oliver no respondió y se encogió de hombros mientras desaparecía entre la multitud. Le tenía miedo, a él y a todos los clientes moteros que frecuentaban el bar de Marco. No eran como los miembros del club Free Souls, tranquilos y protectores con sus seres queridos. Me encontraba rodeada

de hombres dominantes, prepotentes, rudos y temidos. Y estaba más que segura de que ellos me veían como la inocencia personificada; la niña dulce y asustadiza que salía corriendo cada vez que alguien intentaba tocarla. Ellos me daban asco, pero en gran parte sentía miedo porque sabía que Marco no tenía interés en mantenerme a salvo por mucho más tiempo y que pronto intentaría aprovecharse de mí, para luego regalarme a sus compañeros como lo hacían todos con sus mujeres.

Él se había obsesionado conmigo porque no podía tenerme. Ángela y Stephanie acudieron a su club para pedirles ayuda y protección. Me fui de Texas con ellas, pero no tenían dinero ni un lugar donde refugiarnos. Marco era el tío de Stephanie y pensé que accedió a su petición porque eran familia. Luego me di cuenta de que solo quería aprovecharse de ellas para ganar más dinero con su bar. Las bandidas no era una banda de moteras, sino dos strippers que se desnudaban en un escenario y bailaban alrededor de sus motos por dinero. Al principio ellas me protegieron y me quedaba la mayoría del tiempo encerrada en la habitación y viendo la televisión o leyendo. Hasta que Marco decidió cambiar las condiciones de la alianza. Si queríamos sobrevivir, yo también tenía que desnudarme. Luego, él me regaló un chaleco de su club parchado y con mi nombre al lado del suyo. Eso significaba que era de su propiedad y nadie podía tocarme. No obstante, cada vez que intentaba llevarle la contraria me golpeaba sin reparos. Mis amigas no podían hacer nada al respecto, tenían miedo de que los Free Souls aparecieran en cualquier momento para terminar lo que habían empezado hacía dos años.

Entonces algo en el aire cambió, y sentí esa sensación de tensión y miedo que sólo llegaba cuando Los bastardos se encontraban cerca. Miré alrededor y mis ojos se encontraron con los de Marco.

En ese momento, me espabilé y forcé una sonrisa. El bar estaba lleno y no quería montar ninguna escena, sabía que si lo hacía, Marco me pegaría. La última vez lo había hecho delante de sus amigos. Me sentí culpable y pequeña. Verlos a todos riendo y bromeando sobre la bofetada que me había dado diciéndole que él pegaba como una mujer me hizo darme cuenta de que mi vida no valía nada. Era insignificante para ellos, una zorra más dispuesta a tragar sus mierdas.

—¿Por qué no estás atendiendo las mesas? —cuestionó Marco mientras agarraba con fuerza mi cuello para acercarme a su boca. Me besó con demasiada fuerza, presionando sus fríos labios contra los míos.

—Estuve revisando la ropa para el espectáculo de esta noche. —Me limpié los labios con el dorso de mi mano y di un paso hacia atrás. Él sabía a cerveza y tabaco y no quería quedarme con ese sabor en la boca.

Marco era un hombre alto, muy musculoso. Tenía el pelo oscuro y corto. Tenía una ceja perforada y un tatuaje encima de ella; una serpiente que bajaba hasta su mejilla. Sus rasgos eran bonitos y sus ojos aún más. El demonio tenía una cara atractiva pero la mirada gélida. Llevaba puesto un chaleco de cuero negro con los parches de su club sobre una camiseta blanca y pantalones vaqueros desgastados. Sus brazos estaban cubiertos de tatuajes y cicatrices. Eran horrorosas y más aún cuando me tocaba. Daba escalofríos.

—Ese es el trabajo de Ángela. ¿Por qué mierda lo haces tú?

—Ella no se encuentra bien... —dije a modo de explicación, intentando y fallando en evitar la riada de pánico en mi voz.

—Joder, siempre os estáis quejando. Si no fuera por mi sobrina Stephanie, tú y la otra zorra estaríais en la puta calle. Y ningún otro club os cogería. Le tenéis miedo a los Free Souls, pero nosotros somos peores. —Soltó una carcajada—. Somos unos malditos salvajes, nena.

—No soy tu “nena”.

—No, no lo eres aún. Y eso es porque hay muchas putas dispuestas a abrir las piernas para mí. Pronto lo harás tú también. Tengo asuntos más importantes que esto. No pienses que no estoy deseando probar tu coño —dijo, pasando sus ojos sobre mi figura y deteniéndose en mis pechos. Me sentía expuesta e incómoda, aunque no debería. Él y la mayoría de los hombres que frecuentaban el bar me habían visto en ropa interior—. El fruto prohibido siempre sabe mejor.

El aire se congeló en mis pulmones y mi pecho se contrajo.

—Eres un cerdo.

—Soy tu puto dueño. Ahora mueve el culo y atiende a los clientes. —Su enfado crecía por segundos, con la misma facilidad con la que se prendía una mecha—. Y sonrío maldita sea, pareces una monja.

Su lenguaje corporal se encontraba lejos de ser amable y sabía que le faltaba poco para arremeter contra mí. Odiaba como mis ojos se llenaban de humedad, no quería llorar porque sabía que no serviría de nada.

—Está bien —respondí frustrada—. Solo hasta que empieza el espectáculo, luego diles a las zorras que os estáis tirando que lo hagan. Llevo toda la maldita tarde encerrada en este bar, trabajando. Necesito un descanso.

—Mañana tienes el día libre. Sal a comprar o a lo que sea que hagáis las chicas. Y deja de quejarte, te estamos tratando bastante bien. —Me agarró por la cintura y me besó en el cuello.

Todo mi cuerpo se puso rígido, si decidía meter la mano debajo de mi camisa podría encontrar la carpeta que había robado de su oficina.

—Deja de molestar a Freya, tío. Ella tiene cosas más importantes que hacer. Ángela está enferma y Marilyn tiene el día libre —el tono de Stephanie sonaba bastante decidido.

Marco me soltó y se relamió los labios.

—Es una pena que seas la hija del cabrón de mi hermano —dijo, con la boca curvándose en una esquina—. Necesitaría en mi vida una chica tan caliente y dura como tú.

—No aguantarías ni un día a mi lado. —Ella chasqueó la lengua y me agarró por el brazo—. Deja los papeles en mi camerino, en el primer cajón del tocador —susurró en mi oído.

Pasé por delante de Marco y sentí un temblor. Había faltado muy poco para que me descubriera.

Mi cabeza estaba llena de miedo y recuerdos. Nada me había preparado para algo así, ni siquiera había concebido tal embrollo. La impotencia y la frustración se habían apoderado de mí. Encontrarme en una situación como la mía y no saber como solucionarla, definitivamente me destrozaba por dentro.

CAPÍTULO 8

FREYA

Mi turno había terminado. Había atendido las mesas, había bailado en el escenario, y luego había recogido y limpiado el bar. Apagué las luces y me senté en una silla frente al ventanal que daba a la calle. A esas horas de la noche solo había un par de borrachos que torpemente intentaban subirse a las motos y algunas chicas que se aprovechaban de ellos para sacarles dinero o droga.

Echaba de menos Texas, la vida tranquila de allí, los tiempos pasados y a mis amigos. Había cometido muchos errores a lo largo de mi vida, pero el peor de todos había sido irme de allí con Ángela y Stephanie. Sentía que había perdido todo. Todo aquello que me importaba, incluso el amor por Colin. Me hubiera gustado volver atrás para continuar con aquella maravillosa rutina, y no sentirme vacía de sentimientos. La gente que me importaba ya no estaba a mi lado. Y la única culpable era yo.

—Nos merecemos unas copas —dijo Stephanie mientras dejaba en la mesa una botella de ron y dos vasos—. Invita el imbécil de mi tío.

—Lo odio... —Suspiré y me incliné hacia delante en el asiento.

—Yo también. Siempre lo hice, pero es el único familiar que me queda. Mis padres murieron en un tiroteo hace siete años. Marco se hizo cargo de mí y de mis estudios hasta que cumplí los dieciochos años. —Comenzó a golpear sus dedos en la mesa—. Luego empezaron los maltratos, tanto físicos como psicológicos. En una de sus fiestas escuché como le decía a un presidente de otro club de moteros que quería entregarme a él si se unían a Los Bastardos. Al día siguiente me fui de su casa y en la primera gasolinera que paré para

repostar me encontré con Ángela. Fuimos amigas en el instituto. Ella acababa de salir de la cárcel por agredir a un policía. Me acogió en su casa y después de unas semanas decidimos que necesitábamos conseguir dinero fácil. Ella tenía una moto y con el dinero que había robado a mi tío, me compré una harley. Personalizamos dos chalecos de cuero con el nombre de Las bandidas y empezamos a robar a jóvenes estudiantes. Estuve cinco meses en la cárcel...

—¿Por qué empezasteis a bailar?

Llené los vasos y esperé a que hablara. Stephanie tenía veintisiete años y era muy hermosa. Su pelo rubio era muy largo y llevaba siempre los labios pintados de un lila estridente. No la había visto nunca llorar, era como si no tuviera sentimientos. Era bastante cabezota y no se dejaba influir por gente mala y sin argumentos. Marco no se había aprovechado de mí porque ella le había plantado cara. Ella y Ángela accedieron a aliarse con Los bastardos a cambio de protección, pero pusieron una condición. Nadie podía tenerme, ni siquiera su presidente.

—Mi tío nos encontró y nos amenazó con matarnos si no nos juntábamos con su club y bailábamos para ganar dinero. Fue idea de Ángela subir las motos al escenario. —Torció una sonrisa y se bebió el vaso de ron de un trago. Se limpió los labios con el dorso de su mano y suspiró—. Cuando Marco se fue a New Orleans, nos escapamos.

—Y vinisteis a Texas.

Di un saludable trago de la bebida y dejé el vaso al lado de la botella. El ardiente líquido desgarró mi garganta y tosí un par de veces. No estaba acostumbrado a beber alcohol, solo alguna cerveza de vez en cuando para desconectar.

—Así es. Durante un tiempo estuvimos bien, ganando dinero con los espectáculos. —Bajó la mirada y vi que su pecho subía y bajaba al respirar hondo—. Incluso llegué a pensar que podría tener una vida normal. —Sus labios temblaron—. Me enamoré... —Cerró los ojos e hizo un leve sonido con la garganta.

—Vincent...

—Él fue mi primer amor. Nunca he amado a nadie por temor a mi tío. Vincent me desarmó por completo y olvidé todo lo demás. —Se recostó en su asiento. Su rostro perdió el color y sus ojos se veían extrañamente húmedos—. Y ahora me odia, tanto que si intento acercarme a él, me matará.

—Le disparaste, podría haber muerto.

Se giró hacia mí y soltó una carcajada.

—A los cinco años, mi padre me regaló una berreta y a los siete años aprendí a manejar una pistola —dijo su voz, carente de emoción—. Tengo buena puntería, Freya.

—¿Por qué lo hiciste?

—Para salvarle la vida. —Una rígida expresión encogió su rostro y sus ojos se achicaron—. Marco me obligó. Dijo que si lo hacía, nos dejaría vivir.

—Lo hizo porque sabía que Vincent te despreciaría después de apuntarle con una pistola —murmuré asqueada.

—Es bastante listo el jodido. Por eso hay que tener mucho cuidado con él —dijo mientras bajaba la voz inconscientemente.

—Lo sé...

—Los documentos que sacaste de su oficina no nos sirven, tienes que devolverlos. La detective que investiga a Los bastardos dice que es un riesgo demasiado alto para nosotras. Que no intentemos nada.

—¿Hasta cuándo? —La miré con los ojos llenos de frustración—. No aguanto más en este agujero de mierda con todos estos asquerosos babeando por aquí.

Odiaba ese lugar, el olor a cerveza, humo y aceite rancio. Me sentía atrapada en una cárcel a la que tenía que volver cada mañana y de la que no podía escapar.

—No lo sé. —Maldijo en voz baja soltando el aliento—. Dentro de unos días Marco se va a New Orleans. El cartel que dirige está bajo vigilancia. Si lo pillan haciendo un intercambio, o cualquier otra cosa ilegal, lo encerrarán. La lista de sus delitos es larga, pero hay policías aquí en Ardmore que trabajan para él y destruyeron las pruebas que podrían condenarlo.

—Mañana tengo el día libre —murmuré con voz ronca—. Aprovecharé para limpiar el piso...

—No, amiga. —Atrapó mi mano por encima de la mesa y presionó su palma tan fuerte contra la mía que entendí que lo que iba a decirme salía de su corazón—. Es tu tiempo, no lo malgastes en limpieza. Ve a la peluquería, cómprate algo bonito. Te lo mereces.

—Gracias...

—He visto que han renovado la droguería que hay en la esquina. —Levantó la vista hacia mí—. Pásate y cómprame un perfume, ya sabes lo que me gusta.

—Lo haré y compraré otro para Ángela —suspiré—. Odio verla así. Quiero ayudarla.

—No podemos hacer nada. Ella es propiedad de Clay, el vicepresidente de Los bastardos. Y ese hombre es peor que Marco. No tiene escrúpulos, es un maldito asesino. ¿Quién crees que hace el trabajo sucio?

—Estamos en el infierno —exhalé. No era inmune al sufrimiento y a la violencia. Ángela lo pasaba muy mal, Clay la golpeaba y controlaba todos sus movimientos. Si eras propiedad de uno de Los bastardos, significaba renunciar a la libertad y olvidarte de quien eras.

—Esto es peor que el infierno. ¿Cierras tú?

—Agarró la botella y los vasos, y se puso de pie—. Quiero hablar con Naty. Tengo entendido que su hijo se peleó en el colegio. Te esperaré en el coche.

Asentí y la observé salir del bar.

Tenía la suerte que Marco no podía tratarme igual que Clay a Ángela. Mis amigas juraron protegerme cuando salí de Texas y por eso pusieron esa condición cuando se aliaron con Los bastardos. No obstante, cada día que pasaba, Marco daba un paso más. Había empezado a gritarme, a tocarme, a besarme y a pegarme si no hacía lo que él me decía. Faltaba muy poco para tenerme por completo y eso me aterraba. No me había acostado con nadie después de aquella noche. Una parte de mí quería conservar el recuerdo y la otra razonaba y me decía que lo olvidara. Seguía estando confusa, no sabía si Colin se había aprovechado de mí o me hizo el amor porque me quería.

Hace dos años

Había adquirido el hábito de evitar a Kate y a Austin. Pasaba mucho tiempo encerrada en mi habitación. Vivir con ellos era peor que volver a

vivir con mi padre. Ellos formaban la pareja perfecta y me daban envidia. Se cuidaban el uno al otro y se apoyaban. Eran cariñosos y felices. Quería lo mismo para Colin y para mí, pero sabía que eso no era posible. Él trataba con desesperación mantenerse alejado de mí. Y no entendía porqué. Ya no tenía dieciséis años, tenía veinte y mi padre estaba en la cárcel. Éramos libres de querernos.

Llevaba casi una semana de vacaciones. Estaba estudiando enfermería. Quería ser como la hermana de Jasper porque sabía que podría ayudar al club y pasar más tiempo con los chicos y Colin. La mayoría no tenían seguro médico y acudían a Sarah para cualquier emergencia. Tampoco podían ir al hospital si estaban heridos de bala, la policía estatal podría investigarlos. Sabía que hacían algunos trabajos ilegales para mantener al club y a sus familiares, no eran unos santos.

Encendí la televisión y decidí perderme en la película que se estaba emitiendo. Debí haberme quedado dormida porque escuché un ruido proveniente de la ventana y me sobresalté. Abrí los ojos y vi la cortina flotando en el aire. Alguien había entrado. Me impacienté y traté de quitar la colcha que cubría mis piernas para bajarme de la cama.

—Soy yo...

La voz de Colin me tranquilizó y dejé de mover los pies. Giré la cabeza y lo vi. Tenía los brazos cruzados sobre su pecho y la espalda apoyada contra la pared como si estuviera relajado. Pero no había nada relajado en su postura, y me miraba como si no me hubiera visto en años.

Se veía horrible, su hermoso rostro estaba duro, ensombrecido y cansado. Sus ojos salvajes inyectados en sangre. Estaba borracho. Odiaba verlo así porque sabía que, al menos en parte, yo era la razón por la que bebía tanto. Y lo peor era que no sabía cómo ayudarlo.

No llevaba puesto el chaleco del club, solo una camiseta negra y unos vaqueros azules. Me preguntaba a dónde había ido vestido así, tan casual y sin llamar la atención.

Me quedé mirándolo sin saber qué hacer o decir. Los segundos parecían minutos y al final estallé. Las palabras salieron fuera de mi boca antes de que pudiera pensar.

—¿Por qué me miras así? Se supone que no sientes nada por mí. Que solo somos amigos.

—Freya...

Su voz ronca me apuñaló. Estaba triste, algo le había pasado.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás vestido así?

—Quería verte... Necesitaba verte.

Dio un paso hacia delante y se sentó en la cama, a mi lado.

—¿Ha pasado algo?

—No...

Estiró una mano y acarició mi mejilla con las puntas de sus dedos. Su mirada se posó en mí. En ese momento, solo nos separaban unos pocos centímetros.

—No quiero hablar, solo mirarte —susurró.

Su mano llegó a la comisura de mis labios. Me estremecí; su roce me nublaba la razón.

—Colin, algo está mal. ¿Verdad? ¿Alguien está herido?

—La vida es muy injusta conmigo —dijo en voz baja—. Y no puedo luchar contra ella, no me quedan fuerzas. Te echo tanto de menos. ¿Sabes cuántas veces he pensado en hacer esto? Venir aquí en plena noche y mirarte, tocarte y decirte que te quiero.

—Me quieres... Entonces demuéstralo, Colin. Necesito encontrar la paz a esta angustia. A mí no me quedan lágrimas, no me quedan sueños. El dolor es inmenso y duele más cada vez que recuerdo que has decidido olvidarme. Me rescataste de las manos de mi padre para luego echarme a los lobos de la soledad y el olvido.

—Lo siento. —Sus ojos encontraron los míos—. No sé qué hacer para mantenerte en mi vida pero a la vez lejos de todas las mierdas del club. Eres joven y tienes todo un futuro por delante.

—Yo quiero uno a tu lado. Y no me digas que es imposible. Mira a Kate y a tu hermana.

—No podemos estar juntos. No soy bueno para ti. Necesito que entiendas esto.

—Shhh...

Lo abracé, enrollando mis brazos firmemente a su alrededor.

—Debería irme. —Trató de alejarse pero no dejé que lo hiciera.

—Por favor, quédate conmigo.

No estaba preparada para lo que hizo después. Puso sus dedos alrededor de mi cuello para sellar sus labios sobre los míos, dándome un beso posesivo. Sabía a cerveza pero no me importaba. Había deseado aquello

tanto que ya nada me importaba. Ni siquiera que estuviera borracho.

Las manos de Colin se aproximaron a mis costillas, recogieron en pliegues la camisa y la pasó por encima de mi cabeza. Mi piel se estremeció en un súbito escalofrío pero fue inmediatamente calentada por el contacto de sus manos al rodearme para soltar el cierre de sujetador y quitármelo también.

Todo pasaba muy rápido y me di cuenta demasiado tarde de que nos habíamos desnudado por completo. Reprimí las ganas de cubrirme, no quería mostrarme tímida e inexperta. No había estado con ningún hombre, pero deseaba aquello. Lo deseaba a él con todo mi ser.

Parpadeé y volví a la triste realidad. Seguía sola, rodeada de la misma oscuridad. Por mucho que me esforzaba, no podía olvidarlo. Me ilusioné con algo imposible y terminé destrozada en mil pedazos de remordimientos y arrepentimientos.

—Colin...

Dije su nombre en voz baja para recordármelo, no iba a olvidarlo con facilidad, no con los pensamientos que caían en avalancha al reproducir de nuevo aquella escena en mi habitación. Me reprochaba a mi misma por haberme dejado llevar por los impulsos y por la atracción. Di un breve suspiro, con la certeza de que no tenía otra alternativa que esperar a que la detective hiciera algo para detener a Marco.

CAPÍTULO 9

FREYA

Agarré mi bolso y salí del apartamento. El calor me golpeó en la cara, hacía un bochorno de los que parecían anunciar tormenta. Tenía que llegar al centro comercial cuanto antes, la sensación de estar derritiéndome contra el asfalto era insoportable.

Pasear por la calles no era buena idea. Y aunque lo necesitaba para despejar mis tormentosos pensamientos y abstraerme de mi perpetua sensación de soledad, decidí subirme en el coche.

Conduje a través de la ciudad al otro lado de la autopista 35 hasta Overbrook, donde todas las tiendas estaban localizados junto a un gran centro comercial.

Me pasé toda la tarde haciendo compras y algunos regalos para mis amigas. Detuve el coche en frente de la droguería que Stephanie había mencionado la noche anterior y me bajé.

No solía pasearme por el barrio, pero tenía que reconocer que la tienda tenía encanto. El escaparate era muy bonito y llamativo; tenía el fondo azul y estaba cerrado. Había flores, perfumes, velas y colonias. Todo estaba colocado tan meticulosamente, que generaba un gran espectro de sensaciones y te invitaban a entrar en el interior.

Me pasé los dedos por mis caóticos rizos y empujé la puerta. Las campanillas colgantes tintinearón cuando entré y cerré los ojos durante unos segundos, de repente envuelta entre olores a cítricos. Era agradable.

Alguien golpeó mi hombro y abrí los ojos. Estorbaba. Me había quedado en el medio del pasillo principal y los clientes tenían que pasar por delante de

mí si querían llegar a la caja para pagar. Por todos lados se veían bonitas estanterías en las que descansaban perfumes, cremas y productos de maquillaje. El suelo era de madera y crujía bajo mis pasos.

Encontré los estantes con las fragancias y empujé mi bolso hacia atrás para que no me estorbara. No me aguanté la curiosidad y empecé a probar la variedad de olores que tenía frente a mí. Encontré uno que seguramente le iba a gustar a Stephanie y me acerqué al mostrador. Había un alboroto de mujeres delante, cada una de ellas intentando llamar la atención del joven dependiente. Esperé a que todas ellas terminaran de pagar y mientras las miraba como salían del establecimiento, buscaba en mi bolso el monedero.

Escuché como alguien se aclaraba la garganta y en ese instante, levanté la mirada. Mis ojos encontraron a los de Colin y se me heló la sangre en las venas.

—¿Colin? —Apreté el puño, presa del nerviosismo, obligándome a no perder los papeles—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo... ?

—Hola, Freya. —Vincent se paró delante de mí y me agarró por los hombros—. Mucho tiempo sin verte.

—¿Hay alguien más? —Tragué saliva—. ¿Están todos?

Di un paso hacia atrás para poner cierta distancia entre nosotros pero Vince apretó con fuerza los dedos en mi piel, obligándome a quedarme quieta. Quería correr, golpearlos a los dos y salir huyendo para pedir ayuda, pero no podía hacerlo; me había quedado estática. ¿Qué hacían en Ardmore?

—Voy a soltarte si prometes mantener la boca cerrada —murmuró Vince—. No queremos problemas.

—No voy a gritar, si eso es lo que piensas. Yo tampoco quiero llamar la atención.

Vincent asintió y bajó las manos. Se acercó a Colin y le dijo algo al oído y de repente me vi arrastrada hacia una puerta que daba acceso a lo que parecía un pequeño almacén.

Colin cerró la puerta detrás de nosotros y luego se quedó mirándome un rato. Tenía los ojos desafiantes y fríos como los de un depredador. Alto, delgado, de piel morena, cabello rubio y músculos tensos. Llevaba puesta una camiseta blanca de manga corta con un dibujo de un cráneo rodeado de humo y espinas. Los tatuajes de sus brazos lo hacían parecerse a un tío duro, peligroso, contrastando con su boca sensual y decidida. No llevaba el chaleco del club y no sabía cómo interpretar aquello. ¿Habían venido para terminar lo

que empezaron hace dos años? ¿Ángela y Stephanie estaban en peligro?

—Freya... —Su voz era tensa, pero aún así me gustó el sonido de mi nombre saliendo de su boca.

Había pasado mucho tiempo, pero sus caricias y sus besos seguían presentes, como si nunca hubieran cesado. Él había cambiado muy poco, pero lo veía como a un extraño.

—¿Por qué estáis aquí? ¿De quién es esta tienda? —Me moví inquieta y entrecerré mis ojos un poco—. ¿La habéis comprado?

Miré alrededor preguntándome qué había en todas las cajas amontonadas alrededor de un pequeño armario de metal. Sabía que ellos no traficaban con drogas ni con armas, pero para todo había un principio, un detonante. La habitación era muy pequeña y el aire asfixiante. De repente, tenía calor y mi piel empezaba a picar. No era claustrofóbica pero me aterraba la idea de estar con él encerrada en un espacio tan pequeño. El miedo se envolvió a mi alrededor como un viejo enemigo que me conocía bien. ¿Quería hacerme daño? No, no era capaz de hacerlo. Él nunca me pondría la mano encima. ¿Por qué mi mente no paraba de pensar cosas malas de él? No me hacía bien estar en un espacio tan reducido en donde habitaba su aroma, recordándome el pasado, los encuentros, las charlas y las risas.

—No voy a contestar a tus preguntas, no ahora. —Levantó una mano y se frotó la parte posterior de su cuello mientras miraba el suelo entre sus pies. Estaba nervioso, lo conocía muy bien.

—Mírame a la cara. —Di un paso hacia delante y él alzó la mirada—. Después de lo que pasó entre nosotros, creo que me he ganado el derecho de exigir. Vas a decirme por qué estáis aquí o me voy ahora mismo.

—Has cambiado.

Sus ojos se desplazaron por todo mi cuerpo haciendo un rápido barrido de pies a cabeza, hasta encontrarse con los míos. Mi cuerpo pareció reaccionar y tuve que luchar contra un suspiro. Algo dentro de mi pecho se agitó y sentí como si no pudiera respirar, como aquella mañana cuando me desperté sola entre las sábanas.

—Las consecuencias de un amor ciego. —Mi voz se redujo hasta que apenas estaba murmurando las palabras.

Algo cruzó por su cara, algo que me dio escalofríos a lo largo de la superficie de mi piel.

—Lo siento...

—Es tarde para los lamentos. Perdiste tu oportunidad hace dos años — dije con voz ronca y áspera. Me lamí los labios nerviosa y me llevé un mechón de cabello detrás de la oreja

—Pero no es tarde para salvarte.

—¿Salvarme? —Apreté los labios y entrecerré los ojos—. ¿Por eso estás aquí?

—Tienes todo el derecho de estar enfadada conmigo, de odiarme. Te hice daño y lo siento.

Se veía como un chico que estaba perdido, que estaba buscando con desesperación algo a lo que aferrarse, algo que le pareciera familiar y sólido. Quería ser fuerte e intocable como lo era Stephanie, pero no podía. Todavía era demasiado blanda, fácil de herir. No sabía qué decirle, me había quedado atrapada en los recuerdos que nunca se borraron de mi mente.

—Mira... —Tragué saliva y me acerqué hasta las cajas para dejar mi bolso encima. Necesitaba un momento para reunir todo el valor que podía para enfrentarme a él—. Sé que tú y yo nunca vamos a ser nada, lo dejaste muy claro cuando te fuiste de mi cama sin despedirte. Como un maldito cobarde. — En mi voz se pudo ver el dolor que aquello me había provocado.

Su mandíbula se tensó, como si hubiera dicho la cosa más horrible del mundo. Ni siquiera sabía porque lo había insultado. Ya no estaba enfadada con él, sólo decepcionada.

—Freya, puedo explicarlo.

—No quiero saber nada, ahórrate tus palabras —gruñí. Me estaba cansando de sus evasivas—. Tu vida es solo diversión, juegos, alcohol, putas y trabajos sucios para el club. Pensé que sentías algo por mí y que yo podría encajar en tu desastre. Pero me equivoqué. Eres igual que todos, un salvaje que vive al margen de la ley y no tiene remordimientos cuando se salta las reglas. Todo lo bueno que tocáis, lo estropeáis. Tratáis a las mujeres como objetos o propiedades que solo sirven para vuestra diversión.

—No es verdad y lo sabes. Free Souls no es una banda de moteros cualquiera. Austin, Jasper... Son el ejemplo —dijo con ese tono altanero que lograba que me pusiera de mal humor instantáneamente y soltó un suspiro dramático—. No tienes ningún derecho de juzgarnos. Te vi llevando un chaleco de Los bastardos. Sé que eres propiedad de Marco. Si tanto odias este mundo, ¿por qué estás con él?

—No tengo que darte explicaciones. Me hiciste daño, con intención... —

Dejé de hablar para mirarlo con desafío. Su expresión cambió y me pareció dolido.

Había una conexión entre nosotros que no podía explicar. Su tristeza la sentía como si fuera mía.

—Lo sé pero prometo decirte toda la verdad. —Su honestidad fue brutal—. Tenemos cosas más importantes de que hablar.

—Te presentas aquí después de dos años y quieres hablar. No me llamaste ni una sola vez. Fue Chase quien me dijo que te nombraron vicepresidente y que Kate está embarazada.

—Lo siento... Tanto...

—No te creo. No tienes sentimientos —acusé, envolviendo mis brazos alrededor de mi cintura.

—Te fuiste sin despedirte de mí. ¿Cómo crees que me sentí? —graznó.

—Me hiciste el amor y te fuiste al día siguiente sin despedirte...

—Joder, Freya. Te dije que tengo una explicación para eso. Si seguimos así no llegaremos a ninguna parte.

—Está bien. Habla.

—Quiero llevarte conmigo a Texas pero antes tienes que contestarme a una pregunta. ¿Estás enamorada de Marco?

—No pienso ir a ninguna parte contigo. No puedes esperar pedirme algo así y querer una respuesta sin explicaciones.

—Contesta a mi pregunta. —Dio un paso hacia delante pero cuando sus manos me rozaron me moví a un lado. Mi corazón golpeaba con fuerza en mi pecho y no sabía a dónde mirar. Fijé mis ojos en la puerta abriéndose y cerrándose de golpe. Inspiré y conté hasta diez para calmarme antes de hablar.

—No estoy enamorada de Marco.

—Entonces, dime. ¿Por qué llevas un chaleco de su club? —Me agarró por la muñeca, con un movimiento rápido, y me asió contra sí.

—Es complicado. No lo entenderías.

—Inténtalo, no me moveré de aquí —dijo acercándose más a mí—. Soy todo oídos.

—Las chicas hicieron un trato con Marco. Ellas querían protección...

—¿A cambio de qué? —Lo escuché exhalar audiblemente, viendo venir su enfado.

—No es de tu incumbencia —solté en un siseo, molesta—. Mejor me voy. No tiene sentido remover el pasado. Yo te olvidé...

Intenté zafarme, pero él no me dejó ir. Clavé la mano en su pecho para evitar que se acercara más, pues me atrajo contra sí con ambas manos. Le lancé una mirada asesina. Eso no era un juego. No me hacía bien tenerlo tan cerca, aquello era peligroso.

Sentí problemas al respirar. Tenía un millón de preguntas que quería exigirle, averiguar la razón por la que él había dejado de quererme, pero su mandíbula estaba bloqueada.

Mordí mi labio inferior y me di cuenta de que sus ojos siguieron el movimiento con atención.

—Déjame ir... —rogué en un susurro. No me gustaba eso ni un poco.

—Lo haré, pero antes quiero comprobar algo. —Agarró mi rostro con sus manos firmes y me besó. Aquel gesto me cogió desprevenida y me atontó de tal manera, que fui incapaz de resistirme a que me colocara contra la pared. Eso fue lo que me deshizo. Colin era impredecible, era un chico malo y era peligroso para mi salud mental, pero me besaba como si sintiera algo por mí. Sus manos no habían salido de mi cara, y la forma hábil en que su lengua coqueteaba con la mía, agudizó mis sentidos. No solo me besaba, también exigía obediencia instantánea.

Podía sentir el calor que salía de su cuerpo, y estaba segura de que podía escuchar mi corazón latir con fuerza en mi pecho. Sus dientes mordisquearon toda la curva de mi labio inferior y mis brazos terminaron envueltos alrededor de su cuello mientras se apretaba contra mí. Jadeé siendo consciente de la humedad y el latido creciente que se asentaba entre mis piernas tan rápido. Mierda, aquello se me iba de las manos.

Me zafé de su agarre y tomé una profunda respiración. El beso fue intenso, hambriento. Había olvidado que se sentía cuando su boca encontraba la mía. Estaba jodida, no había marcha atrás. Colin trajo de vuelta todos los recuerdos y los sentimientos a mi vida. Esos sentimientos que había aplastado cuando me fui de Texas.

—¿Cuándo fue la última vez que te besaste así con un hombre? —preguntó arrojándome su respiración agitada.

—Ya lo sabes —dije queriendo parecer indolente, como si mi corazón no estuviese latiendo deprisa en mi pecho—. Hace dos años, cuando tomaste mi virginidad —solté con ironía, enfrentándolo, mirándolo a los ojos con rabia.

—¿Marco no te ha tocado? —preguntó con seriedad—. Me cuesta creerlo. Ese bastardo no dejaría que una chica tan guapa como tú se le escapara.

—No tengo que darte explicaciones...

—No ahora, pero me las darás —dijo, dando un paso hacia mí—. Piénsalo, tienes tres días para recapacitar y venir conmigo.

—¿Qué pasa si no lo hago? ¿Vendrán tus hermanos a desfilan sus chalecos en Ardmore? Sabes que aquí no tenéis alianzas. Este territorio es de Marco y del cártel.

—No, Freya —dijo mi nombre con esa entonación tan propia—. Esto no es un asunto del club. Es algo personal. Por eso he venido aquí solo con Vincent.

—Personal... Dime si valió la pena.

—¿De qué hablas? —Alzó la vista.

—¿Valió la pena acostarte conmigo?

Cerró los ojos y negó bajando los hombros.

—Sí, cada maldito segundo —pronunció.

Lo miré estupefacta.

—Vuelve a Texas, Colin. Me hiciste demasiado daño.

—Freya, por favor...

Lo ignoré y salí del almacén, dejándolo atrás. Caminé hacia la puerta del establecimiento y busqué con la mirada a Vincent. Él había cerrado, las persianas estaban medio bajadas y lo necesitaba para que me abriera. Me limpié un par de lágrimas cargadas de rabia que se empeñaron en rodar por mis mejillas y maldije en voz alta.

—Tienes que darle una oportunidad para explicarse —susurró Vince en mi oído—. Él te echa de menos.

—Tú no sabes nada —repliqué arisca—. ¿Por qué estás aquí con él? ¿Quieres matar a Stephanie?

—¿Matarla? —Estiró los labios en una línea recta, su semblante pasó a ser más severo. Se le notaba la tensión en la mandíbula—. ¿Qué crees que soy? ¿Un maldito asesino? No he quitado la vida a nadie, tengo la conciencia muy tranquila. A diferencia de Marco. Deberías tenerle miedo a ese criminal, no a nosotros. Por si no lo recuerdas, somos tu familia.

Nos sostuvimos la mirada un par de segundos, hasta que la voz de Colin surgió de la nada.

—Déjala ir, hermano.

Los ojos de Vince se apartaron de los míos y cayeron al suelo. Mis hombros se sacudieron, ellos no me asustaban de la manera que yo pensaba.

Pero si me hacían sentirme indefensa y débil. Mis labios estaban todavía encendidos por la sensación de la boca de Colin sobre la mía. Acababa de dejar que me besara y me sentía avergonzada. No había duda, él era condenadamente fantástico y en ese momento sacudía mi mundo de una manera brutal. Lo deseaba, pero no tenía tiempo para disipar mis temores. Tenía que encontrar un equilibrio en mi vida, tenía que encontrar esa cuerda que me mantuviese a flote y con la cabeza bien alta para no ahogarme de nuevo en su mundo inestable y peligroso.

Vince se alejó, dándome el espacio que necesitaba. Sentía un nudo en el pecho. Ellos habían sido mi familia durante años y me apoyaron cuando mi padre había entrado en la cárcel. Pero no podía volver con ellos, era demasiado tarde. Marco me mataría si supiera que quería largarme. Y no podía abandonar a mis amigas.

Vincent abrió la puerta y subió la persiana.

—No somos malos, Freya.

Pasé por su lado y bajé el escalón que daba hacia la calle. A varios metros estaba mi coche estacionado y una manzana más abajo el bar de Marco, mi verdadero infierno. Cerré los ojos con fuerza y presioné mis dedos contra mis párpados húmedos. Si Stephanie me hubiera dicho que iba a tener un mal día, no la habría creído.

CAPÍTULO 10

FREYA

El ambiente a mi alrededor se llenó de ruido: música rock, conversaciones intensas y ligeramente alteradas, gente cantando y gritando sin parar. Caminé, abriéndome paso a través de la multitud y entré detrás de la barra. Agarrando el abrebotellas, miré hacia la mesa donde estaban los miembros del club. Marco no estaba con ellos, y esa podría ser una buena oportunidad para entrar en su oficina y dejar los documentos que había sustraído la última vez.

—¿Estás bien?

La voz de Stephanie sonaba lejana, como un eco difuso al que no conseguía prestarle atención.

—Sí...

Ella se inclinó sobre la barra, bajando la voz.

—Freya, ¿qué ocurre?

Suspiré. Supe que esa conversación sucedería allí mismo. No tenía sentido seguir ocultándole lo que iba a descubrir de una forma u otra.

—Colin y Vincent están aquí.

Durante un segundo, sus ojos se parecieron a un cielo encapotado a punto de llover. Sólo que las gotas de lluvia fueron sustituidas por todos sus malos recuerdos. Tragué saliva con dificultad.

—Mierda —murmuró con los dientes apretados—. ¿Qué hacemos ahora? Tenemos que decírselo a Marco.

Sus ojos recorrieron todo el bar. Luego me agarró la mano sobre la superficie de granito y la apretó con fuerza. La mujer que había frente a mí era fuerte y decidida, pero en aquel momento se veía asustada.

—No podemos hablar con Marco de esto —le susurré—. Ellos dos vinieron a por mí. No tiene nada que ver con lo que pasó hace dos años. Colin me aseguró...

—No seas tan ingenua, amiga. ¿Olvidaste por qué te fuiste de Texas? —declaró con el ceño fruncido—. Dos años sin una maldita noticia y ahora Colin se presenta aquí para llevarte con él como si nada hubiera pasado. ¿Dónde estaba cuando lo necesitabas o cuando llorabas por lo que te hizo?

Sus palabras, a pesar de que eran ciertas, dolían tanto como una puñalada. Al final iba a ser verdad eso de que las verdades dolían. Me había pasado largos meses estancada en un continuo estado de profunda tristeza. Mis amigos me intentaban ayudar a superarlo, arrojándome con buenos consejos y dejándome su hombro para llorar cada vez que lo necesitaba. No quería volver a eso.

Pero cada vez que cerraba los ojos, la imagen del beso que me había dado hacía unas horas aparecía para atormentarme. Intenté sin éxito eliminarla y olvidar lo que había sentido. Se había introducido en mis pensamientos con tanta fuerza que me angustiaba. Mi mente me decía que lo superara y que lo olvidara, pero mi corazón se negaba hacerlo.

—Lo sé, pero parecía sincero.

Suspiré y eché la cabeza hacia un lado.

—Ellos están aquí por asuntos del club. Escuché a mi tío diciendo que tienen problemas con las bandas de Texas. ¿Sabes qué significa eso? —Su voz se elevó—. Que los Free Souls han empezado una guerra.

—No puedes saberlo con certeza. Colin dijo...

—¡Basta ya! No vuelvas a mencionarlo. No quiero saber nada de él, ni de Vincent o su club.

Me mordí el labio, pensando si debería hacer la siguiente pregunta.

—¿Qué vas a hacer? Marco no puede saberlo —dije, apenas alzando la vista.

—No le diré nada a mi tío, pero hablaré con la detective. Necesitamos salir de aquí cuánto antes —dijo con cierto pesar.

Ella tenía razón. No podíamos quedarnos más tiempo trabajando para Marco. Las cosas iban a ponerse feas, y no me refería a la llegada de Colin y Vincent, sino al giro que daría la investigación después de procesar las pruebas. No todos los policías estaban bajo nómina y vigilaban de cerca los movimientos de Los bastardos. Hace dos días aparecieron en una reunión de

bandas y por lo visto hubo varios heridos. Las represalias eran sangrientas y la vida de todos que estaban relacionados con los moteros estaba en peligro. Tampoco quería terminar encerrada en una cárcel por ser cómplice de la organización criminal de Marco.

La detective ya tenía nuestros testimonios y habíamos firmado un acuerdo. Teníamos que encontrar las pruebas antes de que Marco supiera que habíamos traicionado a su club.

—Entraré en la oficina de Marco y seguiré buscando. Tú vigila por si aparece —murmuré, mirando hacia la mesa de los moteros.

—Está bien. Ve con cuidado.

Nerviosa y atemorizada, cerré la puerta detrás de mí y eché un vistazo rápido a mi alrededor. El despacho era muy moderno, mucho más de lo que alguien podría imaginarlo. No era muy luminoso, no había ventanas y la luz del día no estaba presente, pero las lámparas de cristal en forma de cuadrados que colgaban del techo, iluminaban lo suficiente. Una discreta barra de metal plateado formaba un pequeño bar en uno de los rincones justo detrás de un sofá de cuero blanco con patas negras de madera. La mesa, de cristal negro, tenía encima un pequeño ordenador portátil a un lado y una moto de mármol blanco en el otro. Había intentado varias veces encenderlo para acceder a los ficheros personales, pero nunca había conseguido dar con la contraseña. Esa opción la había descartado hacía ya bastante tiempo. Lo único que quedaba sin revisar eran dos cajones del mueble auxiliar que había al lado de la puerta. Los dos estaban cerrados con llave, pero Stephanie le había robado a Marco la llave dos días atrás y habíamos hecho una copia antes de devolverla sin que se diera cuenta.

Metí la mano dentro del bolsillo de mi pantalón corto vaquero y traté de estabilizar mi respiración, que estaba demasiado agitada. No quería

permanecer en aquella habitación más tiempo del necesario. Marco podría aparecer en cualquier momento y pillarme in fraganti.

Era momento de actuar como mi padre lo hubiera hecho en una situación de esa envergadura, con frialdad y no dejándome llevar por los sentimientos. Me había acostumbrado a vivir con esa sensación de ahogo constante y ya no le prestaba mayor importancia. Mis prioridades habían cambiado cuando llegué a Ardmore, ya no veía la vida de la misma manera que antes, cuando mi mayor preocupación era decidir que ropa ponerme o con quién y cuándo salir. Ya no tenía que preocuparme por mis estudios o por encontrar un trabajo como enfermera. Ahora tenía muchas otras cosas en las que pensar, sobrevivir el día a día al lado de Marco y su club, era mi máxima prioridad. Aunque no era muy creyente, cada días agradecía a Dios por tener a mis dos mejores amigas a mi lado, protegiéndome y cuidándome.

Giré la llave y me obligué a poner mi mente en blanco. Revisé el primer cajón, solo había dinero, documentación y dos pistolas con silenciador. Lo cerré con cuidado y abrí el segundo. No sabía lo que buscaba, ni siquiera lo que la detective necesitaba para incriminarlo, pero estaba segura que la carpeta forrada en cuero negro que había allí, contenía algo importante. La apreté contra mi pecho y volví a colocar todo en su sitio.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí?! —el grito furioso de Marco hizo que reaccionara al instante, asustada. El portazo que dio me puso en estado de alerta.

—Nada...

Me había quedado petrificada, verlo delante de mí me golpeó como un puñetazo. ¿Por qué demonios Stephanie no me había avisado de que él había llegado? No podía respirar, y me tuve que agarrar a la mesa para mantenerme de pie.

—¿Nada, eh? —Agarró la carpeta que sostenía con tanta fuerza contra mi pecho y entrecerró los ojos hacia mí—. ¿Estabas robando esto, estúpida zorra?

Mi cerebro me gritó que corriera y mis limitadas opciones corrían a través de mi mente en el lapso de un segundo, pero mi única opción real era no hacer nada.

—Puedo explicarlo...

—Lo dudo. —Dejó la carpeta encima de la mesa y se lamió los labios. Se acercó y tomó mi cara entre sus manos, mientras sus dedos me sujetaban con demasiada fuerza.

—Marco... —gemí—. Lo siento.

—Creo que el trato que hice con mi sobrina ya no tiene sentido. —Se inclinó hacia delante y me besó. Mantuve mis labios sellados; no quería sentir nada. Las lágrimas se acumularon en mis ojos y mis pulmones quemaban, sentía que no podía respirar. Aquello era desagradable. Quería que parara y que me dejara ir, pero sabía que eso no iba a pasar.

Finalmente, se apartó.

—Déjame ir. Solo quería saber que...

—Cierra la jodida boca. ¿Crees que soy tonto? —dijo de forma mordaz las últimas palabras, prácticamente escupiéndome en la cara.

Me lancé hacia la puerta con intención de salir corriendo, pero antes de que me las arreglara para girar el pomo, Marco ya estaba detrás de mí. Agarró mi codo y tiró de mí hacia atrás. Intenté soltarme pero sus dedos se clavaron en mi brazo con fuerza, tanta fuerza que creí que iba a aplastar todos mis huesos.

—Por favor...

—¡Cierra la boca! —Sus brazos se movieron antes de que lo viera venir y me dio un fuerte puñetazo en la mejilla.

Aturdida, me tambaleé hacia atrás. Cerré los ojos y acuné mi mejilla con la mano. El terror se había deslizado a través de mi cuerpo, consumiendo cualquier opción de escapar. Una parte de mí pensaba que se detendría, que no iba a hacerme daño, pero la parte racional de mi cerebro sabía que nunca se detendría. Había intentado robarle y eso para él era una traición. El año pasado, uno de los aspirantes le robó un fajo de dinero del cobro de una de las entregas, pensando que nadie se daría cuenta. Lo mataron, ni siquiera le dieron la opción de explicarse.

—Voy a matarte por esto, Freya y colgaré tu cabeza encima del cartel luminoso del bar. Pero antes, te haré el amor de todas las formas posibles. Luego lo harán mis hermanos... —dijo, torciendo la boca en una sonrisa.

Mis ojos se movieron hacia él sin mi permiso. Tragué saliva, preparándome para lo que pudiera ocurrir a continuación. Fue una sorpresa completa cuando me dio un puñetazo en el estómago, doblándome y dejándome sin aliento.

Se quitó el chaleco y lo dejó encima de la mesa. Miré el cuchillo que estaba atado a su pierna derecha y me pregunté si tendría el valor de quitárselo y luchar contra él. Era imposible, su tamaño descomunal y su fuerza, lo hacían

parecerse a un titán.

Abrí mi boca y traté de gritar, pero su puño conectó con mi mandíbula haciendo que mi cuerpo se sacudiera por el fuerte impacto. Sollocé y le supliqué que parara, pero no lo hizo.

Escuché la voz de Stephanie y parpadeé lentamente, tratando de enfocar hacia la puerta. Me llevó un momento entender lo que estaba sucediendo. Llevé mi mano a la boca cuando vi a mi amiga apuntando a su tío con una pistola.

—¿Qué haces, Steph? —Marco dejó escapar un suspiro y bajó la mano con disimulo hasta la funda de cuero que sostenía su cuchillo.

—No te muevas o disparo. Sabes que lo haría sin ningún remordimiento. —Ella dio un paso hacia delante y me agarró por el brazo. Me colocó detrás de ella y me miró por una fracción de segundo—. ¿Estás bien? —Asentí con la cabeza y me pasé la lengua por los labios probando mi propia sangre—. Sal de aquí y escóndete. Llama a ese número que te di, vendrán a por ti.

—No puedo dejarte sola con él...

—¡He dicho que te vayas! —Levantó el tono de voz. Su rostro reflejaba una mezcla de conmoción y agotamiento.

Me marché tambaleándome, pero conseguí recobrar la compostura cuando crucé el bar para salir a la calle. Tuve suerte de que nadie viera mi rostro golpeado. Corrí hasta mi coche y presioné mis manos contra el cristal de la puerta. Cogí aire con profundidad, mirando con horror la imagen que devolvía el reflejo. La oscuridad de la noche hacía imposible ver con claridad los moratones, pero sabía que estaba horrible porque mi cara ardía de dolor.

Me subí en el coche y llamé al número que Stephanie me había dado hacía unos meses. Contestó un hombre y preguntó por mi localización. Le dije que iba a estar escondida en el baño de la gasolinera que había en la salida de Ardmore. Después colgó.

Arranqué el coche y me fui de allí sin mirar atrás. Tenía una angustia que no me dejaba respirar con normalidad. Estaba casi segura de que nunca iba a volver a ver a Stephanie con vida. Los bastardos no perdonaban.

CAPÍTULO 11

Estiré los brazos y bostecé. Mis párpados pesaban tanto, que me llevó más de diez segundos abrir los ojos. El sol de la mañana brillaba a través de las cortinas que cubrían la ventana del hotel y los finos rayos matutinos me decían que era hora de levantarse.

Di un repaso mental a todo lo que tenía que hacer. A pesar de que no había dormido mucho, no estaba cansado. Sin embargo, me dolía la cabeza. Quería café.

Cogí el mando de la televisión y justo después de haberla encendido, la puerta de mi habitación se abrió y Vincent apareció.

—Tenemos un problema.

—¿Qué pasa? —pregunté, poniéndome serio sin casi darme cuenta. No me gustó el tono de voz que mi hermano había empleado. Se notaba que estaba alterado por algo.

—Vístete y baja al vestíbulo. Hay dos policías que quieren hablar con nosotros.

Me estremecí por el efecto de sus palabras.

—Mierda.

Aparté la sábana que cubría mi cuerpo desnudo y me bajé de la cama. Me puse los vaqueros y entré en el pequeño baño conectado con la habitación para lavarme la cara en el lavabo. No debería preocuparme, mi club tenía un acuerdo con la policía estatal y con los federales. No podían tocarnos ni hacer redadas sin avisarnos y más, teniendo en cuenta que sólo llevábamos negocios legales como la mecánica, la hostelería y los transportes.

También habíamos acordado mantener una buena relación con las demás bandas y vigilar de cerca Winters, un barrio conflictivo donde la venta de droga, los robos o la prostitución eran el día a día de sus gentes.

Cerré la puerta de la habitación y caminé por el estrecho pasillo sin hacer

caso a los gritos que se escuchaban en una de las habitaciones. El hotel exhibía un estado nefasto, pero no habíamos encontrado otro tan cerca de la droguería. Era el típico lugar barato donde encontrabas de todo. Desde putas, peleas y drogas, hasta parejas que buscaban diversión y emociones nuevas. Bajé las escaleras y acomodé la pistola a mis espaldas. No planeaba usarla, la llevaba solo por seguridad. No sabíamos si los policías eran corruptos. La mayoría de las bandas de moteros los compraba, pidiendo protección a cambio de comisiones.

Entré en el vestíbulo y mi amigo levantó la mirada. Descruzó sus brazos y me dedicó una mirada cargada de tensión. A su lado estaban dos policías uniformados y se veían bastante impacientes.

—Necesito que ustedes dos nos acompañen —dijo uno de ellos mientras daba un paso hacia delante.

—¿De qué se trata? —pregunté y fruncí el ceño ligeramente. No me gustó el tono de voz que había empleado—. ¿Puedo ver sus identificaciones?

—Por supuesto —contestó el otro mientras sacaba su placa—. Soy Ferran y mi compañero, Gómez. Somos detectives de la policía de Ardmore.

—Entiendo... ¿Se nos acusa de algo? —Vince se pasó las manos por el cabello y suspiró—. Tenemos un negocio y...

—Se lo explicaremos por el camino. Alguien quiere hablar con ustedes, alguien que necesita protección, tanto la nuestra como la de vuestro club.

—¿Nuestro club? —murmuré.

—Sabemos quiénes sois. La policía de Texas nos envió un informe, a petición de la detective Katherine West —explicó el oficial que estaba a mi lado.

—Entiendo... —Mis ojos se lanzaron hacia Vince. Tenía un millón de preguntas en mi cabeza y parecía que él también. Abrió su boca, pero antes de que pudiera hablar levanté la mano—. Después de ustedes, señores.

Cuando los policías salieron por la puerta, Vince me alcanzó. Clavó sus dedos en mi brazo y me obligó a detenerme.

—Esto no me gusta, joder. Quizás deberíamos de llamar a Austin para comprobarlo.

—Son policías...

—Lo sé, pero no podemos confiar en ellos. Si Marco y su banda trafican aquí con armas y drogas, es porque se les permite. Tiene a todo el mundo metido en el bolsillo.

—Estoy preparado para lo que sea —suspiré—. No he venido aquí para esconderme dentro en una droguería y no hacer nada.

—Espero que tengas razón.

Aproximadamente una media hora después, el coche patrulla estacionó delante de una casa estucada de dos plantas, rodeada de buganvillas en flor. No había valla en la parte delantera y se podía entrar directamente al patio trasero.

—¿Dónde estamos? —Casi ni yo mismo reconocí mi voz. Estaba empezando a ponerme nervioso.

—Es una vivienda protegida. Solo tienen acceso los policías y los federales —dijo el oficial más mayor. Era un hombre calvo, bajo y robusto de dedos regordetes. Parecía simpático, pero era mejor mantener la distancia.

—¿Se trata de un testigo protegido? —Vince lo miró a los ojos.

—No, pero algo parecido. Esta tarde vendrá una detective y os informará. Lo único que os pedimos es total discreción. Nadie tiene que saber nada. Si tenéis algún problema, llamar a la estación de policía y preguntar por mí o por mi compañero.

—¿Confían en nosotros? —Enarqué una ceja, girándome hacia él.

—Sabemos que estáis colaborando con la policía estatal para el desmantelamiento de las mafias sobre ruedas. Y necesitamos cualquier ayuda. Constituyen una creciente amenaza criminal para la nación. Además del transporte y distribución de cocaína y armas, también trafican con personas. Eso los ha llevado a hacer buenas amistades con los cárteles mexicanos.

—Hacemos lo que haría cualquier ciudadano preocupado... —murmuró Vincent, encogiéndose de hombros.

—Aquí tenéis la llave. No la dejéis sola en ningún momento. Por la tarde llegará la detective y dos policías que vigilarán el lugar.

Mientras miraba como ellos se montaban en el coche, toqué el arma con mi mano. Todo era muy extraño. Era verdad que trabajábamos con la policía de Texas en un caso, pero ya estaba clasificado. Además, nuestro aspecto dejaba mucho que desear. Los dos estábamos cubiertos de tatuajes y llevábamos la cabeza rapada. Lo que significaba que a pesar de colaborar con el estado, pertenecíamos a un club de moteros que también se saltaba las leyes para ganar algo de dinero extra.

Después de varios minutos, Vince empujó la puerta de la casa con la pistola y me dejó pasar. Caminé de puntillas y me aproximé a la sala de estar. La estancia tenía un apropiado tono sombrío, paredes oscuras y ventanas sombreadas que evitaban que entrara demasiada luz. A un lateral había un sofá y un sillón de tela, y enfrente de ellos una chimenea de piedra. Al otro lado había dos grandes estanterías llenas de libros y una lámpara de pie.

—Parece que no hay nadie —escuché a Vince a mis espaldas—. He revisado la cocina, quedan las habitaciones de arriba.

—Vamos...

Caminábamos uno junto al otro, a paso silencioso y manteniendo nuestras armas apuntando al frente. Arriba había solo tres habitaciones y un baño. Abrimos puerta por puerta hasta que llegamos a la última. El dormitorio estaba decorado con muebles antiguos, típicos de los 60. Daba la sensación de encontrarse en un lugar victoriano de la época. Mis ojos se dirigieron hacia la cama, y entonces la vi. Bajé la mano con el arma y le hice señas a Vincent para que hiciera lo mismo.

—¿Qué pasa? —Llegó a mi lado y me miró a los ojos.

—Es Freya —murmuré—. La chica que está en la cama durmiendo, es ella.

—Oh... Os dejaré solos.

Tan pronto como salió de la habitación, me senté en la cama y miré con detenimiento el rostro de Freya. Estaba magullado y lleno de moratones. Estiré la mano y aparté un mechón de pelo que cubría su frente. Vi dos pequeñas cicatrices encima de su ojo izquierdo y las acaricié con mis dedos. Tenía los labios partidos y secos. Su aspecto era lamentable, pero su belleza seguía visible e irradiaba en su rostro. ¿Quién la había pegado? ¿Había sido Marco? Si era así, me aseguraría de hacerlo pagar por ello.

Verla después de tanto tiempo, me hizo darme cuenta de que mis sentimientos hacia ella no habían cambiado. Ese amor que me hacía perder el

control, pero que al mismo tiempo me mantenía cuerdo, no se había perdido. Me sentía capaz de mover cielo y tierra para volver a estar con ella y que fuera mía para siempre.

Su ausencia me había cambiado sin darme cuenta y cuando me atrevía mirar atrás, me daba cuenta de que no era el mismo. Creía en las casualidades y en el destino, y que Damien se hubiera presentado en mi taller para pedirme que la llevara de vuelta a casa, había sido cosa de Dios. El destino la había puesto en mi camino justo cuando mis esperanzas y mis fuerzas se habían agotado. Ella era mi chica, mi princesa, la niña preciosa que había estado enamorada de mí desde el principio. La única que no había renunciado nunca a mí, ni siquiera cuando había intentado con desesperación apartarla de mi lado. Ella entendía mi forma de sentir, me aceptaba como era y me amaba a pesar de mi involucración con el club. Dos personas enamoradas podrían enfrentarse a una multitud de obstáculos, desde amores a distancia, hasta problemas familiares. Habíamos estado separados dos años, tiempo en que no había hecho nada para buscarla y pedirle perdón por el dolor causado. Había llegado la hora de hacerlo y de enfrentarme a su odio.

—Freya... —Le toqué la mejilla con mis dedos—. Estás a salvo, nunca más te dejaré sola. Lamento no haber estado allí.

Ella parpadeó y abrió los ojos. Le empezó a temblar el labio inferior cuando me vio, y luego se desmoronó por completo. Las lágrimas caían por su rostro y sollozaba tan fuerte que me partía el corazón. La llevé a mi brazos y la sostuve contra mí.

—Stephanie... Ella... Tienes que ayudarla, por favor.

Deshice el abrazo y situé mis manos en cada una de sus mejillas. Le limpié las lágrimas con cuidado para no hacerle daño y devolví la mirada a aquellos ojos verdes que tanto amaba. Ella sostuvo mis manos por un instante y se inclinó hacia delante. Mi respiración se aceleró mientras en silencio rogué que no se moviera. Estaba tan cerca de ella, sentía dentro de mí un fuerte impulso, aquellos labios mojados por las lágrimas, me tentaban demasiado. Sin embargo, no tuve tiempo de razonar al respecto, pues no tardé en sentir de esa misma boca contra la mía un beso iniciado por Freya sin previo aviso. Y sin poder resistirme, correspondí. Intenso y cálido, pero breve.

Se mordió el labio inferior y se quedó mirándome a los ojos, confusa. ¿Se arrepentía? Por supuesto que lo hacía. Ella me odiaba... La parte racional de mi cerebro sabía que nunca iba a perdonarme.

Me sentía culpable cada vez que pensaba en ello, y pensaba en ello a menudo. La edad de Freya y su inocencia habían sido un obstáculo insalvable y más cuando había hecho ese maldito trato con su padre. Estaba seguro de que la iba a perder para siempre. Por eso fui a buscarla aquella noche, para reclamar lo que era mío. Ojalá hubiera podido pararlo.

Se produjo un silencio sepulcral en la habitación. Freya no era mía y ese pensamiento me volvía loco. Cerré los ojos y me acordé de todo lo que había pasado ese día, las mejores jodidas horas de mi vida.

Las imágenes eran agresivas, invadieron mi mente sin lástima. Aún podía sentir las caricias de sus suaves manos cuando hicimos el amor.

Vincent tocó a la puerta y me puse de pie, aliviado porque había salvado el tenso momento. ¿Cuándo dejaría de comportarme como un imbécil? No quería averiguar la respuesta a esa pregunta, no aún. Caminé hacia la puerta y cuando la abrí, me encontré con el rostro preocupado de Vincent.

—Ey, ¿podemos hablar un momento? —susurró desde el umbral.

Asentí y caminé detrás de él hasta la ventana.

—¿Qué pasa?

—He hablado con Jasper y los demás. Llegarán mañana —su voz era firme, pero gentil.

—¿Por qué los has llamado? No quiero involucrar al club.

Le eché una mirada a Freya. No era cómoda la situación, no después de aquel beso tan tierno y dulce que me acababa de dar. Había notado cierta timidez, lo cual fue adorable.

—Lo que sucedió no puede quedar así y Marco merece pagar por lo que ha hecho. Pero no tienes que hacerlo solo. No sin el club. Somos una maldita familia y nos cuidamos los unos a los otros.

—No quiero poner en riesgo la vida de nadie más. Tengo que hacerlo solo o toda esta mierda salpicará a los demás. A Sarah, a Kate, a Amelie... Sabes que el cartel mata a cualquiera por venganza. No importa si se trata de mujeres o niños.

—Lo sé, pero recuerda que el club tiene buen respaldo. Preocúpate por ella, no parece estar bien con esta situación —dijo sin vacilar—. Voy a preparar un té y traeré un par de galletas para que coma algo.

Me miró por unos segundos, como si no estuviera seguro de si debería decir algo, antes de irse.

—Gracias, hermano.

Una inquietante sensación me recorrió cuando se alejó de mí. No le dije nada más, no quería pelearme con él delante de Freya. Todavía no podía creer que estuviera allí de verdad, que al fin hubiéramos logrado encontrarnos después de tanto tiempo. Mierda, el hecho de verla de nuevo ya mejoraba mi malhumor.

CAPÍTULO 12

FREYA

Al poco rato, Vincent volvió y dejó una bandeja con galletas caseras encima de la mesita de noche blanca que había al lado de la cama.

—Quería preparar un té, pero la cocina está prácticamente vacía —me dijo mientras tiraba de una silla para sentarse.

—Las galletas son nuestras. Una clienta nos las llevó a la tienda ayer por la tarde. —Colin levantó la mirada. Se quedó sentado en el borde de la cama, en silencio. No me había dicho nada después de aquel beso. ¿Por qué lo había besado? Porque me sentía sucia, porque quería borrar de mi mente a Marco y ese desagradable beso. Pero también porque me alegraba verlo de nuevo. Él me hacía sentir segura y lo necesitaba tanto en aquel momento...

No tenía el derecho de reclamar su boca como si fuéramos pareja, lo sabía. Y tampoco lo había perdonado, aún sentía tristeza cada vez que recordaba el pasado. Pero ni siquiera los malos recuerdos conseguían que dejara de necesitar tenerlo a mi lado.

—Gracias chicos.

—¿Quieres contarnos qué ha pasado? —Los ojos de Vince se posaron sobre mí—. Ese par de policías no nos contaron nada, aunque viendo tu rostro, me lo puedo imaginar.

—Antes tienes que prometerme algo. —Me atreví a tomar su mano y le di un fuerte apretón. Colin nos miró con el ceño fruncido, no supe distinguir si estaba molesto o intrigado.

—Sí, pero deberías pedírselo a Colin...

—Tienes que prometerme que no le harás daño a Stephanie, si.. Sigue con

vida. —Bajé la cabeza y un escalofrío recorrió mi columna vertebral, haciéndose compañero del miedo que me envolvía.

—Nunca haría nada que pudiera perjudicarla, aunque me haya disparado... —Su cuerpo se tensó—. ¿Está en peligro?

—Estamos las tres... —Cogí una profunda respiración y a pesar del ardor que sentía en mi pecho, continué—. Cuando llegamos a Ardmore, Stephanie buscó a Marco. Tenía miedo por lo que tú o tu club pudierais hacerle después de haberte disparado. —Vincent se puso de pie y empezó a caminar—. Necesitaba protección y acudió a Los bastardos, pero Marco le pidió algo a cambio.

—¿Por qué no me sorprende? —gruñó sin dejar de fruncir el ceño. Sus ojos parecían los de un gato salvaje a punto de atacar y curioso por conocer bien a su presa. —Sigue, quiero saberlo todo.

—Empezamos a bailar en su club a cambio de protección—. Colin cruzó una mirada conmigo y apretó la mandíbula. Sabía que aquello no era de su agrado, lo había dejado muy claro cuando habló con Ángela la última vez.

—Ella me prometió que eso no iba a pasar —dijo Colin entre dientes—. Que tú nunca ibas a desnudarte delante de hombres por dinero.

—Lo sé, pero no tuvimos elección. Si no lo hacíamos, Marco me iba a reclamar como suya en todos los sentidos.

Cuando volvió a hablar su voz era apenas un susurro.

—¿Él nunca te ha tocado?

Esperé unos segundos antes de contestar. No me había tocado, pero me había besado varias veces.

—No. —No le dije nada más. No creía que fuera relevante en aquel momento.

—¿Fue él quien te hizo esto? —Hizo una mueca de sufrimiento. Se llevó la mano al tabique de la nariz y exhaló con fuerza.

—Sí. —No dijo nada así que continué—. Cuando Marco me dio el chaleco, Stephanie le dijo que dejaríamos de bailar si él me forzaba a tener sexo. Le prometió que no iba a tocarme, pero empezó a tratarme mal, a veces me pegaba delante de sus compañeros para reírse de mí... —Mi voz tembló un poco, salió forzada y torpe—. Stephanie tomó una decisión. Contactó con una detective e hicimos un trato.

—¡No me jodas! —Vincent me miró incrédulo—. ¿Tienes la más mínima idea de lo que eso significa?

—Me lo puedo imaginar. —Me lamí los labios con nerviosismo—. Pero era la única opción. Queríamos verlo encerrado, librarlos de él... Fue lo único que se nos ocurrió.

—¿Stephanie es tonta? ¿Cómo se le ocurrió traicionar a Los bastardos? Son unos malditos salvajes y no perdonan. Por eso estamos trabajando con el FBI... ¡Maldita sea! —Alzó el tono de voz, claramente molesto—. La matarán.

No le tenía miedo, no estaba asustada de ellos, yo los había llamado. ¿Cómo había podido pensar que ellos eran capaces de hacernos daño? Lo que me aterrorizaba era Marco y su club.

—Si no lo han hecho ya.

Nos miramos el uno al otro durante un largo minuto, sus ojos negros se oscurecían a medida que iba asimilando mis palabras.

—¿Dónde está? —Suspiró.

—No lo sé, intenté llamarla pero no contesta. Ella me salvó anoche... —dije limpiándome las lágrimas que me rodaban por la mejilla—. Marco me pilló robando documentos en su oficina. Me pegó y estuvo a punto de violarme, lo habría conseguido si no hubiera sido por ella.

Colin se puso de pie y se quedó rígido, con los puños apretados. Me estaba mirando como si mi confesión lo estuviera matando lentamente, una y otra vez.

—¿Por qué demonios te fuiste de Texas? Dos años sin saber nada de ti y por lo que nos cuentas, lo has pasado realmente mal.

—Porque... tú... ¡Joder! —Me bajé de la cama y lo enfrenté. Era mucho más alto que yo y me hizo estremecer un poco. Me mordí el labio; quise rozar mi boca con la de él y revivir ese amor del que tanto tiempo llevaba intentando olvidarme—. ¿Por que te fuiste después de hacerme el amor? ¿Era solo eso lo que querías de mi? ¿Me querías siquiera? —Tuve que contener las lágrimas; no quería llorar delante de él.

—Ahora quieres saberlo... ¡Maldita sea! Te fuiste sin darme la oportunidad de explicarme.

Mi corazón saltó ante la firmeza en su voz.

—Lo hago ahora. Explícate. —Lo sujeté del brazo para obligarlo a que me mirase.

—Tenemos que buscar a Stephanie, hermano —le dijo Vince a Colin en voz baja.

—No os podéis ir, no hasta que llegue la detective —susurré.

—No me jodas, Freya —gruñó Vince—. Cada minuto sin actuar reduce nuestras posibilidades de encontrarla con vida.

—Lo sé, pero no quiero quedarme sola.

Justo entonces sonó el timbre de la puerta.

—Voy a ver quién es —avisó Vince mientras abandonaba la habitación.

Tras una mirada al rostro firme de Colin, sentí que mi vientre se retorció de rabia. Una pelea era lo último que quería y lo que menos necesitaba. Me traía demasiados recuerdos y debía tener la mente despejada para salvar a Stephanie.

—Sé que necesitamos hablar, pero no ahora —murmuré.

Puso los ojos en blanco, se pasó las manos por el rostro con frustración y luego se sentó en el borde de la cama.

—Esperaré, llevo dos años haciéndolo —exhaló—. Somos del mismo bando. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que no podemos estar separados?

Mi corazón empezó a palpar y se me escapó una respiración temblorosa cuando me di cuenta que quizás podría tener razón.

La puerta de la habitación se abrió y mis ojos se cruzaron con los de Tasha, la detective. Una mujer de unos cuarenta años que iba poco maquillada y llevaba un traje negro, elegante. Tenía unos llamativos ojos verdes y una sonrisa cordial que irradiaba confianza. Su piel no reflejaba el peso de los años, de modo que las pocas arrugas que tenía, le conferían autoridad. Era una agente competente y entregada a su trabajo.

Ella dio unos pasos hacia delante y me miró con preocupación.

—Oh, Dios. ¿Estás bien? —Me estudió con la frente arrugada antes de seguir—. ¿Fue Marco?

—Sí, pero no es tan grave como parece. —Rodé mis ojos, intentando alivianar la situación.

Ella se quedó callada, reflexionando.

—Me alegro que haya llegado. Ahora nos podemos ir. —Colin se puso de pie tan rápido como el viento, dedicando una mirada dura a Tasha. Le silbó a Vince, consiguiendo su atención, antes de sujetar mi mano y acercarme a él—. Volveremos dentro de unas horas. No te preocupes por nosotros, sabemos cuidarnos. —Besó mi frente y se alejó.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo Colin Michaelson? —Tasha lo agarró por el brazo y tiró de él hacia atrás—. No estás en Texas, aquí tú y tu club no sois bienvenidos. Ayer, uno de Los bastardos, un tal Chuck, disparó a

uno de los vuestros. Creo que se llama Chase...

—¿Qué estás diciendo, detective? —Vincent se alejó de la puerta. Su rostro palideció como si se hubiera quedado sin sangre—. ¿Está herido? ¿Cómo demonios ha pasado esto?

—Él está bien. Se salvó de milagro... Mira, yo no tengo todos los detalles de lo que ocurrió allí. —Ella se balanceó sobre sus talones, mirando a Colin de soslayo—. Es mejor que de momento no hagáis nada, al menos no aquí donde no tenéis a nadie de vuestra parte. No queremos una guerra sangrienta en este tranquilo pueblo —puntualizó con calma.

—Entiendo, no os queréis manchar las manos. Por eso estáis usando a chicas inocentes para que hagan vuestro trabajo. —La voz de Colin se elevó y su tono se tornó beligerante. Como siempre, su rostro era impenetrable.

Le puse la mano en el brazo para intentar calmarlo y él se giró, observándome con prudencia. Mi boca se secó al instante. Estaba concentrado y como siempre que lo estaba, su expresión era dura. Me encantaba verlo así, tan valiente y sexy, no podía negar ese hecho.

—Las investigaciones que se llevan a cabo en Ardmore, no son asunto de vuestro club —dijo Tasha con voz queda pero gélida.

—Estoy seguro de que presionaste a Stephanie para que hiciera un trato con vosotros.

—Nadie la obligó —espetó la detective—. Fue ella quien contactó conmigo. Sabemos que estaban en peligro. Uno de mis hombres está infiltrado en el club de Los bastardos.

—Tasha... —susurré mientras colocaba mi mano encima de su hombro—. ¿Stephanie está viva?

—Sí, ella consiguió salir de esa oficina después de ti y me informaron de que llevaba una carpeta de cuero con ella.

—Son las pruebas que íbamos a conseguir para ti —dije, luchando por mantenerme inexpresiva y no mostrar mis nervios—. ¿Dónde está? Quiero verla.

—Lo único que sé es que se pasó por el apartamento y se llevó a Ángela con ella. Lo siento... —Me miró unos pocos segundos, como si no estuviera segura de si debía decirlo, antes de hablar finalmente—. La estamos buscando, queremos dar con ella antes que Los bastardos. Tiene mi teléfono, llamará si está en apuros.

—¿Y qué mierda se supone que tenemos que hacer nosotros? bramó Vince

—. ¿Esperar una maldita llamada mientras ella corre peligro? No pienso quedarme con los brazos cruzados.

Me acerqué a él y lo miré a los ojos. Pensaba que Colin era impulsivo, pero Vince lo superaba. Me preguntaba si actuaba así porque le importaba Stephanie o porque solo quería ayudar. ¿No la odiaba? ¿Durante dos años ella había vivido con un temor equivocado? Sabía que mi amiga tenía sentimientos por él, me lo había confesado, pero no sabía que Vince también.

—Yo también estoy preocupado por ella, pero sé que es fuerte y que sabe cuidarse. Es bastante lista y no hará ninguna estupidez que ponga en riesgo su vida —le dije en voz baja—. Deberíamos esperar su llamada. Estoy segura de que no tardará... Nos necesita. Te necesita, Vince. Más de lo que te puedes imaginar. Sé que las cosas entre vosotros se pusieron feas, pero no hay duda de que ella nunca quiso hacerte daño.

—Tenemos que hablar de lo que pasó hace dos años. Ella tiene que darme ciertas explicaciones... Pero no pienso abandonarla cuando más me necesita. Nuestra corta relación terminó mal, el amor y el odio se convirtieron en un mismo sentimiento. Y dentro de mí, han podido convivir juntos sin desplazarse el uno al otro. —Sus ojos permanecieron centrados en los míos—. No sé ella, pero yo no sé cómo gestionar mis emociones y qué es lo que debo de sentir. Sólo sé que lo que siento, es real.

—Vaya hombre. Eso es jodidamente profundo —tosió Colin.

—Deja de hacer el tonto, idiota. —Sus fosas nasales se ensancharon mientras lo miraba de arriba a abajo.

—¡El único tonto aquí eres tú! —bramó Colin.

—¿Os queréis callar de una puñetera vez? —dijo Tasha levantando la voz—. Necesito hablar con vosotros antes de irme.

CAPÍTULO 13

Apagué mi móvil después de leer el mensaje de Damien. Se había atrevido a preguntarme si todo había salido conforme al plan. Mi corazón se aceleró mientras la adrenalina palpitaba a través de mi cuerpo, estaba irritado. No había nada más que quisiera hacer en aquel momento que estrangular a ese maldito cabrón. Pero me dijo que sus hombres estaban en alerta, esperando a que les diéramos luz verde para intervenir.

La verdadera razón por la que estaba en Ardmore era porque quería arreglar las cosas con Freya y salvarla. Me importaba una mierda ese trato que había hecho con su padre. Pero me estaba poniendo demasiado nervioso y no podía presumir precisamente de tener mucha paciencia.

Me fijé en el lugar que había frente a mí: un terreno en perfecto estado, con hierba recién cortada, tranquilo y con buenas vistas. Necesitaba calmar un poco mis nervios, pero nada de lo que veía ayudaba. Tenía miedo de perder a Freya otra vez. Mis sentimientos se encontraban en la cuerda floja y no sabía si era mejor dejarla ir o seguir luchando. Sabía que no me pertenecía, pero me aterraba pensar que podía llegar un día en el que todo lo nuestro se terminase. Y sobre todo, tenía miedo a que la vida nos volviera a separar.

La detective nos había dicho que ya tenían a varios miembros del club de Marco dispuestos a firmar un acuerdo de impunidad a cambio de información sobre los transportes de drogas y armas. Teníamos que quedarnos al margen para que nada interfiriera en la investigación. Vincent habló con Jasper y le confirmó que Chase se encontraba bien. Lo único que podíamos hacer, era esperar.

—Deberías comer algo tú también—dijo Vince a mis espaldas—. Quedan dos filetes de ternera y ensalada.

—No tengo hambre. —Me volví hacia él—. ¿Freya comió?

—Sí, está en el salón viendo una película ahora. Deberías hablar con ella

y arreglar las cosas. No ha parado de bombardearme con preguntas sobre ti.

—¿De verdad? —Fijé la vista en mi amigo.

Sacudió la cabeza y se rió un poco.

—Voy a subir y acostarme un rato. Avísame si hay novedades.

Entró en la casa y reflexioné sobre sus palabras. Había estado tan perdido en mis pensamientos, que había olvidado que Freya se encontraba a unos cuantos metros de mí. Mientras meditaba sobre cuál debería ser mi próximo paso, escuché movimientos a mi derecha. Empuñé el arma y me preparé para sacarla, pero la voz dulce de Freya me detuvo.

—Me gusta este lugar, es tranquilo. —Parecía nerviosa e insegura. Se acercó a la barandilla y apoyó sus manos mientras centraba su vista en la lejanía—. Por primera vez en dos años, no siento miedo. Me gustaría que esta sensación permaneciera durante toda la vida. Es horrible vivir con una angustia en el pecho que no te deja respirar.

—Freya, mírame. —Guardé bien el arma y curvé mi mano alrededor de su cuello—. La vida es difícil para todo el mundo y aquello con lo que fantaseamos apenas se cumple. Pero nosotros somos los dueños de nuestro destino, de nuestras decisiones. Tenemos que creer en nuestras posibilidades para que seamos capaces de triunfar.

—No quiero que me hables así. —Se retiró lejos de mí y volvió a mirar hacia delante—. Me recuerda al motivo por el cual me enamoré de ti y es doloroso...

—¿Sabes por qué te quería?

Ella giró la cabeza y levantó sus arregladas cejas. Me observó con el ceño fruncido.

—No. ¿Por qué? —Extendió una mano y tocó suavemente mi mejilla—. No sabía que me querías.

—Nunca te lo he dicho... —Cerré los ojos y disfruté de sus caricias. Simplemente había algo en la forma que lo hacía, la gracia y la ternura que las hacía únicas—. Pero te quería porque eras un imposible. Te quería porque me hacías sentir lo que nunca habría pensado que podría haber llegado a sentir: paz interior. Me hacías desear ser mejor persona. Eras mi mejor amiga, la única persona a parte de mi hermana en la que confiaba. Conseguiste que quisiera hacerlo todo contigo.

—Entonces, ¿por qué me hiciste tanto daño? —Abrí los ojos y vi que tenía los suyos húmedos—. ¿Por qué me dejaste sola después de hacer el amor

conmigo?

—Porque...

—Tu teléfono no para de sonar. —Vincent llegó al lado de Freya y estiró una mano—. Ten, es Stephanie. Contéstale.

Ella bajó la mirada y tomó el móvil. Estaba nerviosa, podía sentirlo.

—Stephanie, ¿eres tú? —Suspiró sonoramente y se llevó la mano a la boca—. Gracias a Dios que estás bien.

Vincent la miraba muy atento, como si quisiera leer toda la conversación en sus ojos. Nunca lo había visto así, tan impaciente. Su comportamiento alterado me preocupaba un poco.

Cuando Freya bajó la mano y apagó su teléfono, mi hermano se aclaró la garganta y cambió el peso de un pie a otro.

—¿Y bien? —Tragó un poco—. ¿Qué te dijo?

—Ella y Ángela están bien. Quiere que la detective vaya a recogerlas. —Compartieron una mirada—. Llamaré a Tasha.

Vince asintió y entró en la casa. Esperé que Freya terminara de hablar por teléfono y luego me acerqué a ella. Durante un segundo, pensé que iba a decir algo o intentar alejarse, pero no lo hizo. Me dio un rápido abrazo con una mano y aproveché el momento para poner mis brazos alrededor de su delgada cintura y enterrar mi nariz en el hueco de su cuello. Mi pecho subía y bajaba, el aire se apresuraba dentro y fuera de mis pulmones, me sentía sin palabras porque me atenazaba una mezcla de sentimientos que me enmudecían, como la primera vez que ella me dio un abrazo.

—Te he echado de menos, Freya. —Mi voz era apenas un susurro y lo único que quería era quedarme así para siempre y no dejarla ir nunca de mi lado.

Ella se apartó y apretó mi mano, luego bajó la mirada a nuestros dedos entrelazados. Me incliné y acerqué mis labios a su boca. Separó los labios, en una invitación abierta para mi y no dudé en besarla. Fue suave, casi inocente, como un beso entre amigos. Tracé con mi lengua su labio inferior y su lengua tocó a la mía. Una ráfaga de calor se disparó dentro de mi pecho y dejé escapar un gemido irregular. Me moví para besar el lado de su cuello y luché contra el impulso de chuparla, de marcarla con mi boca. Quería borrar lo que ese desgraciado le había hecho.

Ella frotó la punta de su nariz contra mi mejilla y se detuvo en mi oreja. Puso sus labios contra ella y dijo:

—¿Qué estamos haciendo?

La miré por un largo momento, en silencio.

—Realmente no quiero saberlo.

Abrió la boca como si fuera a decir algo más, vi su lucha con las palabras que no vendrían, y luego se limitó a suspirar. Su barbilla se inclinó y esos ojos salvajes se clavaron en los míos con una mirada intensa. Eso hizo que mi corazón se detuviera. Solo quería besarla y seguirla besando hasta que ambos estuviéramos desnudos. Se suponía que tenía que tomar las cosas con calma, tener paciencia y esperar. Esa nueva oportunidad era una prueba para mi voluntad.

Cambié mi mano a su mejilla y levanté la otra hasta su cuello para atraer su rostro hacia mí y llegar a esa deliciosa boca que tanto me tentaba. La besé una vez más, descansando mis labios sobre los suyos. Me quedé unos segundos así y dejé que su cálido aliento se mezclara con el mío. Era excitante y también reconfortante. Una mezcla que agitaba mi corazón. Quería devorarla.

Sentí sus caderas arqueándose para encontrarse con las mías y me dejé cautivar por esa lenta danza. Podía sentir su calor irradiando a través de la ropa, tentándome a ir más lejos. Sus suaves senos se presionaban contra mi pecho, su lengua se movía al compás de la mía, haciendo que el placer invadiera cada célula de mi cuerpo.

—Colin. —La boca de Freya se separó de la mía, sin aliento—. Tenemos que parar esto...

—¿De qué tienes miedo?

Su rostro se desmoronó.

—Me hiciste daño una vez. No confío en ti... —Sus ojos estaban vidriosos.

Después de haber pronunciado esas palabras, vino un silencioso cruce de miradas, uno tan profundo que parecía detenerse en el tiempo.

Justo en ese momento, justo cuando pensaba decirle la verdad, llegó el sonido de alguien cerrando la puerta de la entrada. Freya dio unos cuantos pasos hacia atrás, sus ojos parecían no enfocar bien.

—Algo ha pasado —dijo, luchando contra sus propias palabras.

—Vamos.

Cogí su mano y entré con ella en la casa. Fuimos andando por el pasillo en silencio hasta la sala de estar. Le eché un vistazo a mi alrededor y me puse delante de Freya para bloquearle el camino cuando llegamos delante del sofá.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero, pues no daba crédito a lo que estaba viendo: la detective estaba tendida, con los ojos cerrados y la camisa blanca que llevaba puesta, empapada de sangre.

Noté el ya familiar nudo en el estómago, cada vez me acostumbraba más a él. Pasar tiempo con mis hermanos y haciendo las cosas ilegales para el club, me habían hecho ver la vida de otra manera. Dejé escapar una frustrante bocanada de aire y me enderecé de forma rápida. Tenía un mal presentimiento. En ese momento, me sentía incapaz de mantener la calma. Dejé que mi mirada se moviera por la habitación en busca de Vincent pero él estaba apoyado contra la mesa del salón mirando al suelo.

—Pero, ¿qué mierda?

Freya se sobresaltó ante mi arrebato y se aferró a mi brazo de inmediato. Podía ver en su mirada lo asustada que estaba. Mi corazón se rompió por ella, odiaba verla así, había sufrido bastante en su vida ya. Le di un beso en la frente para tranquilizarla y cogí aire unas cuantas veces, necesitaba recuperar el control de mí mismo.

—¿Quieres explicarme qué ha pasado? —pregunté a Vince mientras hacía un gesto hacia la pobre detective que se estaba desangrando.

—¡Aquí tengo todo lo que necesitamos!

Stephanie entró en el salón y levantó un maletín marrón en el aire. Tenía puesta una camiseta negra con el logo del bar donde ella y Freya trabajaban y una falda muy corta. Era obvio que no se había cambiado de ropa después de su último turno. Su rostro reflejaba puro agotamiento, aún así, su belleza seguía intacta. Me miró con dureza, entornando los ojos. Dejó caer la mano hacia abajo y un silencio incómodo se posó sobre nosotros. Nadie decía nada. La última vez que la había visto, le dije que su vida correría peligro si se atrevía a volver a Texas. Estaba enfadado, frustrado y me odiaba a mí mismo. No pensaba con claridad.

—Amiga. —Freya corrió a su encuentro y la abrazó—. Pensé que Marco... Oh, Dios... Me alegro de que estás bien. ¿Cómo saliste de allí?

—No tenemos tiempo ahora. —La voz de Stephanie era baja y sus ojos se clavaron en los míos cuando nuestras miradas se encontraron de nuevo. Apretó los labios y caminó hacia el sofá. Empujó su cabello fuera de la cara y se dispuso a abrir el maletín—. Hay que salvarle la vida a Tasha. Oliver la ha disparado.

CAPÍTULO 14

FREYA

Me arrastré fuera de la cama después de un par de horas de sueño. Necesitaba ese descanso para recobrar un poco las fuerzas. Estábamos tan preocupados por Tasha, que ninguno había podido dormir. Aunque nadie lo dijo en voz alta, todos temíamos que en cualquier momento su estado empeorara.

Las cortinas estaban corridas y toda la habitación estaba a oscuras. Encendí la linterna de mi teléfono y vi a Colin durmiendo profundamente. ¿Cuándo se había colado en mi habitación? No recordaba haberlo escuchado entrar.

Habíamos pasado una mala noche, agitada y agotadora. Mi cuerpo no respondía de la misma manera y mis músculos tampoco. Miré con atención mis vaqueros y mi camiseta negra de seda. Necesitaba ropa para cambiarme, llevaba puesta la misma ropa desde hacía dos días. Pero eso no importaba tanto en aquel momento, no cuando Marco estaba buscándonos. Eso sin mencionar que un oficial, su compañero dentro del cuerpo, acababa de intentar matar a Tasha. Ese desgraciado no tenía límites, era el diablo en persona.

Alcé mi mano y moví un poco las cortinas. Parpadeé y esperé a que mis ojos se ajustaran a la brillante luz que cubrió toda la habitación.

—Freya... —La voz de Colin era áspera—. ¿Qué hora es? —Quitó la sábana que lo cubría y bajó los pies al suelo—. Perdón por haberme metido en la cama contigo, pero no quedaba sitio. Con Stephanie, Ángela y Tasha aquí, la casa está llena.

—Son casi las diez de la mañana.

Pestañeó y sus cansados ojos me dedicaron una mirada cansada.

—Jasper y los demás deben estar a punto de llegar. —Se puso de pie y trató de estirar su camiseta con las manos en un intento de plancharla con los dedos. Después de un minuto en silencio dio un paso hacia delante y me agarró por la cintura. Podía oír el latido de mi corazón golpeteando en mis oídos y no podía apartar la mirada de su boca. Solo tenerlo tan cerca era suficiente para causar el descontrol en mi cuerpo y en mi mente—. Debería cambiarme de ropa y traer mis cosas aquí.

—Yo también tengo que cambiarme —dije en voz baja.

Él me estaba estudiando con la mirada y eso hizo que me estremeciera de los pies a la cabeza. Pude ver un millón de preguntas e inseguridades, pero me gustaba esa expresión de su rostro. Ese chico malo era demasiado atractivo.

—Entonces debería ayudarte a que te quites la ropa... —Sus palabras enviaron un calor descarnado y primitivo por mi cuerpo, algo que jamás había experimentado. Ni siquiera cuando me acosté la primera vez con él. Inspiré de manera entrecortada y dejé que el pensamiento racional se impusiera.

—No es buena idea, Colin —susurré a modo de protesta—. No puedo olvidar el pasado. Me usaste y luego me tiraste. Eso no va a suceder otra vez.

—Quiero contarte toda la verdad. —Me acarició la mejilla y el cabello. A pesar de que el corazón me latía desbocado, en aquel momento debía parecer tranquila—. Pero antes quiero recordarte algo...

—No.

Me puso un dedo en los labios. Los acarició una vez, dos veces. Después retiró la mano y tragué saliva; había sentido la excitación de aquellos toques en lo más profundo de mis entrañas.

—Déjame borrar para siempre las pesadillas del pasado.

Dudé. Estaba empezando a temerme que si no echaba a Colin de mi habitación en ese mismo momento, no podría hacerlo nunca. Nuestras miradas se cruzaron y el aire se volvió denso a nuestro alrededor. Él era bastante experto en ocultar sus emociones, pero cuando estaba conmigo no lo lograba. Me esforcé por llenar mis pulmones de aire y luché para ignorar el latido enloquecido de mi corazón. No había duda de que me tentaba. ¿Por qué no podía rechazarlo? Sabía a la perfección que podía hacerme daño otra vez o cosas mucho peores para mi corazón ya más que lastimado. Pero su proximidad y sus palabras me resultaban tranquilizadoras.

—Hay algo que me hace perder la cabeza, Freya. Deseo estar a tu lado, quiero tenerte cerca y protegerte —dijo en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —suspiré—. Pero quiero averiguarlo.

Me miró durante unos largos segundos, sonriendo y recordándose lo sexy que era, luego estiró una mano para tocar mi mejilla. Mis labios estaban a solo unos centímetros de su boca y deseaba besarlo. Quería sentir sus labios moverse sobre los míos, y lo deseaba más de lo que había deseado nunca ninguna otra cosa en el mundo.

Cualquiera que fuese mi futuro con él a mi lado, sabía que podía manejarlo.

Sus dedos se enredaron en mi cabello, inclinando mi cabeza hacia atrás, antes de que su boca bajara contra la mía; y su lengua pasase entre mis labios para saborearme. No puse mucha resistencia, el deseo había invadido mi cuerpo. Sabía que no tenía que devolverle el beso, pero realmente quería disfrutar de todo lo que venía con él, incluyendo la forma en que me atraía. Tenía mi lengua en su boca, con una mano en su cuello y la otra acariciando su pecho. Nunca jamás me cansaría de él; lo sabía en el fondo de mi alma. Era la primera vez en dos años que me sentía como yo misma, como si hubiera vuelto mi antigua yo. Nuestras lenguas se retorcieron, mezclando nuestros alientos, y estaba bastante segura de que su nombre se me escapó en un susurro. Había olvidado cómo era ser besada así, por Colin. Me estremecí contra él mientras sus manos se deslizaban por debajo de la tela de mi camiseta; las caricias que recibía me dejaron sin aliento. Sus dedos estaban fríos, en contraste con mi piel caliente. La palma de su mano se abrió por completo y la posó sobre mi espalda, para acercarme aún más a él.

El beso era profundo, poderoso, capaz de recordar un vínculo que ya creía perdido. La calidez de su boca y la forma hábil en que su lengua coqueteó con la mía, me dejó sin aliento. Cuando cambió de táctica y empezó a ir con más fuerza, algo me sucedió. Quería que las cosas fueran más lejos, quería ser suya una vez más.

Redujo su ritmo y levantó mis manos en el aire. Me quitó la camiseta y acto seguido el sujetador, exponiendo mi pecho desnudo.

—Te he echado de menos —susurró—. Déjame hacer esto, déjame sentirte.

Cogió mis senos con sus manos y comenzó a moldearlos con impaciencia.

Mi ritmo cardíaco se disparó y lo miré con la respiración alterada. Las yemas de sus dedos me recorrían los pezones en movimientos lentos, dejando a su paso la piel de gallina. Me besó el cuello, la barbilla, subiendo poco a poco hasta mi boca. No podía respirar, el deseo que sentía estaba a punto de hacerme arder en llamas.

Me quité los pantalones y las bragas sin dejar de mirarlo a los ojos y cuando estuve completamente desnuda, me empujó suavemente hacia atrás. Choqué contra la cama y me senté, soltando un suspiro entrecortado.

—Estírate hacia atrás —dijo en voz baja.

Cerré los ojos con fuerza y me dejé caer encima del colchón. Sentí todo su peso encima de mí y también su erección demandando algo a gritos. Colin se había quitado los pantalones y los bóxers, ya no había nada que nos separase.

En aquel momento, no tenía voluntad para nada. Me sentía bien y no pude evitar dejar que todo fluyera.

Agachó la cabeza y me besó. Abrí un poco la boca, dejando que su lengua se adentrarse como una loca a probarlo todo. Sus manos se movieron hacia abajo, rozando con sus pulgares los huesos de mi cuello. Me dio besos húmedos por toda mi clavícula y comenzó a bajar la mano, rozando la suave piel de mi vientre, las caderas y por fin mis muslos.

Deslizó la lengua por la curvatura de uno de mis pechos y se ganó un jadeo. Después de rastrear el pezón, lo chupó con fuerza y lo mordió suavemente. Su mano en mi abdomen subía y bajaba por mi piel, acercándose cada vez más a mi entrepierna.

—Relájate... —susurró.

Me acarició las costillas y el pecho con sus largos dedos y cuando esos encontraron mis firmes pezones, gemí. Un segundo después, su boca ocupó el lugar de los dedos y me retorcí de deseo cuando él me los mordisqueó, enviando a mi interior las más exquisitas sensaciones.

Podía sentir el calor de su cuerpo, y aunque me estaba dejando llevar por la pasión, por fin me sentía bien por primera vez en mucho tiempo.

—Voy a regalarte un orgasmo inolvidable —murmuró—. Solo tienes que cerrar los ojos y dejarte llevar.

Cerré los ojos y dejé que el deseo se hiciera cargo de esa situación. Al mismo tiempo que Colin besaba mi cuello, me recorría la espalda con sus dedos. Me sentía vulnerable y no podía pensar en nada más que lo que estaba sintiendo. Se me puso la piel de gallina cuando dirigió los dedos lentamente

hacia la mojada y caliente hendidura que pedía a gritos sus toques. A partir de ese momento, todo empezó a ocurrir más deprisa. Situó un dedo sobre mi clítoris y comenzó a dibujar pequeños círculos mientras con la otra mano me separaba los muslos. Empecé a moverme ante el roce de su mano y gemí ante el deseo incontrolable que se abalanzaba sobre mí.

Sus movimientos a veces eran rápidos y a veces lentos. Estaba húmeda, caliente y dispuesta. Pero a la vez, me sentía querida y protegida.

—Deja que te lleve al cielo.

Sus palabras me hicieron gemir.

—Hazlo...

Sus dedos acariciaban apasionadamente el interior de mis muslos, haciendo que el placer se intensificara. Colin gimió y el sonido fue música para mis oídos. Se movió para situarse boca abajo entre mis piernas separadas, quedando sus pies colgando fuera de la cama y su cara a unos centímetros de mi sexo. Contuve la respiración y mis caderas se elevaron a la vez que él bajaba y me saboreaba. Grité al mismo tiempo que arqueaba la espalda.

Me perdí, conmocionada hasta la médula por la cálida sensación que su boca provocaba en mí. Introdujo un dedo dentro de mí y las sensaciones que recorrían mi cuerpo eran demasiado buenas para ser reales.

Me mordí los labios intentando controlarme, pero me resultó imposible. Cada movimiento de la boca de Colin me llevaba más al borde y el placer se apretaba más y más en mi vientre.

Llegué al orgasmo y abrí los ojos.

Lo encontré contemplándome entre mis muslos y noté una opresión en el pecho, una oleada de ternura por él. Nuestros ojos se encontraron y en vez de tumbarse encima de mí, me sorprendió cogiéndome en brazos, tendiéndose boca arriba. Llevó consigo mi cuerpo y me indicó que me estirara sobre el suyo. Me rodeó con el brazo derecho para acercarme más y me besó. Nos estábamos devorando el uno al otro con un hambre feroz, pero no era suficiente. Colin deslizó los dedos por mi cabello sedoso y me obligó a separar los labios de los suyos para mirarle a los ojos.

—Quiero estar dentro de ti, pero necesito tu permiso. Esta vez quiero que sea diferente, sin prisas. Un momento especial, mirarte a los ojos y perderme de manera total y absoluta en ti. Amarte entre susurros y sin temor de volver a perderte.

—Lo tienes... —suspiré—. Te deseo, Colin. Siempre lo hice. Y será diferente, no porque estés sobrio, sino porque vas a estar a la altura. Pero esto no significa que te haya perdonado.

Se le relajó la expresión, dejando paso a un brillo intenso.

—Sé que no me lo merezco. Joder, he sido un jodido gilipollas... — Sorbió una respiración dura entre dientes.

—No hables más, por favor.

Asintió con la cabeza y se bajó de la cama. Buscó algo en el bolsillo de sus pantalones y volvió a la cama con un condón. Abrió el envoltorio con movimientos torpes y se lo colocó con rapidez. Se volvió hacia mí y me agarró por las caderas. Lo miré directamente a los ojos y dejé que entrara lentamente en mi cuerpo, centímetro a centímetro hasta llenarme por completo. Inclinandose, capturó la punta de uno de mis pechos con la boca. Lo chupó mientras sus dientes rozaban con suavidad la sensible carne.

Cuando comenzó a acompañar mi ritmo, los poderosos empujes de sus caderas me llevaron muy cerca del borde. Quise cerrar los ojos mientras me hacía el amor, pero quería recordar ese momento con todos los detalles.

Él no fue gentil. Golpeó dentro de mí lo suficientemente duro para hacerme gritar y gruñir. Los dos habíamos empezado a sudar. Tantas veces había recordado nuestra primera vez, rememorando cada gesto, cada beso, cada caricia y cada empuje, que aquello era como soñar estando despierta. Empezaba a gustarme el sexo, pero solo si era con Colin. Me sentí como si me estuviera enseñando algo nuevo cada vez que lo tenía dentro de mí. Estaba bastante segura de que no había sentido nada tan impresionante en toda mi vida.

Su agarre era firme y fuerte, y no paró hasta que el orgasmo explotó a través de su cuerpo. Lo sentí temblar, y sus gemidos me llevaron a lo más alto.

—¡Colin! —grité con los ojos en lágrimas mientras el orgasmo me reclamaba una vez más.

Un lamento agudo desgarró su garganta. Dejó caer su cuerpo sobre el mío y me besó. Sus fuertes brazos me abrazaron y nuestros corazones empezaron a palpitar al unísono.

—Gracias, Freya. Me sentí amado de nuevo.

No dije nada, no quería estropear el momento. Era una buena manera de mantener las cosas pacíficas, porque a pesar de que había sido un momento excepcional, mientras él me besaba y cogía todo lo que deseaba, había sentido

esa antigua conexión que tuvimos. No había duda de que aún tenía sentimientos por él, que a pesar de todo, no los había podido borrar.

—Tenemos que bajar —susurré mientras me alejaba de él—. Quiero saber cómo está Tasha y mis amigas. Vincent está con ellas y sabes que se odian.

—Tus amigas sienten eso, no mi hermano. —Hizo una mueca de preocupación.

Negué con la cabeza, empujando mi caótico cabello detrás de mi oreja.

—No es verdad...

—Stephanie disparó a Vince, ¿lo recuerdas? —expresó elevando el tono, claramente molesto.

—Lo hizo porque no tuvo elección. —Me levanté con la sábana alrededor de mi cuerpo y lancé un suave gemido cuando miré la cama. Colin se había quedado tendido en la cama, gloriosamente desnudo y con las manos detrás de su cabeza. No creía que nunca pudiera acostumbrarme a ver a ese chico tan hermoso, sin ropa. La vista era tentadora, lo deseaba de nuevo. ¿Eso era posible?

—¿La estás defendiendo? Vincent podría haber muerto.

Se bajó de la cama y se agachó para recoger sus pantalones. Ni siquiera se molestó en ponerse primero los bóxers, y después de subir la cremallera de los vaqueros y abrochar el cinturón, dio dos pasos hacia delante y atrapó mis manos, las mismas que sostenían la sábana para que no cayera al suelo.

—Ella sabe disparar, solo quiso herirle.

Colin frunció el ceño y dio un fuerte apretón a mi manos.

—¿Cómo mierda puedes decir esto? Solo herirle... Lo ha disparado, maldita sea. Esa chica es peligrosa. —Sacudió la cabeza—. Creo que has pasado demasiado tiempo con ella y no ves la realidad que está delante tus ojos.

Sentí mi rostro volverse cada vez más caliente. Él no sabía absolutamente nada de lo que Stephanie había hecho por mí y tampoco sabía toda la verdad.

—Veo lo que tengo que ver. Ella es buena, cariñosa y protectora conmigo.

—¡Joder! —Soltó mis manos y retrocedió—. Ella es veneno, es tóxica para ti y para cualquiera. ¿Protectora? —Me miró con fastidio—. Te obligó a desnudarte delante de los hombres por dinero. ¿Eso es a lo que ella llama protección? Todos esos babosos mirando tu cuerpo perfecto...

Dejó de hablar y me miró a los ojos. Fui incapaz de percibir expresión alguna en su cara.

—Arruinaste el momento —susurré, incapaz de moverme.

Había una severidad en su voz cuando habló de nuevo.

—No sería la primera vez, ¿verdad?

Pasó por delante de mí y caminó hacia el otro lado de la habitación para coger su camiseta. No dijo nada, ni una palabra mientras se la ponía. Estaba molesto, pero yo también. No tenía ningún derecho de juzgar así de duro a Stephanie. Él no la conocía como yo, nadie lo hacía. Ni siquiera Vincent. Esa chica había sufrido más que cualquiera en toda su vida y necesitaba una oportunidad, cariño y alguien que la defendiera a toda costa.

—Nos vemos abajo. —Y entonces abrió la puerta y salió.

Mi corazón saltó y hundí mis dientes en mi labio inferior. Sentí la emoción empezando a desgarrar todo el camino de mi boca hacia mi garganta. No había anticipado ese pequeño enfrentamiento, pero Colin era así. Tenía cambios bruscos de humor en cortos periodos de tiempo. Yo culpaba a la testosterona en gran parte.

Ese chico no había cambiado. Una vez aprendí a vivir con ello, tan solo tenía que recordar como hacerlo de nuevo y gestionar las problemas con inteligencia emocional.

CAPÍTULO 15

En ese momento era difícil pensar; dentro de mi mente había muchísimos interrogantes, pero tenía claro que necesitaba respuestas. Mientras bajaba las escaleras de dos en dos, maldecía a Stephanie y odiaba a Ángela. Esas dos mujercitas habían traído sólo desgracias a la vida de Freya y Vince. Eran culpables y no merecían nuestra ayuda. Había venido a Ardmore solo para rescatar a Freya, ellas dos no entraban en mis planes.

Sabía que había cometido un error al salir de la habitación como un huracán, pero cuando se me metía algo en la cabeza iba a por ello hasta el final. Sentía que era mi deber sacarlas a la maldita calle. No las quería cerca de Freya.

No tenía derecho a ello, pero no podía evitarlo. Stephanie y Ángela eran la razón por la que Freya tuvo que bailar desnuda delante de hombres malnacidos.

La planta baja estaba en silencio y el salón vacío. Me dirigí hacia la cocina con pasos apresurados preparado para cualquier enfrentamiento.

Necesitaba una cerveza, y al parecer no era el único, Stephanie estaba apoyada sobre la mesa con una botella en la mano. Llevaba puesto un vestido azul que apenas cubría su trasero. El pelo rubio le tapaba la cara y no podía ver sus ojos. Mejor, no quería cruzar ni una jodida mirada con ella. Solo necesitaba hacer que sintiera mi ira y que entendiese el dolor que me había causado.

—¡Maldita zorra! —Golpeé la mesa con el puño y ella se sobresaltó—. Debería estampar tu cabeza contra la pared por todo lo que has hecho, pero solo voy a echarte a la puta calle.

—Cálmate, ¿quieres? —repuso ella, sin inmutarse.

—Estoy calmado. —Le dediqué una mirada severa y arranqué la botella de sus manos de un tirón—. Quiero que te vayas, ahora mismo. Y llévate a

Ángela contigo. No sois bienvenidas aquí.

—Esta es una casa de protección. Estamos en peligro...

—Me importa una mierda. Le hiciste mucho daño a Freya y no quiero que estés aquí.

—No seas imbécil. Fuiste tú quien se aprovechó de ella —dijo, hablando en un tono más bajo, para luego levantar la mirada con determinación—. Yo solo la ayudé a superarlo.

Rechiné los dientes, frustrado. Odiaba que me echasen en cara como había abandonado a Freya después de acostarme con ella. Solo mis hermanos sabían la verdad y ellos ya no decían nada. Aunque había una explicación, me sentía culpable porque sabía que la había hecho daño. No teníamos una relación de pareja pero nos unía algo hermoso e inocente, un lazo fuerte que iba más allá de cualquier interés.

—¿Forzándola a desnudarse por dinero? —Dejé la botella de cerveza encima de la mesa y me acerqué a ella—. ¿Por qué lo hiciste?

—¡Yo no la obligué! ¡Fue Marco! —exclamó, y su voz, cada vez más fuerte, se convirtió en un aullido entrecortado.

—Podrías haberlo impedido, pero no. Te quedaste a trabajar para él...

—Tú no sabes nada. No sabes el infierno de vida que he llevado durante estos dos años. —Me clavó un dedo en el pecho, mirándome con frialdad—. Y todo porque decidí abrir mi corazón.

Eso hizo que mi pecho se tensara. Gruñí y agarré su mano, presionando con fuerza su muñeca. Sus ojos eran tan claros que casi no había color en ellos. La hacían verse salvaje.

—Yo también he vivido un infierno y más aún sabiendo lo que hacía Freya. —Tiré de su mano hasta estampar su cuerpo contra mi pecho. Quería hacerle daño pero canalicé mi rabia y respiré hondo.

—He firmado un trato con los federales y tanto Freya como Ángela, están metidas en protección de testigos. Ellas son mis mejores amigas y nunca las abandonaría. —Hizo un sonido de angustia y se mordió el labio—. Ángela es propiedad del vicepresidente del club. Fui a por ella, Clay debería de estar furioso. Él no hacía más que pegarla y tratarla como basura. Freya es propiedad de Marco, la golpeó un par de veces pero nunca había ido a más. Hice un trato con él para protegerla.

—¿Y qué hay de ti? Marco es tu tío, es tu familia —dije, esforzándome por mantener un tono normal. Sin embargo, no la solté. Debería de sentir lástima

por ella, pero en vez de eso, me sentía gélido.

—Es el diablo en persona, pero acudí a él pidiendo protección porque sabía que nadie se atrevería a meterse con su club. Los Free Souls amenazaron con matarnos...

—¿Qué mierda estás diciendo? —La sacudí con violencia—. Nosotros no somos asesinos. Simplemente estábamos furiosos por lo que le hiciste a Vincent. Él podría haber muerto.

—Créeme que solo quería herirle. Tengo buena puntería. —Me miró como si no existiera, con los ojos carentes de expresión.

—Vete a la mierda.

—Suéltala, hermano. —Vincent me agarró por el brazo derecho y tiró con fuerza hacia atrás. Su rostro estaba ensombrecido y su mandíbula tensa. Llevaba puesta la misma camiseta de la noche anterior, que estaba manchada de sangre. La rabia ardía en sus ojos y se veía peligroso—. No vale la pena y además... —Miró de soslayo a Stephanie y su mirada se llenó de fuego—. No tenemos tiempo para esto. Hay una detective con herida de bala en esta casa recuperándose y nuestros hermanos no tardarán en llegar. Hay cosas más importantes que necesitan nuestra atención.

—Buenos días. —Ángela entró en la cocina y al vernos se quedó parada. Su sonrisa murió y sus ojos fueron bruscamente a Stephanie—. ¿Estás bien? ¿Pasa algo aquí?

No pude reprimir una mirada repulsiva al verla caminando hacia nosotros. Llevaba unos pantalones estampados en tonos azules y naranjas con una camiseta a juego. Un sencillo recogido que hacía que sus ojos verdes resaltasen como zafiros sobre su cara.

—Todo está bien. —Stephanie frotó sus brazos y ladeó una sonrisa—. Estamos preocupados por Tasha.

—¿Cómo está?

Ángela se pasó las manos por el rostro y vi moratones y cicatrices en su cuello. Aquello no me gustó nada, era como si alguien la hubiera atado y torturado. ¿Qué demonios le hizo Clay? Por primera vez, sentí lástima por ella. Ninguna mujer se merecía un trato tan brutal por muy mala que fuera. Ángela y Stephanie eran culpables de todo lo que le había pasado a Freya en Ardmore, pero al menos debía reconocer que estaban intentando dismantelar a Los bastardos y para hacer algo así, se necesitaba tener mucho valor.

Me alegraba saber que Freya ya no estaba rodeada de esos malditos

salvajes.

—Ella está mejor. El médico se fue hace media hora —contestó Vincent. Su voz era baja y no apartó la mirada de Stephanie mientras hablaba.

—Me alegro. Tasha es nuestro billete de salida —murmuró Ángela. Ya sentada en un taburete y observándonos con curiosidad a través de sus pestañas. No era precisamente una chica cohibida.

Iba a chasquear una réplica hacía ella, pero fui interrumpido por la voz familiar de Freya.

—Creo que llegaron vuestros amigos. Escuché el ruido de las motos y varias voces—dijo ella, sosteniendo mi mirada.

La observé entrando en la cocina. Tenía el cabello despeinado y era la cosa más hermosa que había visto. Le había prometido que siempre cuidaría de ella y de alguna manera tenía que encontrar la forma de no fallar otra vez. Podía esperar todo el tiempo necesario para que ella me perdonase.

—Son tus amigos también, ¿ya no lo recuerdas? —La forma en que lo dije no fue muy agradable.

—No, no lo olvidé, es solo que...

—Iré a ver qué pasa. —La mirada de Vince se movió a la mía y frunció el ceño—. Ven conmigo. Hay dos policías vigilando la casa y tenemos que hablar con ellos.

Mis muelas chocaron con dureza y un gruñido escapó de mi garganta. Sabía que no hacía falta ir con él, que solo estaba intentando parar la discusión que había empezado entre Freya y yo.

—Está bien. —Froté mi mano por mi cabeza rapada y le lancé una mirada fugaz a Freya—. Vosotras deberías de ir a ver a Tasha. No podemos dejarla sola.

Ella asintió ausentemente y se acercó a la mesa. Le dio a Ángela un beso en la mejilla y le acarició el cuello, trazando las cicatrices con los dedos.

—Clay se merece un castigo antes de entrar en la cárcel —le susurró.

—Y Marco también, pero no podemos hacer nada.

Ángela maldijo y levantó las manos a modo de rendición.

—Algo se me ocurrirá. —Stephanie se acercó a ellas—. Tuve la oportunidad de disparar a Marco, pero no puede hacerlo y ahora me arrepiento.

—Me alegro de que no lo hayas hecho —le dijo Vince mirándola fijamente—. Las cosas podrían haberse complicado y el trato que hiciste con los

federales quedaría anulado.

—¡Tú no sabes nada! —Le miró con rabia—. Me amenazaste con quitarme la vida si...

—¡Estoy harto de que todo el mundo piense que soy un maldito asesino! Hasta aquí llegó mi paciencia. —Soltó una respiración pesada y dio unos cuantos pasos hacia delante. Agarró a Stephanie por un brazo y gruñó por lo bajo—. He venido aquí porque quería asegurarme de que estabas bien, no para quitarte la puta vida. Me disparaste y sí, me dolió como la mierda, pero me dolió aún más saber que me mentiste. Tenía sentimientos por ti, joder. Estaba cabreado contigo y por eso dije cosas que no debía. Nunca te haría daño, aunque tú me lo hayas hecho a mí.

Stephanie estaba rígida, las lágrimas resbalaban por su rostro.

—No puedo hacer esto ahora, Vince. —Ella se dio la vuelta y salió de la cocina, con los puños apretados.

Vincent respiró hondo. Aquello debió de ser muy difícil para él, yo había pasado por lo mismo cuando hablé con Freya el día anterior por primera vez en años. Decirle que aún la quería, pero ocultarle el verdadero motivo por el que había ido a buscarla. No quería mencionar a Damien porque sabía que ella odiaba a su padre.

—Vamos, Vince —dije, caminando más rápido de lo que quería.

Él salió detrás de mí, acelerando sus pasos para alcanzarme.

—No digas nada —gruñó—. No estoy de humor para hablar de lo que pasó.

—Tranquilo, estoy pasando por lo mismo que tu. Acabo de discutir con Freya.

—Esto es peor de lo que imaginé. —Abrió la puerta y mis amigos dejaron de hablar.

Jasper dejó el casco encima de su moto y se despidió de los policías. Subió los dos escalones que había delante de la entrada y miró a su alrededor.

No tuve tiempo de saludar a Travis y a Chase porque mi presidente decidió acercarse a mí y captar toda mi atención. Me dio un fuerte abrazo y luego me miró, con una expresión extraña.

—¿Podemos hablar? —preguntó. Parecía que estaba a punto de gritar.

—Sí, vamos dentro. ¿Pasa algo?

Lo dejé ir delante y fui detrás de él, visiblemente intrigado. Aquello no me gustaba, Jasper raras veces se preocupaba tanto. No llevaba puesto el

chaleco, de hecho ninguno de mis hermanos lo llevaban y sabía que era para no llamar la atención de Los bastardos. Lo seguí a una habitación en la parte trasera de la casa. Había un escritorio y un ordenador de mesa en el medio, lleno de polvo. Al lado había una impresora, unos cuadernos y una vieja calculadora.

Jasper cerró la puerta y cruzó los brazos. Estaba muy serio, su cuello y hombros tensos. Parecía más alto, más grande.

—He hablado con todos los presidentes de los clubes de Texas, mañana llegarán aquí. No podemos dejar que Los bastardos se salgan con la suya. — Su voz fue más dura de lo normal.

—No entiendo. Stephanie hizo un trato con los federales y le entregó pruebas incriminatorias.

—Kate nos dijo que Marco lo sabe todo, al parecer hay un agente que trabajaba para ellos, y por lo que tengo entendido, las pruebas se perdieron.

—¿Qué demonios estás diciendo? —repuse, con tono de frustración—. ¿Cómo es posible?

—¿Por qué crees que nadie vino a llevarse a las chicas a otro lugar protegido? Es el protocolo si todo va conforme el plan. Estáis solos en esto —suspiró—. Por eso hemos decidido venir aquí y hacerlo a nuestra manera. No hay forma legal de acabar con ellos y lo sabes.

—Las chicas piensan que están a salvo. ¿Cómo mierda les digo ahora esto? ¿Después de todo lo que han hecho? Arriesgaron sus vidas para conseguir las pruebas —bramé y se hizo el silencio en la habitación. Respiré hondo unas cuántas veces y conseguí controlar mi rabia.

—Están a salvo, Colin. Nos tienen a nosotros. Mañana cuando lleguen los demás, Chase se encargará de sacarlas de Ardmore. Aún se está recuperando del disparo... —rechinó los dientes—. Hay un hotel cerca de Texas, nos esperarán allí.

Lo observé unos segundos en silencio y al final asentí con la cabeza.

—Es un buen plan. Hablaré con Freya —le dije con rapidez.

—Bien, ahora vamos a tomar un par de cervezas y me cuentas qué ha pasado con la detective.

CAPÍTULO 16

>

Después de cenar, fui con Vince a recoger las pocas pertenencias que teníamos en la droguería y algo de ropa para las chicas. Su apartamento estaba vigilado las veinticuatro horas por dos miembros de los Dark Dreams y tuvimos que pagar a una prostituta para distraerlos.

—Aquí tienes, Rosie. —Tiré de la capucha de mi sudadera hacia abajo—. Gracias.

Ella cogió el dinero y me dio un breve beso con sus labios pintados de un rojo demasiado intenso. Mi nariz percibió un aroma dulzón que provenía de su ropa, demasiado llamativa para mi gusto. Parecía... Perfume, y perfume barato además. Me eché hacia atrás y Rosie batió sus pestañas postizas a toda prisa sin dejar de mirarme.

—Un placer, guapo. —Su voz era ronca.

Mientras se alejaba, Vince entrecerró los ojos.

—No entiendo por qué todas las mujeres piensan que eres más guapo que yo —resopló. No pude evitar sonreír ante su reacción.

—Claro, porque lo soy.

—Vamos, engreído. Los demás nos están esperando.

Tasha luchaba contra la inconsciencia sin parar, a veces le ganaba la batalla y despertaba pero enseguida volvía a sumirse en un profundo sueño. Su respiración era poco profunda y sus labios estaban morados. El médico nos había dicho que podíamos moverla, pero con mucho cuidado. La herida la tenía en el costado y cualquier movimiento en falso podría abrir los puntos de sutura y provocar un sangrado.

—He llamado a una ambulancia —murmuró Stephanie mientras se acercaba a la cama—. Tasha necesita estar en el hospital.

—Hiciste bien.

Me puse de pie y caminé hacia la puerta.

—Espera... —Se interpuso en mi camino, bloqueándome la salida—. Quiero hablar contigo.

—Ahora no. —Solté una respiración pesada que llevaba rato conteniendo.

—Quiero darte las gracias por ayudarnos. Sé que me odias por lo que le pasó a Freya, y créeme que yo también lo hago. Fui una cobarde. —Tragó con dificultad y puso una mano temblorosa sobre su cuello—. Tenía miedo de lo que pudiera hacer Marco. Cuando le pedí ayuda, nunca creí que se atrevería a utilizarnos para ganar dinero en su bar y menos aún, obligándonos a hacer desnudos.

—No tiene sentido que me digas toda esta mierda ahora. Os ayudo porque no soy ningún monstruo y porque Freya os considera sus mejores amigas. Pero deberías darle las gracias a Vince, no a mí.

—No quiere hablar conmigo —resopló—. Y voy a respetar su decisión.

—Bueno... No voy a meter mis narices donde no me han llamado. —Me encogí de hombros—. Dentro de la camioneta hay un par de bolsas con cosas que cogimos de vuestro apartamento. Quiero que estéis preparadas para salir de aquí en cualquier momento.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué tenemos que irnos? En esta casa estamos protegidas por los federales...

—Convince a Freya de que baje al salón y allí os lo explicaremos todo.

—Mi voz sonó áspera, quizá más de lo que pretendía.

—¿Os habéis peleado? Parecía estar cómoda contigo aquí.

Contuve un montón de palabrotas y sacudí la cabeza.

—No es asunto tuyo. Tú habla con ella y dile que estamos abajo, esperando.

Salí de la habitación y rodeé la barandilla de la escalera, haciendo más

ruido en cada peldaño que bajaba. Cuando llegué abajo, me recibió un delicioso aroma a café recién hecho.

—Hay más en la cocina. —Travis bebió un sorbo de su taza y estiró las piernas. Llevaba su familiar sudadera de Chicago Bulls, unos vaqueros grises y botas oscuras. Parecía cinco años más joven.

—No, gracias.

Me senté a su lado en el sofá y me pasé las manos por la cara.

—Difícil, ¿eh? —Una sonrisa maléfica salió de su boca.

—¿De qué estás hablando?

—Poner contentas a las chicas cuando las tres están cabreadas contigo y encima sobrio. Siempre hay una primera vez para todo...

—Deja de decir tonterías —gruñí, visiblemente molesto.

Sonrió de oreja a oreja y levantó la mirada. Chase, Jasper y Vincent entraron en la casa y sus voces se extendieron de inmediato. No tardaron mucho en tomar asiento en los sofás y coger un par de latas de cerveza. Sentí la tentación de hacer lo mismo que ellos, pero me resistí.

Me puse de pie y me acerqué a Chase. Me paré frente a él y me pasé una mano por la frente como queriendo alejar de mi cabeza todos los malos pensamientos.

—¿Estás bien, hermano? —le pregunté.

Él asintió con la cabeza y levantó un poco la manga de la camiseta, enseñando una herida de bala en su hombro derecho.

—Otra cicatriz más para la colección. —Lanzó un profundo suspiro.

—¿Quién ha sido?

—Un tal Chuck, aspirante a entrar en Los bastardos. —Se echó hacia atrás y dio un trago a su cerveza—. Vino a Texas para tatear el terreno y pasar información, pero se emborrachó y habló de más. Dio la casualidad que yo estaba en el mismo bar y después de escuchar lo que dijo, lo saqué a la calle. Peleamos durante varios minutos, mis golpes eran fuertes y lo dejaron casi sin dientes. —Torció una sonrisa—. Se lo merecía, no paraba de insultarme. Sacó una pistola automática y luego todo ocurrió muy deprisa. Disparó tres veces y una de las balas me dio. Apareció Shade con algunos de sus miembros y le quitaron el arma, dándole una paliza de muerte. Luego tuvimos que salir corriendo y dejarlo allí, llegó la policía y empezaron a hacer detenciones.

—Menudo embrollo. Parece que Los bastardos están empeñados en hacerse con el territorio de Texas —dije en voz baja y apreté los puños; el

olor a cerveza llenó el aire y mi apetito se despertó. Necesitaba alcohol.

—Vamos a hablar de otros asuntos. —Jasper se puso de pie y arrastró las dos mochilas que habían traído hasta las patas del sofá—. Tenemos un plan. —Abrió la cremallera y empezó a sacar pistolas y cargadores de repuesto, colocándolas en fila encima de la mesa—. Esto es un regalo de Shade, pistolas imposibles de rastrear, con pequeño calibre pero suficiente para hacer daño. No las vamos usar si no hace falta. Matar no es una obligación. ¿Entendido?

Todos murmuraron un “sí”, dejando claro que no tenían planeado cometer ninguna masacre.

—He hablado con Kate. La policía de Texas y la de Ardmore están informadas de esto. Esperan mi llamada para intervenir —siguió hablando—. Solo tenemos que hacernos con el almacén donde guardan la droga y las armas.

—¿Y cómo demonios lo encontramos? —preguntó Vince, alterado.

—Hay dos miembros de Los bastardos que firmaron un trato con los federales y les pasaron toda la información. Se trata de dos hombres mayores, que no quieren pasar sus últimos años de vida encerrados en una cárcel —explicó Jasper—. Mañana a primera hora nos vamos.

—He hablado con Damien —susurré y miré hacia la escalera; no quería que Freya escuchara lo que tenía que decir. No ahora, no cuando habíamos empezado con buen pie.

—¿Que mierda, Colin?! —estalló Travis—. ¿No le has dicho la verdad a Freya?

—No y quiero que se quede así, idiota.

—El idiota eres tú. —Se puso de pie y me señaló con el dedo—. Vas a tirar a la basura tu segunda oportunidad con ella.

—No te metas en mi vida, joder. No has estado aquí estos días y no sabes con lo que me ha tocado lidiar —hablé, de alguna manera manteniendo la calma, a pesar de que quería saltar por encima de la mesa y darle un puñetazo—. Todo a su debido tiempo.

—¿Qué querías decir? —Jasper se acercó a mí y se inclinó hacia delante.

—Cinco hombres de Damien quieren echarnos una mano. Les enviaré la dirección del almacén.

—Cualquier ayuda es bienvenida —dijo mientras se alejaba.

Entonces, nos quedamos en silencio un rato y justo cuando se iba a convertir en un silencio tenso, las chicas bajaron al salón. Tomaron asiento en

el sofá que había al lado de la ventana y se quedaron mirando fijamente a la mesa repleta de armas.

Vincent soltó un gruñido y aplastó la lata de su cerveza con las manos. Su mirada se veía cansada y su rostro tenso. Me parecía que la presencia de Stephanie lo intimidaba.

—¿Qué ha pasado, Jasper? —habló Ángela y alzó la barbilla. Entre ellos había cierta confianza, se acostaron una vez hacía dos años y finalizaron aquello en buenos términos.

—Tenemos un problema y no quiero que os pongáis histéricas. —Jasper se cruzó de brazos, dando un paso hacia delante. Su aspecto era juvenil a pesar de la seriedad de su semblante. Llevaba puesta una camiseta negra de manga corta con capucha y pantalones vaqueros.

—Lo intentaremos... —Freya esbozó una sonrisa tensa, forzada.

Su mirada conectó con la mía y me perdí en la profundidad de sus ojos. No hacía más que resaltar su dulce encanto. Nada, ningún poder por grande que fuera, podría conseguir que apartara la mirada de ella en ese momento.

Llevaba bastante escote, lo que llamó mi atención. Y no pude evitar fijarme en el pliegue que se formaba entre sus pechos. Mi respiración se aceleró de forma inconsciente, y regresé a sus ojos cuando Jasper empezó a hablar.

—Marco lo sabe todo. —Su tono era firme—. El trato que hizo Stephanie... Que nosotros estamos aquí para ayudaros y también que estáis escondidas en una casa de protección de testigos. Hay un agente del FBI que le está pasando información, por eso encontró a Tasha e intentó matarla.

—¿Qué hacemos ahora? —La voz de Stephanie sonaba un poco irritada.

Jasper paseó su mirada de Stephanie hacia mí y luego al revés.

—Vosotras no hacéis nada. De momento estáis a salvo, Marco aún no tiene la dirección de esta casa, pero muy pronto la tendrá —dijo, apoyando las manos en la mesa—. Mañana a primera hora, Chase os sacará de Ardmore. Os quedaréis con él en un hotel y esperaréis a que nosotros nos encargemos de esto.

Vaciló pero finalmente asintió.

—La policía no puede ayudaros —habló Travis—. Las pruebas que habéis entregado se han perdido.

—¿Cómo es posible eso? —Stephanie se puso de pie y su mano fue a su cuello, trazando el contorno de una cadena de plata—. Yo misma le di la

carpeta a Tasha y vi como se la entregaba a su compañero.

—Puede que su compañero sea el chivato —dijo Vincent—. ¿Viste algo sospechoso?

—No, bueno... La última vez que nos vimos, él estaba un poco nervioso.

—No creo que sea él —intervino Jasper—. Si fuera así, Marco y los miembros de su club ya estarían aquí. Creo que es solo un oficial corrupto que no tiene acceso a la información.

—¿No podemos confiar en la policía? —preguntó Ángela.

—Dejad de preocuparos —dijo Jasper con voz seria y firme—. Lo tenemos todo controlado.

—Está bien. —Stephanie se puso de pie y se cruzó de brazos. Tenía una expresión agresiva, como si las palabras de Jasper le hubieran molestado. Luego se dio la vuelta y caminó a grandes zancadas fuera de la casa.

—Iré a ver que pasa.

Vincent se apresuró a salir detrás de ella. Nadie dijo nada, ni siquiera sus dos mejores amigas. Ellas ni siquiera miraban hacia delante, sino al suelo, pensativas. Pensé que necesitaban estar a solas así que les hice señas a los chicos y salimos a la terraza. Teníamos que hablar de ciertos detalles indispensables para el éxito de nuestro plan.

CAPÍTULO 17

FREYA

Me vestí con unos pantalones cortos negros, una camiseta de tirantes con el estampado de una harley y unas deportivas blancas. Me recogí el pelo en un moño y me pinté un poco los labios.

Pasé mi peso de un pie a otro y reprimí un suspiro. Estaba cansada, insoportablemente cansada. Odiaba la situación en la que estaba, escondiéndome en una casa y esperando a que la policía detuviera a Marco. Durante todo ese tiempo no había podido ahorrar ni un sólo centavo, lo poco que ganaba se lo quedaba Marco. Solo podía quedarme con las propinas que algunos de esos asquerosos hombres tiraban encima del escenario. Si volvía a Texas tendría que encontrar un trabajo, un piso y seguir con mis estudios. Empezar de cero.

Aunque eso me daba un poco de miedo, era el único lugar seguro que conocía. Y a pesar de todos los esfuerzos que había hecho por olvidarlo, lo extrañaba.

—Freya, necesito hablar contigo. —Colin entró en la habitación y me agarró por las muñecas. Me miró a los ojos, ofreciéndome una expresión atenta. Me entregó su atención absoluta, convirtiéndose en el amigo que conocía desde lo que parecía una eternidad. Le interesaba todo lo que tuviera que decir—. No puedes evitarme constantemente.

Acarició mi piel con sus dedos y sentí una descarga que viajó desde el pecho hasta mi entrepierna. Ningún otro chico me había afectado nunca de esa manera. Solo él.

—Lo sé, solo estaba intentando aplazar la conversación. No quiero pelearme contigo. —Traté de mantenerme relajada.

Cerré los ojos, notando el cansancio sobre mis hombros. Colin no dijo nada, lo que aprecié. En cambio, colocó las manos encima de mis hombros y empezó a frotar despacio.

—Los dos tenemos heridas abiertas, pero espero que podamos perdonarnos. Más tú a mí... —Su voz tembló un poco—. No quiero perderte de nuevo. Me gusta tenerte cerca, me haces ser mejor persona.

Eran palabras simples, pero calaban hondo. Abrí los ojos y estudié su rostro, tratando de que esos hermosos ojos suyos no me distrajeran. Colin parecía tan cansado como yo, como si no hubiera podido dormir en un mes. Estaba demasiado pálido y el gesto de su cara denotaba preocupación.

—Supongo que necesitamos un lugar para curarnos —dije en voz baja—. Volveremos a Texas y tomaremos las cosas con calma.

—No siempre encuentro las palabras adecuadas para expresar lo que siento y termino metiéndome en problemas por mi temperamento. —En ningún momento apartó la mirada de mí, pero se tomó un momento antes de seguir hablando, como si estuviese tratando de aclarar sus pensamientos—. Pero me importas y deseo con todas mis fuerzas poder borrar el desastre que causé hace dos años. —Me sonrió, avergonzado.

—Te conozco, Colin. Mucho más de lo que jamás podrías imaginarte. No hace falta que hables, me basta con mirarte a los ojos. Y las personas con mal genio suelen ser asombrosas —dije sonriendo—. Tú no dejas que eso te domine y por lo que veo, has aprendido a controlarlo.

—Fui un imbécil. Teníamos una hermosa amistad y sentimientos preciosos el uno por el otro.

Se acercó y puso una mano en mi cara. Su cuerpo se veía totalmente relajado y me dio la sensación de que todas las preocupaciones que tenía se habían esfumado. Mientras tanto, yo era una bola de nervios. Tenía miedo por lo que pudiera pasar, por lo que los Free Souls y los demás clubes tenían planeado hacer.

—Lo importante es que estás aquí ahora, ayudándonos e intentando arreglar las cosas —susurré.

—Gracias por darme otra oportunidad. Te prometo que no volveré a hacerte daño.

Quería creerlo. Lo creía. O al menos, sabía que tenía buenas intenciones.

Dejé caer mi cabeza para que mi frente descansara contra la suya.

—Más te vale... —Mantuve mis ojos cerrados, pero no pude detener la descuidada sonrisa que apareció en mi cara.

—Te sacaré de aquí, te lo prometo. —Tocó mi mentón con su dedo índice. Se inclinó sobre mí y me dio un beso en la boca. No fue un beso suave, sino uno largo e intenso. Sus labios se amoldaban perfectamente a los míos y el tacto era suave y cálido. Sus manos se deslizaron sobre mi cuerpo, atrayéndome hacia él y acariciándome con avidez. Podía sentir las puntas de sus dedos bailando en círculos por mi espalda, mis hombros y mi cuello. Siempre parecía encontrar una nueva forma de despertar mi curiosidad por cosas relacionadas con el deseo y la tentación, cosas que nunca antes había pensado que llegarían a mi vida. Gemí contra su boca y presioné mi pecho contra él; me deleitaba con todo lo que tenía que ofrecerme. Cada parte de mí cobró vida, calentando y alimentando mi deseo. Mientras me acunaba y acariciaba, sus besos se profundizaron y un intenso sentimiento de seguridad abrigó mi corazón.

Su boca se desplazó a través de mi mejilla y mis piernas se debilitaron.

—Tengo que irme —murmuró—. Chase cuidará de vosotras.

—Ten cuidado, por favor.

Colin envolvió sus brazos alrededor de mis hombros y me dio un abrazo de un solo brazo. Me apretó tanto contra él, que casi resultó doloroso.

Se alejó dejándome sin palabras. Abrió la puerta y salió, sin mirar atrás.

No estaba segura de cómo sentirme. Y el hecho de que aún lo quería no ayudaba. ¿Estábamos juntos? ¿Él me amaba? Me preocupaba por él, por nosotros, lo suficiente como para empezar a dudar de si deberíamos seguir como si nada hubiera pasado. Podía amarlo, perdonarlo, y sabía que podía perderme en él y en el cariño que ofrecía. ¿Aquello se debía a que lo conocía muy bien? Por mi propia tranquilidad emocional preferí pensar que era una segunda oportunidad que la vida había decidido darnos.

—Necesito hablar contigo.

Stephanie entró en la habitación como una bala y cerró la puerta tras de sí. Su cabello estaba húmedo como si estuviera recién lavado y toda su ropa estaba empapada. Respiró hondo varias veces y luego apretó los dientes. Sus ojos, llenos de ira y angustia, se clavaron en los míos.

—¡Lo odio! —gritó. Apoyó las manos en las rodillas, temblando como una hoja.

—¿Qué demonios ha pasado?

—¡Me ha mojado! Ese imbécil se atrevió a coger la manguera del jardín y empaparme de agua.

—¿Vincent?

—Sí —dijo entre dientes.

Solté una carcajada ante su respuesta. Aquello me pareció divertido y el rostro disgustado de Stephanie era para fotografiarlo.

—¿Qué es tan gracioso? —Ella me miró con severidad.

—Tú... —Solté otra carcajada, era como si no tuviera control sobre mi cuerpo.

—¿Quieres parar de reír?

Hice un esfuerzo por respirar y mis carcajadas fueron calmándose poco a poco. La miré. Tenía en la cara la expresión más extraña que jamás había visto en ella: una combinación de disgusto y furia. El agua goteaba de su cabello al suelo y estaba realmente graciosa. No me pude contener. Me reí de nuevo.

—¡Freya! —gritó, mirándome como si no pudiera creerse mi reacción.

—Lo siento. —Lancé un suspiro de resignación—. ¿Qué hiciste para que actuase así?

—Le dije que yo quiero ir con ellos —murmuró derrotada.

—¿Estas loca?

—Le expliqué que puedo manejar una pistola, pero no quiso hacerme caso —dijo a la defensiva. No había ni una sola expresión en su rostro. Su forma de hablar era seca y tajante, como si estuviera en piloto automático. Todo eso la afectaba, no era la misma persona.

—¿Le dijiste eso? ¿Al hombre que disparaste con una pistola?

Ella mordió su labio.

—Eh, sí...

—Nadie cuestiona tus habilidades, Stephanie. Pero, ¿puedes matar a una persona?

—Eso me preguntó Vincent... —resopló—. Voy a decirte lo mismo que le contesté a él. —Se sentó en el borde de la cama y bajó la vista a sus pies—. Si es para defenderme o para salvar a alguien, entonces sí.

—Déjame adivinar... —Me paré frente a ella—. Empezasteis a discutir.

—Él levantó su camiseta para enseñarme la cicatriz y me preguntó si lo había disparado para defenderme o para salvarme. Le dije que fue para salvarlo, que mi tío me había obligado, pero se negó a creerlo. Intenté

agarrarlo para que no se fuera, pero tropecé en el intento y caí al suelo. Él se agachó para ayudarme y cuando me agarró por los brazos, su perfume me envolvió. Usa el mismo... —suspiró—. Bueno, intenté besarlo, pero en vez de sentir sus labios, sentí agua fría. ¡Argh! Y no paraba de reír.

—Esa es buena señal, amiga.

—¿No ves cómo estoy? —Se puso de pie de un salto, indignada—. Empapada hasta la médula.

—Steph... —Tomé sus manos y le di un fuerte apretón—. Después de lo que pasó entre vosotros, ¿creías que todo iba a ser perfecto? Él intenta castigarte a su manera, pero estoy segura de que le importas. Estaba muy preocupado por ti cuando no sabíamos dónde estabas.

—Pero...

—Ten paciencia con él, te aseguro que valdrá la pena.

—No sé qué haría sin ti. —Me abrazó. Fue un abrazo que duró más de lo normal. Su reacción no era la que yo esperaba, así que su gesto me pilló por sorpresa. Pasamos un buen rato así, abrazadas y sin decir ni una sola palabra. Era como una hermana mayor para mí, el pilar que necesitaba para no derrumbarme. Y no me importaba ser lo mismo para ella de vez en cuando.

—Ni yo sin ti —dije, después me separé y agregué—. Deberíamos salir y ver cómo está Ángela. Dentro de unas horas nos tenemos que ir y siento que sigue aterrorizada.

—Tienes razón, vamos.

CAPÍTULO 18

Mi cuerpo vibraba sobre el motor de mi moto, pero no me importaba. La velocidad que cogía esa bestia conseguía hacerme sentir libre, algo que necesitaba en esos momentos. Travis me la había traído en una furgoneta, junto con la harley de Vincent y la suya. Me mantuve concentrado en la carretera mientras me movía de un carril en otro de la autopista US 77, que nos llevaba a Springer.

Después de diez kilómetros, condujimos por caminos sin asfaltar, situados en el centro de campos enormes y completamente desiertos. Luego atravesamos un puente y nos desviamos del camino. En ese momento comprendí por qué era tan sencillo para Los bastardos traficar con drogas y armas. Tenían el almacén en el medio de la nada; un lugar desértico en el lo único que alcanzaba a ver la vista era un par de árboles, cactus y terrenos agrícolas.

El almacén estaba rodeado de vallas dejando libre un único acceso: una puerta metálica que estaba cerrada con un candado descomunal.

Nos bajamos de las motos y preparamos las pistolas. Estuvimos largo rato observando los alrededores. Había dos camionetas blindadas estacionadas cerca de la entrada, al lado de cuatro motos. Logré distinguir cinco hombres en el interior y dos más parados junto a la puerta.

—¿Dónde están los hombres de Damien? —preguntó Jasper susurrando mientras empuñaba su pistola.

—No lo sé, deberían estar cerca. Damien me dijo que esperemos su señal. —Miré la hora en mi reloj de pulsera—. Y han pasado solo diez minutos desde que hemos llegado.

—No me gusta esperar y lo sabes. —Sacó los prismáticos y dos cuchillos—. La vigilancia es tediosa.

—Aguanta...

Metí la mano dentro del bolsillo de mis pantalones y saqué mi móvil.

Lo encendí y vi que tenía un mensaje de texto de Damien. Sus hombres estaban detrás del almacén, vigilando. Le enseñé el mensaje a Jasper y él se alejó para hablar con los demás.

Éramos alrededor de cuarenta hombres armados acostumbrados a la violencia y preparados para pelear. Todo apuntaba a que la suerte estaba a nuestro favor, había poca vigilancia y se podía acceder al interior tanto por la puerta grande, como por la parte trasera. La policía necesitaba incautar la droga para tener algo contra ellos después de que la carpeta que había conseguido Stephanie, desapareciera. No podría negar que esa mercancía no era suya, ya que ese almacén figuraba a su nombre en el registro. Si todo salía como lo habíamos planeado, no tendrían escapatoria.

Recibí otro mensaje, era de Hans, uno de los hombres de Damien. Nos aseguraba que podíamos entrar por la parte de atrás. Habían cortado la valla y eliminado las cámaras de seguridad.

—Tenemos vía libre. La parte de atrás está despejada —dije en voz baja.

—Sígueme, Colin. —Jasper se volvió hacia mí.

Asentí y seguí sus pasos por un sendero de piedras hasta la parte de atrás del almacén. Estaba a punto de dar otro paso más cuando vi a Vincent escondiéndose detrás de un árbol. Salté hacia delante y me acerqué a él. Me quedé mirando a mi alrededor, pero no vi nada. Todo parecía estar despejado.

Entonces, al girarme hacia la derecha, a lo lejos, me pareció ver a un hombre.

—Cúbreme —susurró Vince y salió de su escondite.

Él empezó a disparar y me puse alerta. En ese momento, sin dudar un instante, acompañé sus disparos con los míos. Las balas silbaban en el aire, rozando mi ropa, pero yo me sentía poderoso y preparado para enfrentarme a cualquiera. Todos mis sentidos estaban completamente centrados en mi objetivo, mi corazón golpeaba con fuerza dentro de mi pecho y la adrenalina ardía al recorrerme las venas. Apreté el gatillo de nuevo y la pistola se movió en mis manos, recibiendo el retroceso. Disparé sin parar, hasta que mis disparos fueron los únicos que se escuchaban.

—Para, ya está —bramó Vince y colocó una mano en mi hombro—. ¿Estás bien?

—No lo sé. —Miré mi brazo, sin poder creer los temblores que estaba sintiendo.

—Vamos, tenemos que irnos de aquí —dijo mientras apretaba los dientes—. Estamos al descubierto.

Asentí mientras cargaba mi pistola. La brisa, los cantos y los sonidos de los pájaros se mezclaban con el inútil intento de calmar mi ánimo. No había tiempo de lamentarme ni un segundo y no podía permitir que la rabia me quitara la concentración, al contrario, esa rabia y ese odio hacia Marco era el combustible que necesitaba para encender la chispa que hacía arder el fuego en mi interior.

De repente, escuché el motor de una harley acercándose. Todos nos quedamos quietos, mirando como esa moto entraba por la puerta. Cuando estacionó, el motorista se quitó el casco, y mi sorpresa fue imposible de ocultar. Era Marco, ese bastardo había decidido aparecer justo cuando las cosas empezaban a ponerse feas. No obstante, era justo lo que necesitaba en ese momento. Tenía la oportunidad de eliminarlo yo mismo.

—Movimiento a tu derecha —dijo Vincent—. ¡Al suelo!

Una bala del calibre 45-70 hendió el aire a pocos centímetros de mi mejilla.

—Mierda. —Me puse a cubierto.

Los demás se movían como hormigas y los disparos sonaban a nuestro alrededor, haciendo que el aire se llenase de un olor muy diferente al anterior.

Contuve el aliento y seguí a Vincent, posicionándome a su espalda. Salté y empleé un ojo para mirar al frente y el otro para guiar mis botas con el fin de esquivar cualquier cosa que hiciera ruido. Avancé a rastras lentamente hasta que pude ver la parte trasera del almacén.

Un disparo retumbó y la bala levantó el polvo a unos metros más abajo. Cogí una piedra y la lancé hacia la derecha, empleando toda la fuerza que me fue posible. Cayó con tal estruendo, que atrajo más disparos en su dirección. Miré por encima de mi hombro y apunté. Mi arma vibró en mis manos cuando se descargó. Había derribado a tres hombres, pero había más, muchos más.

—Están rodeados —dijo Travis mientras se acercaba.

—¿Marco?

—Dentro del almacén, escondiéndose como el cobarde que es.

—¡Moveos! —gritó Vincent.

Doblé la esquina y reaccioné instantáneamente clavando el cuchillo en el estómago de uno de los hombres de Marco que había salido para hacerse el valiente. Lo dejé en el suelo y busqué con la mirada a Jasper. Estaba al lado

de la puerta, colocando una bomba. Me hizo señas de que me alejara y luego echó a correr. Eso significaba que no había tiempo para pensar. No había tiempo para nada. Salí corriendo tras él y me escondí detrás de la primera columna que encontré en mi camino.

Un estruendo que me dañó los oídos sonó cerca de nosotros y después de eso, ya sólo recuerdo el infierno. Los disparos empezaron a silbar en el aire y los hombres a salir del almacén en fila, una fila que parecía no tener fin.

Jasper se señaló a sí mismo y después de contar con los dedos, salió de su escondite a la de tres. Mi tarea era cubrirlo, así que reaccioné enseguida y empecé a disparar.

Salí detrás de él, pisando escombros y cristales rotos. Un disparo rebotó contra la farola que había a mi derecha y noté un escozor.

Me había dado una bala de rebote.

La adrenalina me ayudó a ignorar la explosión de dolor en mi costado y cargué la pistola para cubrir a Jasper. Hice acopio de valor y empecé a disparar.

—¿Te han dado? —preguntó Vincent mientras se acercaba.

—No es nada... —Luché por recuperar el aliento ante la ola interminable de dolor—. Sigue caminando.

Vincent desapareció de mi vista y aproveché para examinar la herida. La bala había atravesado el costado, pero no había tocado ningún órgano vital. Eso era bueno pero sangraba de forma exagerada, bombeando con cada latido de mi corazón. La cubrí y presioné con la mano para parar la hemorragia. Salí corriendo hacia la puerta mientras el corazón se me salía por la boca. Alcancé la pared y cogí aire, consciente de la posibilidad certera de recibir otro disparo. Estaba a merced del destino. Blanco fácil, al descubierto en la entrada trasera del almacén. Decían que: la bala no la escuchabas hasta que te mataba.

Empecé a caminar arrastrando mis pies y cuando llegué al lado de uno de los hombres, lo apunté con la pistola. Otro apareció delante de nosotros y sacó su arma. Todo en lo que podía pensar en aquel momento era en el dolor. Estaba casi ciego y una cálida humedad pegajosa cubría mi mano. Acaricié el gatillo unos segundos, calculando las posibilidades de matarlos a los dos y salir ileso.

Dos disparos silbaron en el aire e impactaron en los pechos de esos dos hombres, derribándolos.

—¡Me debes una! —gritó Travis mientras se acercaba a mí—. ¿Tengo que hacer de niñera?

—Los tenía... —gruñí de dolor.

—La policía está llegando, vamos. —Me agarró por el codo.

Travis empujó mi cabeza hacia abajo cuando dispararon hacia nosotros. Nos escondimos detrás de las columnas, pero los disparos no cesaban.

Agaché la mirada... Tanta sangre. Mi camiseta y mis pantalones estaban empapados y el agujero palpitaba debajo de mi mano como si fuera mi propio corazón y se hubiera cambiado de sitio.

—Puedo hacer esto. —Apreté los dientes y cargué la pistola—. Tengo que encontrar a Marco.

Me recosté contra la pared. Mi visión comenzó a desdibujarse mientras intentaba respirar ignorando el dolor.

—Vamos contigo —dijo Vincent—. No podemos dejar que la policía se lo lleve.

—Vamos.

Hasta ese momento no me había percatado de cuán grande era el almacén. En el interior sólo habían mesas, repletas de cajas y bolsas. La única luz que alumbraba el lugar provenía de una lámpara grande encendida sobre una moto de la primera Guerra mundial. Era una harley pintada de color verde oliva, un símbolo de implicación y sentimiento patriótico.

—Este almacén es enorme. —Hice una mueca de dolor. Mi cabeza estaba confusa y mis piernas no querían escucharme, pero tenía que encontrar a Marco.

El pasillo era largo y oscuro. Se me hacía tedioso avanzar. La herida me molestaba a cada paso, pero mi mente ignoraba por completo cualquier dolencia.

—Ya casi llegamos...

Travis y Vincent doblaron la esquina y se pararon delante de una puerta de seguridad. La cerradura tenía un temporizador que necesitaba un código o una clave para abrirla.

—Hay cámaras de vigilancia. Marco sabe que estamos aquí —dijo Hans mientras se acercaba. Sus compañeros estaban a su lado, cinco hombres grandes y vestidos de negro—. No veo ninguna palanca o placa de presión. Tenemos que usar dinamita.

Dejó una mochila en el suelo y se agachó para sacar un detonador y un

explosivo.

Ninguno de mis amigos se atrevió a decir nada, Hans parecía un profesional, un militar entrenado. ¿Cómo había llegado a trabajar para Damien? Una respuesta que en ese momento no me apetecía saber. Me dolían los huesos y luchaba por reprimir las náuseas.

—Esconderos detrás de las columnas —habló con voz firme. Sacó dos objetos cortos cilíndricos de la mochila y los colocó con meticulosidad a cada lado de la puerta.

Debía calmarme, Hans sabía cómo manejar la situación. Hice lo que él nos había ordenado y me recosté de espaldas contra la pared. Contuve la respiración, conté cinco segundos y exhalé, sintiendo como mi pulso cardíaco se normalizaba.

Una estruendosa explosión tuvo lugar, envolviéndonos por completo en una nube ardiente y anaranjada de cenizas y escombros pulverizados.

Había cerrado los ojos por instinto, mis oídos zumbaban a causa del ruido ensordecedor del estallido y mi piel parecía prendida en llamas.

—¡La puerta está en el suelo!

De pronto, sentí como se esfumaba el calor y mis ojos se abrieron.

Hans se puso de pie de inmediato, con la determinación ardiendo en sus ojos. Desenfundó una de sus pistolas y se encaminó hacia la humareda de polvo. Mis amigos no dudaron en seguirlo.

Entonces, algo emergió desde mis adentros, pero no era miedo, no era ningún pensamiento o emoción: era mi instinto de supervivencia buscando hasta el último recurso disponible para mantenerme con vida, un instinto que mi adrenalina transformó en un impulso. Uno que me llevó a empuñar la pistola y seguirlos.

—Quietos ahí —dijo Marco—. Y bajar las pistolas si no queréis que vuestro amigo muera.

En el interior de la estancia alcancé a verlo de pie, como un fantasma de carne y hueso, con una postura rígida y amenazante. Sus ojos, además de la furia asesina con la que me miraban, tenían algo particularmente escalofriante. Él tenía a Vincent apuntado con su pistola y mi corazón dio un vuelco cuando me di cuenta de que podría dispararle.

—¡Maldito hijo de puta! —grazné, sin dejar de apuntarlo con mi arma.

—Colin... —dijo con una sonrisa irónica—. ¿Por qué viniste a Ardmore? Para comprobar que el dulce coño de Freya sigue intacto?

—Ni la menciones, imbécil.

Mi respiración se entrecortaba tanto por el dolor físico como por el dolor de saber que no podía hacer nada en aquel momento. La vida de Vincent estaba en manos de aquel infame sujeto que nos apuntaba con un rifle.

—Me importan una mierda esas malditas zorras, solo me han traído problemas. Tenía que habérselas dejado a Los bastardos desde el primer día que acudieron a pedirme ayuda.

—Cállate, capullo —dijo Vincent con rabia.

Los ojos de Marco se oscurecieron al instante y golpeó el rostro de Vincent con el rifle. Mi hermano se quedó quieto, mientras la sangre corría por sus labios. El más mínimo error, el más mínimo paso podría sellar nuestro destino trágicamente. Lo sabía a la perfección, pero en aquel punto no tenía ni la más mísera importancia.

—Tú a mí no me hables —rugió Marco—. He perdido a mi sobrina por tu maldita culpa. Se enamoró... —dijo, con una mueca disgustada en su rostro—. Pero recibió su castigo. La obligué a que te disparara porque sabía que vuestro club tenía reglas estrictas al respecto. ¿Verdad? Vino llorando a mí para que la protegiera... —Soltó una carcajada.

—Maldito hijo de puta. —Vincent dio un paso hacia delante pero levantó las manos en el aire cuando vio que Marco había sacado un detonador de su bolsillo.

Presionó el botón y un brutal estruendo hizo temblar el suelo, a la par que me aturdió por un instante. Soltó una carcajada y dio un paso hacia delante. Tiró el aparato al suelo y se apresuró a sacar otro igual. Un segundo estruendo, mucho más devastador que el primero se apoderó de mi audición; todo lo que escuché fue un penetrante zumbido producido por mi aturdimiento. Los escombros volaron al estrellarse contra el suelo, generando una ola de arrasadora de acero, que amenazaba con enterrarnos.

—Tenemos que salir de aquí —susurró Hans.

Mi reacción fue instantánea; me deslicé de rodillas hacia delante y para cuando Marco se dio cuenta de lo que ocurría, yo estaba debajo de él como si de su propia sombra se tratase. Había cogido el arma y apuntaba hacia arriba. Acto seguido, me deslicé por el suelo con rapidez y apreté el gatillo dos veces.

Marco maldijo en voz alta y se dejó caer sobre sus rodillas. La sangre de las heridas de bala en sus piernas comenzó a desparramarse sobre el suelo.

Sentí la mano de Vincent en mi hombro, pero no le hice caso. Necesitaba asegurarme de que ese hijo de puta se quedaría encerrado debajo de los escombros para siempre. Nunca me había importado matar, pero en ese momento lo deseaba tanto como si se tratara de una adicción.

Aprovechando el estado de Marco, asesté un puñetazo con todas mis fuerzas en su rostro, lanzándolo hacia atrás.

Cuándo intentó ponerse de pie, empuñé el arma apuntando directamente a su cabeza.

—Te quedarás aquí para siempre —murmuré.

—Colin, es suficiente. —Unos brazos se envolvieron alrededor de mí—. Tenemos que salir.

—No he terminado con él.

—Vamos. —Vincent y Travis tiraron de mí.

—Tengo que matarlo.

Apreté el gatillo de nuevo y un disparo estalló en el pecho de Marco.

—Maldita sea... —jadeó desesperado. Rodó por el suelo y buscó con la mirada el rifle.

Aprovechando el momento, lo cogí por el brazo y tiré de él hacia atrás.

—No lo hagas, Colin —graznó Vincent—. No vale la pena...

Hans dio un paso hacia delante, cogió la pistola con ambas manos y disparó dos veces, haciendo que las balas impactasen con violencia en el pecho de Marco.

—Tenía orden de eliminarlo —dijo Hans.

—Tenemos que salir de aquí. —Vincent me empujó hacia la puerta justo cuando se escuchaba otra explosión.

El suelo tembló por la descomunal energía desatada y salí corriendo. Lo único en lo que podía pensar era no detenerme y seguir mi carrera hasta el final. Me negaba a aquella muerte segura. Me voltéé para mirar atrás, sin parar de correr un solo instante y vi como la estructura del almacén se venía abajo.

Mi cuerpo temblaba, pero mis piernas no dejaron de moverse hasta que vi la puerta principal.

—Maldita sea —jadeé—. Las pruebas... La droga estaba allí.

—No importa —dijo Jasper mientras me agarraba por la cintura—. Encontraron un bunker bajo tierra a unos pocos metros. No te puedes imaginar lo que hay allí dentro. Un arsenal entero de sustancias químicas que sirven para la fabricación de explosivos y armas biológicas.

—Joder. Esto nos supera.

CAPÍTULO 19

Desperté e intenté esforzarme para abrir los ojos, pero mi propio aturdimiento me lo ponía difícil. Apenas me sentía capaz de levantar escasos milímetros mis párpados para dejar entrar ínfimos destellos de luz, reduciendo mi campo visual a meras sombras intermitentes. Un dolor agudo atravesó mi pecho y empecé a toser. Toser dolía.

—Colin... —Freya agarró con firmeza mi mano—. No te muevas.

Giré la cabeza hacia el sonido de esa amada voz.

—¿Dónde estoy? —gemí y cerré los ojos de nuevo, escapando de la luz que tanto me molestaba.

—En el hospital. Perdiste el conocimiento y los chicos te trajeron de inmediato.

Iba a replicar algo más, pero todo mi campo visual parpadeó fugazmente. Miré hacia arriba con resignación y pregunté:

—¿Estás bien?

Ella asintió con elegancia y sonrió.

—Tenemos que hablar. —Respiré con fuerza, sintiendo una sólida determinación en mi corazón. Necesitaba decirle la verdad antes de que fuera demasiado tarde. No quería perderla a causa de otra mentira.

—Lo sé —jadeó—. Pero deberías descansar. Hablaremos más tarde. Me alegro de que estés bien, me asusté cuando me dijeron que te habían disparado —murmuró y se agachó para besar mi mejilla.

Sus palabras juntaron cada fragmento de emoción que sentía por ella. La amaba y esa era la sensación más hermosa que había experimentado en toda mi vida.

—Quédate conmigo. No quiero estar solo.

No estaba seguro de haber dicho esas palabras, pero las sentí como un peso de plomo en mi pecho cada minuto de cada día. Ese era mi temor,

quedarme sin compañía.

—No me moveré de aquí. —Se sentó en la silla que había al lado de la cama y colocó la cabeza en mi pecho.

Mi mano derecha viajó hasta su cabello y mientras mis dedos jugaban con los sedosos mechones, sentí como la tranquilidad se hacía presente. Me quedé ahí durante un tiempo, hasta que las voces del pasillo se desvanecieron y me sumergí en un profundo sueño.

Toda decisión tiene sus consecuencias, y yo me había ganado cada punzada de dolor que sentía mientras caminaba. La herida no era tan grave como parecía a primera vista porque la bala no llegó a penetrar en mi costado. Pero aquella rozadura había causado que sangrara sin parar y me había provocado el más terrible de los dolores. Solo me habían dado unos cuantos puntos antes de dejarme volver a casa.

Me había despertado solo, no había rastro de Freya ni de mis hermanos. Sentía que me habían abandonado a mi suerte.

Doblé la esquina y vi a mi hermana. Estaba hablando con el médico que me había atendido. En cuanto me vio, se despidió y echó a correr a mi encuentro.

—Hermano. —Me dio dos besos y acarició mis mejillas—. Me alegro de que estés bien. Thomas me dijo que puedes hacer vida normal.

—¿Dónde están los demás? —Forcé una sonrisa para no preocuparla. No quería causarle ningún disgusto. Era la persona más importante en mi vida. Ella y Freya se habían ganado un lugar especial.

—Están en la comisaría. Tenían que dar declaraciones acerca de lo ocurrido. He vendido a recogerte. —Nos miramos durante unos minutos en silencio—. ¿Quieres ir a casa?

—Quiero ir al taller. Tengo que hacer un par de pedidos para esta semana —comenté—. No puedo descuidar mi negocio.

—Entiendo. —Me agarró por el brazo y empezó a caminar a mi lado—. Jasper me ha contado lo que pasó allí. Me alegro de que Freya y las otras dos mujeres estén bien. A pesar de lo que hicieron hace dos años.

Carraspeó y soltó un suspiro. Sabía que aquello le causaba cierta molestia. Jasper y Ángela tuvieron un fugaz romance y seguramente pensaba que algo había pasado en Ardmore entre ellos. Así eran las mujeres, siempre desconfiando de los hombres. Tenía que dejarle claro que nada había pasado. Estaba seguro de que eso era lo que quería oír.

—Sarah, no tienes que preocuparte por nada. Jasper apenas intercambió unas palabras con Ángela.

—Lo sé, pero... Verla de nuevo aquí... No sé...

—Hey, ven aquí. —La llevé a la cafetería y la obligué a que tomara asiento. Me senté yo también, con cuidado para no hacerme daño y la miré a los ojos—. Jasper está muy enamorado de ti, joder. No habla de otra cosa cuando nos reunimos. En la vida te haría daño, no después de todo lo que se esforzó para conseguir lo que tenéis ahora. Pronto os vais a casar, deja de pensar en tonterías.

—Tienes razón, soy una tonta. —Se mordió los labios.

—Te preocupas por nada.

—Gracias, Colin. Necesitaba hablar contigo.

—Lo sé. —Le di un fuerte apretón a sus manos.

—Creo que Freya sigue enamorada de ti.

—¿Por qué dices eso? —Me mordí el interior de la mejilla para no soltar alguna palabrota. No me gustaba hablar así delante de Sarah, era como si le faltase al respeto. Pasaba mucho tiempo con los chicos y me acostumbré a soltar tacos cada vez que abría la boca.

—No salió de la habitación en ningún momento y se la veía bastante preocupada cuando llegaron los policías. No quería separarse de ti.

Me miraba y la miraba, y me di cuenta de que ella tenía ganas de hablar muy en serio, pero yo no.

—No sé qué creer, no quiero hacerme ilusiones —resoplé.

—Fuiste a Ardmore y la trajiste a casa sana y salva. Eso dice mucho y ella se da cuenta del sacrificio que hiciste. Estoy segura de que te ha perdonado.

Me miró y sonrió.

—No sé qué pasará ahora, pero lo único que me importa es que ella esté bien. —Mi paciencia estaba acabándose.

—Te comportaste con ella como un idiota hace dos años, pero tuvo tiempo suficiente para pensar y...

—¿Nos vamos? —Me puse de pie, dando por finalizada la conversación. Me molestaba hablar de aquello. No era una conversación que me gustase tener con ella. No sabía toda la verdad y no me apetecía decírselo. ¿Pensaba que me criticaría como lo hicieron mis hermanos? Pues sí, era muy probable.

Durante el viaje, mi hermana no dijo nada; condujo en silencio por la ciudad. Era una tarde cualquiera, con mucho tráfico y niños saliendo del colegio.

Ella estacionó su coche delante del taller y me las arreglé para bajarme con cuidado. Travis había cuidado todo mientras yo estuve fuera, la acera estaba barrida y limpia.

—Nos vemos esta noche —gritó mi hermana—. Los chicos están dando una fiesta de bienvenida en el bar de Austin.

Sarah pisó el acelerador y se incorporó al tráfico. Recorrí las calles con la mirada de un modo hipnótico, intentando dejar mi mente en blanco. Pero mis pensamientos tenían vida propia, quisiera o no. Me sentía mal por haber mentido a Freya.

—¡Mierda!

Juré suavemente entre dientes, luego abrí el taller con la llave. Desactivé la alarma y caminé dentro del espacio oscuro hasta que encontré el interruptor y encendí todas las luces. Mi sorpresa fue mayor cuando vi que todo estaba ordenado, las piezas grandes encima de las mesas de acero, las pinturas colocadas en cajas de madera, las herramientas en su lugar y los neumáticos colocados uno encima del otro alrededor de los elevadores de coches. Amaba ese lugar, pero en aquel momento no me sentía a gusto allí. Y todo por la culpa de esa mentira. Estaba muerto de miedo pensando en lo que podía pasar si Freya descubría la verdad antes de que pudiera contárselo yo.

Quejándome de mí mismo crucé la sala y entré en la oficina. En ese momento, organizar el papeleo parecía mucho más fácil que el resto de tareas. Pasé el resto de la tarde de mal humor, haciendo pedidos y pagando las facturas pendientes.

Cuando estaba cerrando la puerta de la oficina, un mercedes negro estacionó en la acera. Era Damien, no cabía duda. Ese viejo había venido para asegurarse de que el trato seguía en pie.

Se bajó del coche y la gravilla del aparcamiento hizo ruido bajo sus

zapatos planos de color negro, a juego con su coche. Tenía el rostro serio, los hombros caídos y los ojos opacos. Tenía el aspecto de un viejo de ochenta años.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó mientras se acercaba—. Sé que dije que no te iba a molestar más, pero escuché que te habían disparado...

—Habla, pero rápido. Tengo que irme.

Él asintió.

—Voy a irme de Texas por un tiempo. He vendido la droguería y mi apartamento. —Su tono era más bajo y más ronco al pronunciar cada palabra—. Pero antes quiero asegurarme de que mi hija reciba esto.

Sacó una carta arrugada del bolsillo de su pantalón y me la dio.

—¿Qué es? —Dirigí una mirada a su rostro en busca de pistas.

—Es mi forma de pedirle disculpas por todo el daño causado. Sé que no fui un buen padre y la abandoné cuando más me necesitaba, pero la quiero y me preocupo por ella. —Su voz se rompió un poco—. Ella no quiere verme, la llamé esta mañana y me colgó. Pero lo entiendo, es mi culpa.

—No sé qué decir...

Y era verdad. El hombre parecía estar arrepentido, pero tenía que reconocer que había hecho cosas malas, cosas que nos perjudicaron a mis hermanos y a mí.

—No tienes que decir nada, solo prometerme que vas a cuidar de ella. Eres lo mejor que le ha pasado.

Tragué con dificultad. Sus palabras me sorprendieron. Parecía que me estuviera dando su bendición y eso era algo difícil de asimilar.

—Intentaré arreglar las cosas con ella. Aún no me ha perdonado.

—Lo hará porque te quiere.

Entonces, escuché el ruido de una moto acercándose. Damien levantó la cabeza y pareció salir de su aturdimiento mental.

Vi que era Chase y di instintivamente un paso hacia delante, pero me paré en seco cuando me di cuenta que no estaba solo. Freya se bajó de la moto y se quitó el casco. Se lo dio a Chase y le depositó un beso en la mejilla antes de apartarse.

Ella esbozó su sonrisa más deslumbrante cuando me vio, pero en cuanto se acercaba más y se daba cuenta de quién era el hombre que estaba a mi lado, esa sonrisa fue reemplazada por un gesto de contrariedad. Se paró a unos cuantos pasos de nosotros y miraba fijamente a su padre. Podía ver que ella

estaba respirando con dificultad y no pude pasar por alto el brillo salvaje de sus ojos.

Todo lo que podía hacer era mirarla, estaba preciosa. Llevaba el cabello recogido en una coleta, vestía un pantalón corto blanco y una blusa roja que se sujetaba por la parte de atrás a la altura del cuello. Y no llevaba sujetador. Joder, cómo me excitaba. La cantidad de impurezas que me estaba imaginando acerca de mi cara sobre ese escote, no me dejaba pensar con claridad. Daba igual lo que pudieran gustarme sus pechos en ese momento, tenía que apartar la mirada y dejar de pensar en cosas sucias.

—¿Cuál es tu problema? —Ella sacudió la cabeza y clavó un dedo en el pecho de su padre—. Te dije que no quiero saber nada de ti. Debiste quedarte en la cárcel, fuera nadie te quiere.

—Esta no eres tú, nunca me hablaste así, Freya. —La voz de Damien dejó ver lo dolido que estaba.

—Te equivocas. He dicho exactamente lo que quería decir —dijo enfadada—. No quiero volver a verte, ni siquiera te molestes en llamarme. No voy a contestar.

—Hija, por favor...

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a molestar? ¿No le has hecho ya suficiente daño a Colin con esa mierda de contrato?

—Solo quería disculparme.

Freya giró la cabeza, atravesándome con la mirada.

—¿Es verdad? —preguntó ella, inestable. Bajó la vista a la carta que sostenía en mi mano y frunció el ceño—. ¿Qué es todo esto? ¿Ahora sois amigos? ¿Desde cuándo?

—No somos amigos. —Metí la carta en el bolsillo de mis pantalones bajo la mirada inquisidora de Freya.

—Me estás ocultando algo. —Dio un paso hacia atrás—. Los dos me estáis ocultando algo.

Miré al suelo, con aire de culpabilidad.

—Creo que debería irme —dijo Damien—. No hago más que estorbar. Espero que cumplas tu palabra, Colin. —Caminó por delante de su hija y soltó un suspiro entrecortado. Aquello lo afectaba, se veía claramente—. Adiós, hija.

Esas fueron sus últimas palabras antes de entrar en el coche.

—Estoy esperando —dijo ella después de unos minutos de silencio. No

pasé por alto su tono condescendiente—. ¿Qué demonios hacía mi padre aquí? ¿Hacéis negocios? He visto el sobre blanco...

—¿Cómo puedes pensar eso? No soy tan estúpido, joder.

—Entonces dime que hay en ese sobre. Si no tienes nada que esconder, claro.

—No es asunto tuyo.

Mierda. Estaba comportándome como un imbécil. Suspiré, frotándome el puente de la nariz y me calmé. No quería darle la carta porque no era un buen momento. Ella estaba enfada con su padre y cualquier cosa que viera escrita en ese maldito papel, podría caerle mal.

—¡Vete a la mierda! —gritó mientras se apartaba de mí.

—No me hagas esto, joder. —La agarré con fuerza por el brazo justo cuando ella daba un paso hacia atrás y solté una maldición. Me había hecho daño en la herida—. Intenta ponerte en mi lugar. Tu padre se presentó aquí sin invitación. No hemos hablado mucho porque justo llegaste tú.

—Él me hizo mucho daño... —Su labio empezó a temblar—. Hubo un tiempo en el que le quise muchísimo, incluso estaba orgullosa de ser su hija. Hasta que mi madre murió. Entonces cambió todo, me abandonó y me utilizó para hacerse rico. Le dije que no quería verlo, no entiendo qué hacía ahora aquí.

—Tengo que contarte algo.

CAPÍTULO 20

El rostro de Freya se puso serio pero guardó silencio y esperó a que hablara. Durante un largo momento, permanecí callado, tratando de encontrar las palabras adecuadas y obligando a mi cerebro a funcionar. Misión casi imposible, ella me miraba con esa tranquila obstinación que yo le había visto tantas veces. ¿La perdería después de contarle la verdad? Ese era mi gran temor, aún así decidí hablar.

—Hace dos años... —dije con inesperados nervios—. Hice un trato con tu padre.

Ella me miró con una mezcla de asombro y repulsión, pero no dijo nada. No sabía si eso era bueno o malo.

La vi estremecerse un poco y exhalé una dura respiración mientras apretaba los dientes.

—Fui a verlo a la cárcel. Necesitábamos a alguien dentro que moviera los hilos para que Roy no saliera libre. Y tu padre tenía muchos contactos allí dentro.

—Sigue.

Estaba tratando de parecer relajada, pero podía ver la tensión alrededor de su boca y sus ojos.

—Él me propuso un trato y lo acepté. —Solté un gruñido y me froté las manos por mi cabeza rapada—. Fui un idiota. Me arrepiento de haberlo hecho.

—Háblame de ese trato. —Caminó hacia mí y colocó las manos en mi pecho. Alzó la mirada y vi que tenía los ojos enrojecidos. No soportaba verla triste, me mataba por dentro.

Miré por encima de su hombro. Chase se había ido, y yo ni siquiera me había dado cuenta. Estábamos solos, rodeados de un silencio barrido por el viento. Casi echaba de menos el ruido de la calle, ya que era muy tarde y la ciudad quedaba bastante oscura y desierta. No habían comercios abiertos, ni

siquiera restaurantes, salvo algunos bares que tenían licencia para permanecer abiertos toda la noche.

—A cambio de mantener a Roy en la cárcel tu padre me pidió que renunciara a ti. —Tragué la súbita oleada de emoción en mi garganta—. Aquella noche fui a tu casa y... Joder, estaba tan borracho que no pensaba en lo que hacía. —Cerré los ojos—. Quería hacerte el amor porque sabía que nunca más iba a tener esa oportunidad. Lo siento, yo...

—¿Cómo pudiste hacerme eso?

Abrí los ojos y antes de que pudiera reaccionar, me dio una bofetada en la cara, tan fuerte que mis dientes chocaron entre sí.

—Lo siento. —Mi mejilla ardía pero ignoré cualquier dolencia.

—Yo pensé que lo habías hecho porque me querías y que te arrepentías de lo que pasó porque estabas borracho. ¡Tomaste mi virginidad! Yo me entregué a ti... Yo... Yo estaba enamorada de ti. Podrías habérmelo dicho; en cambio, me dejaste, me abandonaste como un juguete viejo, usado. Me hiciste daño.

Sus palabras me golpearon con dureza. Necesitaba esforzarme y seguir luchando como nunca antes porque no estaba dispuesto a dejarla ir. Ella era todo lo que quería y la quería mantener para siempre.

—Mierda, Freya. No llores. —Intenté agarrarla por la cintura pero ella se apartó.

—Me mentiste... —Negó con la cabeza—. ¿Por qué estaba mi padre aquí? Quiero la verdad.

Ahí iba la pregunta imposible de responder con sinceridad. Dios, ¿cómo iba a explicarle aquello? Si veía la decepción en sus ojos, me moriría.

—No... Bueno... Verás... —Me rasqué la nuca tratando de disimular mi nerviosismo—. Hace unos días hicimos otro trato.

Ella me miró como si no pudiera creer lo que oía y no podía evitar sentirme culpable.

—Maldito seas, Colin. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó para librarse de ellas—. Dime que mi padre no tiene nada que ver con el rescate. —Sollozó—. Dímelo...

—Lo siento.

—No... No... —Dio un paso hacia delante con la intención de pegarme otra vez, pero fui más rápido y agarré su mano—. Suéltame, no quiero escucharte.

La expresión de su rostro me decía que estaba perdiendo el tiempo y que

era mejor mantener la boca cerrada. Pero no podía hacerlo, tenía que explicarle porque lo hice.

—No voy a soltarte, no hasta que escuches todo lo que tengo que decir. Estoy harto de que todo el mundo piense lo peor de mí. —Dejé salir una lenta exhalación—. Yo creía que estabas feliz en Ardmore hasta que tu padre se presentó aquí y me enseñó un vídeo en el cual se veía claramente como Marco te pegaba. ¿Sabes lo que sentí al ver aquello? ¿Cuánto me dolió? Tenía ganas de destriparlo y créeme que me hubiera gustado volarle los sesos en ese maldito almacén. Tu padre lo único que quería era sacarte de allí, pero sabía que no ibas a volver con él. Así que me pidió ayuda. El trato consistía en dejarnos tranquilos si te traía a Texas, pero yo creo que esa fue su forma de darme la bendición para estar contigo. Él compró la droguería y él dio la orden de eliminar a Marco. Se preocupa por ti y está arrepentido de cómo te ha tratado durante todos estos años. Sé que no debería defenderlo, nos hizo mucho daño, pero sin su ayuda, no podríamos haberlo conseguido. Fui a Ardmore porque te quiero, no porque tu padre me lo pidiese.

Solté sus manos y ella se tambaleó un poco. Se secó las lágrimas a manotazos y alzó la barbilla.

—Tú y mi padre... ¿Quién lo hubiera pensado? Me da rabia que haya sido él quien idease la idea del rescate y no tú —dijo, un poco sin aliento. Nuestras miradas se encontraron y vislumbré el dolor, había herido sus sentimientos... Otra vez.

—Yo no sabía nada, fue tu padre quien me abrió los ojos. Y aunque te moleste, tengo que darle las gracias.

—No hables más, no quiero saber nada. Creo que es mejor que dejemos pasar un tiempo. Necesito pensar. —Respiró hondo—. Mi vida es un desastre, no tengo trabajo, he abandonado mis estudios y no tengo casa.

—Puedo ayudarte...

—Es lo último que necesito ahora —exhaló y se pasó las manos por el pelo. Tenía lágrimas en los ojos y parecía tan incómoda como yo. Había tomado decisiones de mierda que habían llevado a que Freya terminara herida. Quizá no era bueno para ella, pero ella era lo mejor para mí.

—¿Quieres saber por qué salí de tu dormitorio al día siguiente sin despedirme? Me asusté porque me di cuenta de que estaba enamorado de ti, de que te quería... Aún te quiero. Eres todo lo que necesito para ser feliz. Sin ti no puedo vivir. —Debí haberme mantenido lejos de ella y dejarla sola como

le había prometido hacía cuatro años. Freya estaba feliz, tenía amigos, estudiaba y tenía un novio. Era un idiota, pero al menos la mantenía ocupada y se preocupaba por ella.

Pasaron cinco días después del rescate y no podía sacarme de la cabeza la mirada asustada de Freya. Me sentía culpable por lo que les había pasado a ella, a mi hermana y a Kate. Pero más culpable debería sentirse Damien. Todo había empezado por su supuesta alianza con el maldito de Roy.

De mala gana, había tomado una decisión. No era la correcta, pero era lo que Freya necesitaba en aquel momento para recuperarse. Yo suponía un problema, y ella necesitaba algo mejor. Una vida tranquila que la ayudara a tener éxitos y logros. Una meta por la que luchar.

Estacioné la moto delante de casa de Austin y me quité el casco. Freya estaba sentada en el balancín del porche y tecleaba algo en su ordenador portátil. Subí los escalones y tragué con dificultad. Mi corazón latía, pero yo lo sentía apagado. Eso iba a ser más difícil de lo que pensaba. No podía renunciar a ella, pero tenía que hacerlo por su propio bien.

—Hola.

Freya giró la cabeza y su cara se iluminó cuando me vio. Saltó del balancín y dejó el portátil encima de la mesa para poder abrazarme. La alegría que ella desprendía me hizo sonreír. Hacía mucho tiempo que ella no me abrazaba así. Me gustaba la cálida sensación que me hacía sentir.

—Colin... —Su dulce voz hizo que mi corazón diera un doloroso vuelco. De repente, no podía respirar.

Se alejó un poco y di un vistazo a su apetecible escote. Los pechos se le marcaban con toda claridad y me maldije a mi mismo por no poder separar mis ojos de aquella vista. Quería lamerlo y poner mi boca en cada centímetro de ella. Esa chica iba a hacer que perdiera la cabeza si no me alejaba de ella cuánto antes. Llevaba una camiseta blanca ajustada y unos pantalones rojos de seda. Su cabello multicolor era una cortina brillante que enmarcaba su pequeño rostro, tan inocente, que me sentía morir.

—¿Qué ocurre? —Me miró y empezó a jugar con la cadena que

colgaba de mi bolsillo derecho.

—Tenemos que dejar de vernos. —Mi voz se apagó y se me hizo un nudo en la garganta—. No podemos ser amigos porque estorbamos continuamente.

Las últimas palabras arrancaron una parte de mi alma. Eran mentiras horribles, pero necesarias.

—Eres cruel conmigo, ¿por qué? ¿Qué hice mal?

Cuando levantó su cara, vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Nada. Simplemente no encajas en mi mundo. No tenemos nada en común y...

—¡Para! ¡Vete de aquí!

Mierda, sus lágrimas estaban acabando conmigo.

—Me voy, tranquila. Sé feliz, búscate un novio, diviértete... Eres joven, no deberías juntarte con hombres peligrosos como nosotros.

—Vete, ya no quiero ser tu amiga.

Antes de que pudiera decirle algo más, entró en casa dando un portazo. Verla tan triste y devastada, casi acabó conmigo. Pero tenía que hacer todo lo posible para mantenerla a salvo. Otro Roy podría aparecer en cualquier momento y ella terminaría herida o incluso peor.

—Necesito pensar... —Freya suspiró. Sus labios temblorosos le impedían hablar con claridad—. Llévame a casa de Stephanie y Ángela.

—Puedes quedarte en la mía, hay una habitación libre.

—No es una buena idea. Entiende que no puedo verte ahora. —No disimuló su enfado.

—Freya...

—No insistas más, por favor.

Sabía que dijera lo que dijera, no había vuelta atrás.

—Está bien. Te dejaré tranquila un tiempo, pero no voy a renunciar a ti. Esperaré hasta que se me acabe la paciencia, luego haré todo lo posible para recuperarte. Eres mía.

Sus cejas se levantaron, pero su expresión se había suavizado.

—Podría vivir con esto. —Se encogió de hombros y curvó los labios en una pequeña sonrisa.

Si me dejase llevar por mis sentimientos, en ese momento sacaría a la luz mi lado impulsivo y mandaría a la mierda todo, me acercaría hasta sus labios y besaría todo lo que ella me permitiera. Pero siendo realistas, no era el mejor momento.

—¿Vienes a la fiesta de esta noche? —Dejé que el tono de mi voz cayera un poco más bajo y me acerqué a ella. Parpadeó sin dejar de mirarme, permitiéndome ver el destello de indecisión en sus ojos. La tenía lo suficiente cerca, así que le sonreí y la vi tragando saliva como si estuviera extremadamente nerviosa.

—No lo sé, supongo. ¿Las chicas serán bien recibidas? —Su voz tembló un poco.

—Depende de Jasper y Vincent.

Algo cruzó en su mirada y dio un paso hacia atrás.

—Bueno, pregúntales y envíame un mensaje. Quiero darles las gracias a todos. No he tenido tiempo. ¿Nos vamos?

—Espera a que cierra el taller.

—Ahora que lo dices, ¿puedo verlo? —Ella se dio la vuelta—. Chase me dijo que compraste este lugar y que te va muy bien. A ti siempre te ha gustado la mecánica.

Asentí y froté la parte de atrás de mi cuello.

—Es lo único que sé hacer. No terminé mis estudios. —Traté de mantenerme relajado.

—Eso no importa, te sacrificaste para mantener una familia. —Se aclaró la garganta y la observé mientras entraba dentro del taller—. Estoy orgullosa de ti, de todo lo que conseguiste. Eres un buen chico, Colin. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Se dio la vuelta y sus ojos estaban llenos de una mezcla de compasión y admiración. Sus labios se apretaron un poco y tenía los brazos cruzados bajo aquel tentador escote, que no podía dejar de mirar.

—Tengo un temperamento difícil de controlar —susurré.

—Ya te dije que eso te hace especial.

Durante media hora le enseñé a Freya todo el lugar. Quedó maravillada con todo lo que veía, las motos también eran su pasión y conocía todo acerca de los nuevos modelos de harley. Era increíble que una chica como ella supiera tanto sobre los motores, tubos de escape, chasis, cadenas, neumáticos y transmisiones.

—¿Que hay allí? —preguntó mientras señalaba una puerta.

—Es mi cuarto oscuro... —Esbocé una sonrisa cuando vi que ella se había quedado con la mirada clavada en ese lugar—. Es broma, allí guardo todas las cosas que estorban por aquí. Es un pequeño trastero.

—Quiero verlo...

—No tengo la llave. —Mentí—. Pero puedo enseñártelo otro día.

Hace un año, un hombre llegó a mi taller para dejar una moto, dijo que se quería ir de Texas y que no tenía tiempo para venderla. Mi sorpresa fue grande, era el mismo modelo de harley que le compré a Freya por su cumpleaños. Estaba en buenas condiciones pero quería personalizarla con el logo del club y algunos detalles que sabía que le iban a gustar. Tenía planeado regalársela, enviarla a Ardmore por su cumpleaños, pero ahora no hacía falta. Ella estaba en Texas.

—Está bien.

Ella esperó a que cerrara el taller y activara la alarma, luego se subió en mi camioneta. Encendí el motor y conduje en silencio hasta la casa de Stephanie y Ángela. Detuve la marcha al final de la carretera, donde empezaba la calle sin asfaltar que bajaba a la mansión y esperé a que saliera.

Me miró por un segundo antes de abrir la puerta y dijo:

—Gracias por el rescate.

Sin decir nada más, se deslizó fuera del coche y se dirigió hacia la entrada de la casa.

CAPÍTULO 21

Me sentía peor que nunca y el alcohol no ayudaba. Me dolía todo el cuerpo pero los ojos y la herida especialmente. Tenía la espalda tan entumecida que no me podía mover.

El bar estaba lleno de gente, Austin había llamado a todos los que conocíamos y también a los que hacían negocios con el club.

Todos pedían cervezas, reían y hablaban más alto de lo normal. La música estaba baja y la iluminación bastante sutil. Había llegado hacía media hora y no pensaba marcharme. Tenía la esperanza de volver a ver a Freya. Le había enviado un mensaje diciéndole que sus amigas eran bienvenidas si querían unirse a la fiesta. Jasper dijo que deberíamos de olvidar lo que pasó en Ardmore y seguir adelante.

Me apoyé en un codo sobre la mesa y moví la cabeza para destensar el cuello. A mi lado estaba Vincent que no paraba de hacer malabares con su mechero Zippo.

—¿Por qué no me traes una cerveza en vez de jugar con ese maldito chisme?

Golpeó la mesa con el encendedor tan fuerte, que atrajo la atención de los demás.

—¿Por qué no levantas tu culo y te lo coges tu mismo? Que te hayan disparado no significa que ahora todos tengamos que ser tus sirvientes —Se había ofendido de una forma que no esperaba.

—¿Qué demonios te pasa? —le pregunté sin rodeos.

Le eché una mirada, pero no quiso devolvérmela. Aquello empeoró mi humor, era frustrante discutir con él cuando parecía perdido en sus pensamientos.

—Déjalo. —Se puso de pie y cogió su mechero—. No estás en condiciones para mantener una conversación.

—Solo he tomado dos cervezas —respondí, molesto.

—No me refiero a eso, sino a tu malhumor —espetó—. ¿Qué pasó con Freya? ¿La jodiste otra vez?

—Si eres tan listo, dime qué debería de hacer ahora —resoplé—. Ella sabe la verdad y no quiere ni verme.

—Mira, hermano. Dale un poco de tiempo para asimilar todo lo que ocurrió. Lo mismo estoy haciendo yo y créeme que eso ayuda bastante.

—¿De qué estás hablando? —pregunté sin entender a dónde quería llegar.

Los labios de Vince se apretaron formando una línea delgada y sus ojos estaban completamente desenfocados, como si estuviera vagando muy lejos de allí.

—¿Qué pasa con estas caras? —Travis se paró al lado de Vince y dejó una botella de whisky encima de la mesa—. Las chicas no tardarán en llegar.

—No me apetece hablar con ninguna ahora mismo —soltó Vincent con su característica brusquedad—. Tengo que hacer algo así que me voy.

—Voy contigo. Pensé que Freya iba a venir... —Me puse de pie y solté un gruñido. El dolor no había disminuido.

—Gracias, pero quiero hacerlo solo. Nos vemos mañana, chicos.

Y sin esperar a más o darnos algún tipo de explicación, se marchó.

—¿Qué ha sido eso? Él siempre nos cuenta todo —dije con el ceño fruncido.

—No lo sé...

Estábamos tan ensimismados en la conversación que casi no nos dimos cuenta de lo que pasaba a nuestro alrededor. Los miembros de nuestro club habían formado un círculo y abucheaban a alguien como unos salvajes. Puse los ojos en blanco, se comportaban como unos primitivos cuando se trataba de mostrar quién tiene más fuerza a base de echar un pulso.

Yo nunca lo había hecho, me parecía una estupidez. Para ganar no se necesitaba fuerza sino ser rápido y conocer los trucos de la muñeca. Pero cuando estabas borracho, olvidabas todo aquello y el pulso se transformaba en un duelo que terminaba con gritos y peleas.

—Vamos a verlo —animó Travis.

—Prefiero quedarme aquí —dije, ausente. Estaba demasiado perdido en mis pensamientos y no me apetecía participar en juegos de borrachos.

Travis cogió la botella de whisky y se fue. Mis ojos recorrieron el local y se posaron en la madera oscura de la barra, las botellas, las jarras de cerveza

vacías y los ceniceros llenos de colillas. Hasta ese momento nunca me había fijado en aquellos detalles que mostraban claramente que no sabíamos hacer otra cosa que emborracharnos como locos para divertirnos. Ese tipo de vida estaba empezando a cansarme.

Me puse de pie con intención de irme. Al día siguiente tenía el ensayo de boda de mi hermana y Jasper y tenía que acudir sin falta. También se esperaba que yo diera un pequeño discurso y no había preparado nada.

Antes de que diera un paso hacia delante, la puerta del bar se abrió y apareció la persona a la que llevaba esperando toda la noche. Me fijé en ella, viéndola como una mujer con un cuerpo estupendo y un rostro precioso que nublaba el pensamiento de cualquier hombre. Una hermosa mujer que podría causar una pelea en un bar solo con pestañear. Pero no era el caso, nadie se había dado cuenta que ella estaba allí. Estaban borrachos y dedicados a demostrar con fervor quién de ellos era más fuerte.

Ella me vio y me saludó, algo vacilante. Observé su pelo mientras se acercaba a mí. Estaba recogido en un moño a la altura de la nuca y no había ni un mechón suelto; aquello permitía apreciar su armonioso rostro de belleza inquietante. Llevaba una blusa de satén de color verde con el escote a la altura adecuada para dejar a la vista, de una manera seductora pero no vulgar, el pecho y una parte de sus hombros. Aquel color hacía resaltar más sus ojos. Parecía un ángel que había bajado a la tierra.

Se detuvo frente a mí y miró a su alrededor, consternada. Era la primera vez que asistía a una fiesta organizada por el club y parecía que no era lo que había esperado. Se veía nerviosa, casi agitada: no dejaba de morderse el labio inferior. Aunque aquello no debería de sorprenderla, Los bastardos eran peor que nosotros y ella prácticamente había convivido con ellos.

—Hola —susurró. Parpadeó con rapidez sin dejar de mirarme—. ¿Qué están haciendo?

—No les hagas caso. Vámonos de aquí. Están todos borrachos.

Sin pensar lo que hacía, la agarré por la muñeca y la saqué fuera del bar, guiándola a la parte trasera del edificio. Ella retrocedió ante mi toque y se alejó tan lejos de mí como pudo al darse cuenta de que estábamos solos.

—Tú no estás borracho. —Inclinó la cabeza hacia un lado y frunció el ceño.

—No, he decidido controlarme un poco. Me había enviciado al alcohol. —Chasquéé la lengua mientras me apoyaba de espaldas contra la pared. Sabía

que no iba a ser fácil, todos mis hermanos bebían alcohol. Necesitaba un gran cambio; estaba harto de sentirme como la mierda, estaba cansado de decepcionar y avergonzar a mis seres queridos.

—Me alegro mucho.

Freya me miraba con una admiración añeja, con un orgullo que no lograba disimular. Me hizo sonreír, había conseguido derretir un poco ese muro de hielo que nos separaba.

—Tienes que dejar de mirarme así. Estás enviándome un mensaje equivocado. O puede que no... Quien sabe lo que hay en esa cabecita tuya. — Levanté ambas cejas.

—No entiendo qué quieres decir.

Tuve que ocultar una sonrisa divertida mientras me miraba.

—¿Por qué has venido a la fiesta?

Nuestras miradas se cruzaron por un momento y vi su pecho subir y bajar de forma brusca. Incluso me pareció advertir un leve temblor.

—Quería hablar con los chicos y darles las gracias —arrastró las palabras.

—Sabías que no era un buen momento. Las fiestas de los clubes tienen fama de ser problemáticas, ¿verdad? Los bastardos...

—No los menciones, por favor. Quiero olvidarme de ellos.

—Freya... —Se me formó un nudo en la garganta y tuve que esperar un momento para continuar—. No podemos seguir así.

—¿Así cómo? —Cruzó los brazos sobre su pecho y actuó como si no estuviera interesada en lo que tenía que decir.

—Como si no sintieras nada por mí —dije secamente mientras me acercaba a ella—. Entiendo que estés molesta, pero deja de fingir que no me quieres.

—Ha sido una mala idea venir esta noche. —Su boca se torció.

—Mala para ti.

A la mierda con todo eso de darle tiempo para que asumiera lo que había pasado. Hundí los dedos en sus nalgas y la atraje hacia mí. Mi boca fue a su garganta, lamiendo y chupando. Sabía que cometía un error pero no podía detener la ola de excitación que recorría mi cuerpo. Con el roce de sus senos contra mi pecho, me dejé llevar y la besé, tentándola poco a poco. Por primera vez en mi vida, quería sentir, experimentar todo lo que un beso podría hacerme sentir. La boca de Freya era todo dulzura, deliciosa.

Su inocencia era tan fresca y adictiva... La había besado antes, pero ella nunca me había respondido de esa manera, tan sensual y tan dispuesta. Le había llenado la boca con mi lengua y ella me lo había permitido.

—Mierda... —Rompí el beso aún cuando ella no quería dejarlo ir. Cerré los ojos y presioné mi frente contra la suya, preguntándome qué demonios hacer. La quería, pero no parecía ser suficiente para ella. ¿Me estaba castigando? No lo sabía, pero daba la impresión de que lo hacía. La sujeté y la abracé con fuerza, ella era demasiado importante como para dejarla ir.

—Colin, debería irme.

—No voy a renunciar a ti. —Le di un beso más profundo y más apasionado —. Me convertiré en tu sombra hasta que te decidas a disfrutar de lo que tenemos.

—Hazlo. —Me dedicó una sonrisa sombría y sacó unas llaves del bolsillo de sus pantalones negros. Entonces, retrocedió y se acercó a un coche negro que estaba aparcado en la acera. Había tantas motos en el aparcamiento que cualquiera se aburriría si empezara a contarlas. Miré cómo abría la puerta y me quedé inmóvil durante un par de segundos, como un estúpido, hasta que el coche desapareció de mi vista.

Me di cuenta de que tenía que conformarme con eso. Por ahora.

CAPÍTULO 22

FREYA

Llegué con veinte minutos de retraso. El restaurante estaba lleno y me sentía un poco cohibida. Conocía a la mayoría de los invitados, pero no sabía si ellos habían escuchado lo que acababa de ocurrir en Ardmore.

Había elegido para el evento un vestido rosa pálido, de tirantes finos. Me llegaba hasta los muslos, el tamaño que siempre me favorecía. El cabello me lo había dejado suelto y colgando en ondas bastante amplias.

Me recibieron dos camareros con dulces y copas de champán. Cogí lo que me ofrecieron y entré. Una suave melodía me dio la bienvenida y me hizo sentir importante, la orquesta hacía un buen trabajo. Los invitados estaban embelesados y sentenciados a pasar una bella velada. Sarah y Jasper se habían esforzado mucho para conseguir todo aquello. Iban a tener la boda de sus sueños porque se respiraba calidez y cariño.

Me acerqué a las mesas para dejar mi copa y cada plato era una perfecta combinación de colores, me había quedado perpleja ante tanta variedad y belleza.

Miré alrededor para situarme. Como atraída por un imán mis ojos se posaron en Colin. Estaba al lado de Travis y Vincent, y les contaba algo gracioso porque los dos se partían de risa. De repente me sentí el doble de nerviosa, pero entonces su mirada se clavó en la mía y la inquietud fue reemplazada por la tranquilidad.

Suspiré. No pude evitarlo. Antes de que diera un paso hacia delante para acercarme a ellos, fui interceptada por Sarah.

—Me alegro tanto de que hayas venido. —Me abrazó y luego besó mis

mejillas. Sonrió y añadió—: No tengo muchas amigas.

—No podía faltar. Sois importantes para mi. Por cierto, estás guapísima.

Llevaba un vestido blanco, con bordados y encaje transparente en los hombros, disimulándole el pecho y la cadera. Unas orquídeas blancas resaltaban en el sofisticado recogido de su cabello rubio platino y su preciosa cara estaba impecablemente maquillada.

—Gracias, tú también. —Sonrió de nuevo—. Tengo que saludar a unos invitados que acaban de llegar. Luego nos vemos.

Cambié el peso de un pie a otro; los zapatos eran un poco incómodos. Volví la cabeza para mirar hacia la fiesta, en busca de Colin y sus amigos. La gente se movía con suavidad, ataviada con vestidos bonitos y trajes elegantes, pero no había ni rastro de ellos, era como si la tierra se lo hubiera tragado. Como no se me ocurría una mejor opción, fui a la barra y pedí una copa de vino. A mi derecha había parejas bailando y entre ellos estaban Austin y Kate. Se veían felices, ella embarazada y él con una sonrisa de oreja a oreja que mostraba lo enamorado que estaba.

—Disculpa. —Sentí una mano en mi hombro y giré la cabeza—. ¿Me permites este baile, señorita?

Tragué saliva al ver la mirada intensa de Colin. Mi cuerpo se tensó y dejé de respirar. Mis labios se quedaron sellados. No podía hablar. Mi boca estaba demasiado seca.

Él se dio cuenta de que no sabía qué hacer en aquel momento, así que cogió mi copa y la dejó encima de la barra, luego me agarró por la cintura y me llevó hasta la pista de baile, atormentándome con el leve roce de sus dedos.

—Colin...

—No digas nada. —Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura—. Sólo baila conmigo.

Los tacones me daban unos centímetros de más, pero Colin seguía siendo más alto. Apoyé la cabeza en su hombro para huir de su penetrante mirada y suspiré.

Sus manos estaban acariciando mi espalda con ligereza mientras nos deslizábamos por la pista de baile. A nuestro alrededor, otras parejas bailaban y hablaban pero apenas reparé en ellas.

—Nunca hemos bailado juntos —murmuró.

—Eso es porque nunca me lo pediste.

—Ahora me arrepiento, es maravilloso tenerte así en mis brazos. —Me atrajo de nuevo hacia él y nos confundimos otra vez con las demás parejas de baile. En todo momento, la mandíbula de Colin se mantuvo firme y su mirada fija en mis ojos. Estaba cautiva, me había robado la capacidad de pensar.

Sentía su firmeza y su respiración pesada. Mi aliento se quedó atascado en el pecho y me di cuenta de que estaba esperando el roce de sus labios en mi cuello. Pero el contacto no llegaba y mis nervios estaban a flor de piel.

Cuando habló de nuevo, lo hizo en voz baja para no romper el hechizo.

—Cierra los ojos.

Obedecí, concentrándome en respirar y tratando de ignorar el suave cosquilleo que me erizaba la piel. Ahuecó su mano izquierda sobre mi mandíbula para luego acariciarme con suavidad la mejilla con el pulgar. Estaba segura de que me iba a besar. Sentí el roce de sus labios en la oreja y dejé de respirar.

—Tenemos que hablar.

La música terminó y de repente, en la sala hacía calor. Un calor causado por la falta de espacio que había entre nosotros y por el roce de nuestros cuerpos.

—Vamos a la terraza. Me vendrá bien tomar el aire —murmuré.

Colin encabezó la marcha y me sentía cada vez más débil a medida que caminaba a su lado. Un fuerte olor a lluvia se adueñó del ambiente cuando él abrió las puertas y me sentí inesperadamente viva, llevaba semanas sin llover y aquello levantaba un aroma fresco.

—Estás preciosa esta noche —Sonrió. Esa sonrisa que tanto me tentaba...

—Gracias —respondí con el pulso acelerado. Estaba delante de él, con las piernas temblorosas pero incapaz de apartar mi mirada de la suya. Los ojos que solo momentos antes mostraban ternura, ahora devoraban mi rostro. Se me aceleró el corazón mientras luchaba contra el repentino impulso de salir pitando pero estaba atrapada, paralizada por una simple mirada.

—He pensado en algo. —Su voz era suave—. Sé que estás buscando trabajo, y yo necesito a alguien que me ayude con el papeleo del taller.

—¿Trabajar para ti?

—Trabajar conmigo. —Esbozó una sonrisa de nuevo—. Te apasionan las motos tanto como a mí.

Se acercó y me acarició la mejilla, para después llevar su mano hasta mi pelo. Aquello era excitante y provocaba una reacción muy extraña en mí. Tenía

que tomar el control y mantener la maldita compostura. Cada vez que estábamos solos, él ponía mi mundo patas arriba. Aún no lo había perdonado y él tenía que saberlo.

—Colin, no me toques...

Él dio un paso más y mi pulso se aceleró. En ese momento solo nos separaban unos pocos centímetros y me sentía acorralada.

—Dilo otra vez. —Su voz era baja, ronca.

Me subió el vestido hasta que sus dedos encontraron mi muslo desnudo. Tragué saliva y mire ese hermoso rostro y esa boca sensual que tantas ganas tenía de besar.

—Aléjate de mí. —Apenas logré articular las palabras.

—Mientes.

Me rozó los labios con los suyos y tuve que cerrar los ojos porque no podía con tanto placer. Se agachó más aún de lo que estaba para llevar sus manos a mi cintura y acercarme a su propio cuerpo.

—Esto se nos está yendo de las manos. —Lo empujé con suavidad—. Necesito espacio y tiempo para pensar. Tú no haces otra cosa que toquetearme y besarme.

—Es porque te quiero y me muero por estar contigo. Si me alejas, si me dejas fuera... Me volveré loco y no sé si voy a poder controlarme. He dejado de beber, quiero ser mejor persona, el chico perfecto para ti.

—Lo eres, bueno... Lo fuiste. Ahora no lo sé.

Al mirarme con sus ojos azules, sentí que me atravesaba el alma. Leí el miedo... El miedo de perderme y recordé los días en que la tristeza me hundió tan hondo que no encontraba la salida.

—¿Eso significa que te perdí? —preguntó, susurrando con voz ronca.

—Eso significa que esta es tu última oportunidad, Colin.

—Esto suena como un ultimátum —dijo desanimado. Se pasó una mano por el cuello, atrayendo mi atención hacia la bronceada piel que se asomaba por los botones desabrochados de su camisa. Me gustaba verlo vestido de manera formal con pantalones oscuros, camisa gris y gafas de sol. La sombra de la barba, a pesar de estar recién afeitada, le oscurecía la mandíbula. Deberíamos asistir a más fiestas así porque todos se veían guapísimos. Free Souls era una banda de moteros jóvenes, con buenas cualidades, buenos cuerpos y con un cierto aire salvaje. No me extrañaba que todas las miradas de las chicas que había allí estuvieran puestas en ellos.

—Y lo es —afirmé. Lo abracé por la cintura y apoyé la cabeza en su pecho —. Así que tienes que esforzarte mucho.

—Gracias... —Me apretó contra sí.

No había lugar para otros pensamientos. No quería bucear en el pasado y ahogarme, quería un futuro al lado de Colin, quería intentarlo, aunque para eso tuviera que arriesgarme hasta el límite. No tenía familia, pero estaba rodeada de buenos amigos. Por primera vez en mucho tiempo, estaba feliz.

—Sabes que te quiero, pero necesito que me digas si valió la pena todo el sufrimiento que tuve que aguantar. —Me alejé para mirarlo a los ojos.

—Freya... Para mí todo lo que nos ha pasado últimamente ha sido una verdadera tortura. Pero ten por seguro que solo tú tienes un lugar especial en mi corazón. —Inclinó la cabeza y me rozó los labios con suavidad un segundo y después los separó con los suyos para apretar su boca sobre la mía. Mis brazos llegaron a enroscarse alrededor de su cuello y mi lengua se retorció alrededor de la suya. Aquel beso revivía el deseo que siempre estaba latente cuando estábamos juntos.

—Es difícil cerrar el corazón a cosas que quieres sentir y diría que es imposible pretender no amar a alguien cuando realmente lo haces —murmuré contra sus labios.

—Voy a pedirte algo, dulzura. —Su respiración se aceleró—. Jamás bajas la cabeza ante nadie y si la subes de más, entonces que sea solo para besarme.

—Hecho.

Se inclinó sobre mí para darme un beso en la mejilla y lo recibí con los ojos cerrados, para saborear mejor el contacto de sus maravillosos labios. Me sorprendió la ternura de su gesto, era como si no quisiera estropear aquel momento.

—Deberíamos unirnos a la fiesta. Se preguntarán dónde estamos —susurró en mi oído.

—Tienes razón.

Las dos horas siguientes pasaron como en una nebulosa, estuvimos bailando, comiendo y charlando con todos los invitados. Jasper y Sarah estuvieron a la altura, todos los que estaban presentes allí esa noche, no hacían más que reír, beber, bailar y contar anécdotas. La mayoría de los hombres eran miembros de Free Souls, una banda de moteros que se inició en Texas, a causa de un contrato que firmaron Austin, Colin y Jasper. Mi padre les había contratado ilegalmente, bajo amenazas de muerte, para vigilar una de las

carreteras más conflictivas de la ciudad. Entonces eran solo tres miembros y hacían un gran trabajo para proteger a los ciudadanos. Usaban el color blanco y llevaban los chalecos de piel personalizados con sus nombres y un parche de una calavera con alas. Cuando mi padre entró en la cárcel, la banda tenía tres miembros más: Chase, Travis y Vincent. Y pasando los días, se les unieron más personas. Ahora el club tenía alrededor de cuarenta miembros y tenían alianzas con todas las bandas de Texas. Ninguno de sus miembros traficaba con armas o drogas y eran muy pacíficos. A pesar de eso, si que tenían negocios ilegales como cualquier otro club de moteros.

Todo había empezado con mi padre. Me preocupaba que estaría haciendo y a dónde habría ido. Sabía que había sido muy dura con él, pero después de todo lo que hizo, se lo merecía. Pero no podía engañarme a mí misma, nunca había dejado de quererle y de necesitarlo.

—¿Estás bien? —Colin se acercó por detrás y me abrazó—. Pareces perdida.

—Estaba pensando en mi padre —suspiré—. Sé que no debería, que no se lo merece pero siento que fui muy dura con él.

—Lo único que puedo asegurarte es que él te quiere, a su manera. —Me dedicó una sonrisa compasiva.

—Cuando esté preparada para hablar con él, lo llamaré —le aseguré.

Él asintió con aire ausente y se inclinó hacia delante.

—Todos se van, ¿te llevo a casa?

Miré por encima de su hombro y vi que él tenía razón. La banda estaba recogiendo sus instrumentos y la gente hacía fila para abandonar el restaurante. Había pasado una noche increíble en compañía de Colin y no quería que se acabara. De alguna forma, ya no me importaba, lo único que deseaba era estar entre sus brazos.

—No... Quiero ir contigo —le dije con sinceridad.

—Mi casa entonces.

Colin estacionó la camioneta delante de una casa pequeña y agradable, con una hilera de coloridas flores y arbustos que ocupaban la mayor parte del jardín delantero. Había un estrecho camino empedrado que llevaba de la acera a una escalera blanca con un descanso en el centro, delante de la puerta principal.

—Me gusta.

—La compré el año pasado con los ahorros que tenía. Vivo con Vincent y Travis, necesitaba ayuda con los gastos.

—Entonces, no sé si esto será buena idea.

—Ellos no vienen esta noche. Vincent dijo que tenía que hacer algo y Travis se fue al club.

—Ah...

Me bajé del coche y esperé a que Colin se pusiera a mi lado. Al parecer la herida ya no le molestaba, pero sus movimientos seguían siendo cautelosos. Me agarró por el brazo y subimos juntos las escaleras. Metió la llave en la cerradura y empujó la puerta, moviéndose a un lado para dejarme entrar. La casa estaba a oscuras, pero reconocí el olor que flotaba en el aire. Era una de las velas perfumadas que vendía Jasper en la tienda de su madre.

Colin encendió las luces y me detuve en seco cuando vi lo que había delante de mí. El interior era totalmente distinto a como me lo había imaginado. En el medio del salón había tres sillas negras que usaban los jugadores de videojuegos, dos televisores grandes, una al lado de la otra y un montón de carátulas esparcidas por la alfombra de color lila. No había muebles, ni siquiera una mesa. Solo dos sofás de cuero blanco detrás de las sillas.

—Algunas partes de la casa están sin amueblar —dijo Colin cuando llegó a mi lado—. Y esto que ves, es obra de mis hermanos, son adictos a los videojuegos. Peor que los niños.

—¿Y tú qué vicios tienes?

La postura relajada de Colin se transformó de inmediato en una de alerta.

—Ahora ninguno. He renunciado al alcohol.

—Déjame hacerte cambiar de opinión —susurré contra sus labios. Los froté con un beso, mordisqueando su mandíbula—. Hazme el amor y hazte adicto a mí.

—Dios... Sí. —Me agarró por la muñeca y me llevó hasta una de las habitaciones que había arriba.

Empecé a quitarme el vestido pero él se adelantó y apartó mis manos.

—Permíteme.

Abrí la boca para protestar pero en su lugar asentí, observando su cara. Abrió la cremallera de mi vestido y lo deslizó por mis hombros. Le dejé caer al suelo, pero la mirada de Colin estaba fija en mi sujetador de encaje. Era emocionante verlo tan entregado porque sabía que se dejaba llevar por sus sentimientos.

Salí de mi ropa y él sostuvo la respiración.

—Eres tan guapa...

—Mi turno. —Mi voz sonó suave y mi respiración se entrecortaba al ritmo de mi corazón enloquecido.

Me acerqué y le quité la camisa, aprovechando cada movimiento para tocar su piel. Quería grabar ese momento en mi mente y guardarlo para siempre. Nunca había visto algo tan hermoso; su cálida mirada, sus suaves caricias y sus besos mágicos me llevaron a su mundo. Un mundo especial, único y solitario. Su mundo perfecto.

Le bajé la cremallera de los pantalones y lo desnudé lentamente. Me estremecí al verlo y apreté las piernas.

—No soy bueno para ti —suspiró y me abrazó—. Pero me esforzaré, quiero hacerte muy feliz porque sí tú lo estás, yo también lo estoy.

Sus brazos me apretaron con fuerza y me sentí completa. Nos quedamos así por unos minutos, sosteniéndonos el uno al otro.

Luego se alejó y su boca bajó a la mía. Sus labios jugaron con los míos mientras que su lengua golpeó dentro, lamiendo y explorando. Presionó su cuerpo contra el mío y se movió conmigo hasta que mis piernas chocaron contra la cama.

Me tomó entre sus brazos y me estrechó contra sí a la vez que volvía a besarme. Me tumbó sobre el colchón sin apartar la boca de mí. Colin dejó escapar una mezcla de gemido y gruñido, me sujetó con ambas manos por las caderas y comenzó a besarme en el cuello. Cada vez que me mordisqueaba o deslizaba la lengua sobre mi piel, contenía el aliento. Él sabía lo que me gustaba. Sus caricias y sus besos hacían que mi cuerpo palpitará de necesidad, una necesidad que exigía ser liberada.

Se arrodilló delante de mí, deslizó las manos por mis muslos y separó mis piernas.

—No tengo palabras para expresar lo que siento ahora mismo... Eres tan

hermosa... —Con la punta de un dedo, frotó mi clítoris haciendo círculos.

Un gemido se escapó de mi boca ante su toque, el toque de Colin que hacía unos días había hecho magia con mi cuerpo.

—¿Te gusta? —Deslizó sus dedos entre mis pliegues.

—¡Sí!

Sus dedos se movían lentamente dentro y fuera. Una tormenta de chispas me recorrió el cuerpo y solté un gemido de placer.

—¿Quieres más? —preguntó y se estiró sobre mi estómago, tumbándose encima de la cama.

—Sí. No te detengas... —Agarré las sábanas con mis manos y me sacudí.

Me perdí en las sensaciones placenteras que una tras otra, golpearon mi cuerpo. No le hice esperar mucho tiempo, el clímax demoledor me encontró rápidamente.

—Quiero más, quiero estar dentro de ti. Estoy hambriento y solo tú puedes saciarme, dulzura —murmuró con una sonrisa pícaro.

—Ven aquí. —Golpeé el colchón.

Se arrastró a mi lado y luego se puso encima, cubriéndome por completo con su dura carne. Estaba mojada y lista para él. Las palabras no podían expresar cuánto significaba esa unión para mí. Froté mi mejilla contra la suya. Necesitaba un afeitado pero no me importaba. Su incipiente barba hacía que resultara aún más sexy.

Incapaz de permanecer quieta, alcé las manos hasta sus hombros y las bajé despacio hasta su pecho, deleitándome con los músculos que me aprisionaban en la más dulce de las cárceles. Me mordí los labios y dejé escapar un gemido.

Colin bajó la cabeza y se dedicó a fondo a dar placer a mis pechos, humedeciéndolos con sus besos y dejándolos enrojecidos por el roce de su creciente barba. Dijo mi nombre y me hizo temblar. Me retorcí y me moví debajo de él y sentí mis manos retorcerse entre la tela de las sábanas.

Entonces, agarró con fuerza mis nalgas y se enterró poco a poco mientras mi calor envolvía su longitud. Perdí la capacidad de pensar, la presión era mayor de lo habitual y me gustaba más estar debajo porque no tenía más remedio que mirarlo.

—Freya —dijo—. Oh, Dios...

Me aferré a él y me retorcí. Comenzó a empujar, dejando todo mi cuerpo encendido.

—Sigue Colin...

Su cuerpo se aceleró, en ese momento él se veía con aire satisfecho y complacido de sí mismo. Enrollé mis manos alrededor de su cuello y lo vi mirándome. Su expresión se volvió un poco salvaje y comenzó a moverse dentro y fuera de mí como una persona rabiosa. Me aferré a él hasta que se puso rígido y lanzó un grito ronco.

Mi orgasmo se unió al de él y mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura, incapaz de hacer cualquier otra cosa salvo sentir.

—Encajamos perfectamente —susurré mientras lo abrazaba.

Me acurruqué a su lado y cerré los ojos. No quería pensar en nada, sólo quería disfrutar de ese momento.

—Sí, lo hacemos. —Escuché la voz de Colin, pero mis párpados pesaban demasiado.

CAPÍTULO 23

FREYA

Abrí los ojos y me estiré en la cama mientras sentía las sábanas frías al tacto. Giré la cabeza y me di cuenta de que estaba sola. Sentí la colonia de Colin; estaba en el aire que respiraba, en las sábanas que me cubrían y en mi piel.

Me senté y miré con atención por toda la habitación. Mi vestido estaba doblado y colocado encima de la mesa, pero no había rastro de mi ropa interior. Era una estancia amplia, con dos armarios empotrados y una televisión grande colgada en el centro de la pared que había delante de la cama. No había cuadros, pero sí algunas fotografías enmarcadas encima de la cajonera que había al lado de la puerta.

El calor era insoportable y los rayos se filtraban por la persiana como flechas doradas y afiladas. Tenía la boca seca y mi frente estaba cubierta de pequeñas gotas de sudor. Daban ganas de andar desnuda por la casa, pero Colin no vivía solo.

Recordé la noche que acabábamos de pasar juntos y sonreí. Podríamos ser felices porque nos queríamos. Estaba disfrutando de una serie de buenos pensamientos cuando la puerta de la habitación se abrió.

—Estás despierta —dijo Colin mientras entraba y dejaba una bandeja con el desayuno encima de la cama.

Llevaba puestos unos pantalones cortos blancos y una camiseta sin mangas, también blanca. Tenía buen aspecto y no paraba de sonreír.

—¿Dónde está mi ropa interior?

—He puesto una lavadora con ropa blanca. —Se estiró a mi lado y cogió uno de los croissant. Lo llevó hasta mi boca y enarcó una ceja—. Abre,

dulzura.

Negué con la cabeza y él retiró la mano. Dio un gran mordisco y luego cerró los ojos.

—No sabes lo que te pierdes. La madre de Jasper hace los mejores postres.

Cuando dijo eso intenté quitarle el croissant, pero Colin era más rápido que yo y se bajó de la cama.

—Tarde, ya tuviste tu oportunidad.

Puse un puchero parecido al de un niño pequeño y él soltó una carcajada.

—Hay más en la cocina. —Bostezó—. Voy a por ellos.

—No tenías porqué lavar mi ropa, ahora no tengo nada que ponerme.

—Oh, sí. Tus bragas estaban empapadas... —Y sin decir ni media palabra más, salió de la habitación.

Me quedé quieta por unos segundos y luego me tragué el nudo que tenía en la garganta. Las palabras de Colin me habían hecho sonrojar, a pesar de que no fueron dichas de una manera sexual.

Gateé hasta la bandeja y cogí el vaso de zumo, luego volví a mi lugar y me tapé con la sábana hasta la barbilla. Tenía que llevar algo de ropa para la próxima vez. Suspiré. Ya estaba pensando en repetir aquello. ¿Lo había perdonado? Puede que mi corazón aún no lo hubiera hecho, pero mi cuerpo definitivamente sí.

La puerta se abrió de nuevo y di un trago a mi zumo para disimular. La camiseta que llevaba Colin se ajustaba perfectamente a su cuerpo y los pantalones cortos dejaban a la vista unas piernas bronceadas y musculosas. No sabía qué me pasaba pero no podía dejar de mirarlo.

—Me encanta esa mirada —susurró mientras dejaba un plato con croissants a mi lado—. Me hace sentirme importante para ti, querido y amado. —Se acercó y me acarició la mejilla con el dorso de su mano—. Te quiero mucho, Freya y te lo voy a decir todos los días.

Mi piel sentía pequeñas chispas mientras me acariciaba y no podía dejar de mirar esa boca tan apetecible. Era muy atractivo y tenía unos rasgos muy sensuales, pero lo que más me llamaba la atención eran sus labios.

Deseaba sentirlos acariciando mi cuerpo, mi piel y mi boca.

—¿En qué estás pensando? —preguntó con interés.

—No lo se... —balbuceé.

—Lo que tú digas, pero conozco muy bien esa mirada. Sé cuándo piensas

en cosas pervertidas y cuando piensas en cosas serias —dijo sonriendo—. No me puedes engañar, te conozco muy bien.

—Vale... Estaba pensando en cómo sería...

—¿Sí? —Enarcó una ceja—. Sigue.

—Como sería besarte —admití y agaché la cabeza avergonzada.

Se echó a reír y se estiró a mi lado. Me quitó el vaso y lo dejó encima de la mesilla de noche, luego apartó la sábana que me cubría. Me estremecí, pero no me dio tiempo a protestar porque me agarró por la cintura con sus enormes manos y se humedeció los labios. Mis ojos estaban hipnotizados por esos movimientos tan lentos y sensuales. Ahogué un suspiro, conteniendo las ganas de rogar e implorar un beso.

—Cierra los ojos —ordenó.

Sus labios aterciopelados encontraron a los míos y sentí la pasión aumentando con cada roce. Llevó un brazo alrededor de la parte baja de mi espalda, tirando de mí. El deseo me invadió.

Sus caderas chocaron contra las mías, demostrándome cuan excitado estaba. Me estremecí y gemí bajo el contacto de su lengua. Me hacía experimentar sensaciones desconocidas y lo deseaba como nunca había deseado a nadie.

—Tengo que irme. —Deslizó un dedo por debajo de mi mentón y depositó un beso corto sobre mis labios—. Tengo que abrir el taller. Quédate aquí, terminaremos esto cuando vuelva.

—No puedes dejarme así —protesté.

Se alejó, manteniendo la sonrisa en su boca.

—Voy a tardar un par de horas, mientras puedes leer esto. —Caminó hasta la cómoda que había al lado de la puerta y abrió el primer cajón. Cogió algo y volvió a la cama.

Fruncí el ceño, el sobre blanco que sostenía en la mano me resultaba familiar.

—¿Es...?

—Es una carta de tu padre. Creo que es el momento perfecto para que la leas. —Me miró y se inclinó para poder agarrar mi cara con la mano que tenía libre. Me dio un beso y me sonrió, pero de un modo tímido y casi nervioso.

—¿Era para mí?

—¿Qué pensaste? —Se alejó y frunció el ceño. Dejó la carta a mi lado y se aclaró la garganta—. ¿Que había dinero dentro?

—Sí... —Resoplé—. ¿La has leído?

—No. Luego me cuentas.

Cogió la cartera y las llaves del coche y salió de la habitación con paso airado.

Me eché hacia atrás y me obligué a controlar la respiración mientras abría la carta. Bajé la vista hacia el papel arrugado que se encontraba en mis manos y apreté los labios. Mis ojos danzaron entre las letras y empecé a leer en voz baja.

Hija, ni siquiera sé cómo empezar esta carta. Supongo que por el principio...

Después de la muerte de tu madre, me vine abajo. Todo me recordaba a ella y el dolor era insoportable. No había escapatoria ni posibilidad de escapar de la realidad. Se acabaron las vivencias íntimas y las complicidades gestadas a lo largo de una extensa convivencia en común. La conocí cuando tenía veinte años y desde entonces fuimos inseparables. La quería con locura.

Cuando me vi solo, la vida perdió el sentido y terminé cometiendo un error tras otro. Uno de ellos fue apartarte y tratarte como una extraña. Odiaba que me hablaras y que me mirases porque me recordabas a Carolina. Fui un idiota, ahora lo sé.

Sé que no tiene sentido pedirte perdón, pero espero que algún día podamos vernos y hablar tranquilamente. No sabes cuánto te echo de menos, hija.

Colin es un buen chaval y me siento tranquilo sabiendo que él cuidará de ti. Siempre estuvo enamorado de ti y tú de él.

Sé que no vas a quererlo, pero abrí una cuenta a tu nombre e ingresé dinero suficiente para que te compres una casa. Una casa a la que puedas llamar hogar. Te lo mereces, te arrebaté el que tenías.

Eres mi tesoro, te quiero. Sé feliz.

Aquellas palabras escritas de su puño y letra causaron un efecto devastador en mí, me golpearon en lo más profundo de mi alma y me

rompieron en mil pedazos. Dejé la carta encima de mis piernas y, con dedos temblorosos, me sequé las lágrimas. Sensaciones poco conocidas para mí se deslizaron por mi columna vertebral mientras intentaba asimilar todo lo que había leído. No me podía entregar a la tristeza y ya era hora de ser comprensiva. Me pregunté si debía confiar en él otra vez y creer todo lo que me había dejado escrito, pero a final de cuentas, era el único familiar que me quedaba. Tenía que tomar una decisión.

EPÍLOGO

Freya ya estaba despierta cuando abrí los ojos. Estaba doblando mis camisetas y colocándolas en el armario. Me podría acostumbrar a estar con alguien que cuidaba de mí como lo hacía ella.

Habían pasado dos semanas desde que le había dejado la carta de Damien para leerla, pero no había vuelto a sacar el tema. Yo sabía que no lo había olvidado porque se la veía un poco tensa. Se había mudado conmigo y con los chicos. Se apuntó a la universidad para seguir con sus estudios y por las tardes me ayudaba en el taller. ¡Como había cambiado mi vida en tan poco tiempo! Tenía a la chica que siempre había querido a mi lado, y lo más importante era que me había perdonado. Estaba contento, no había más secretos que ocultar.

—Estás despierto...

Ella se acercó a la cama y empezó a tirar de la manta que me cubría, deslizándola lentamente por mi cuerpo desnudo.

—Y tú traviesa. —Sonreí.

—Mhm...

—Hoy puedo llegar tarde, así que quiero descubrir lo que tienes pensado hacer conmigo.

Me gustaba estar con Freya y me gustaba que me mirara como si yo lo fuera todo para ella.

Llevaba puesta una camiseta mía que cubría todas las partes de su cuerpo. Su cabello estaba recogido en una coleta alta y no llevaba maquillaje, pero no le hacía falta. Era preciosa.

Me puse de pie, estábamos lo suficiente cerca como para compartir el aliento. Ella dejó sus manos deslizarse alrededor de mi espalda y a través de mis hombros. Sus caricias me parecieron excitantes. Me sentía como si llevara esperando ese momento toda mi vida. Una persona que me quería y una persona a la que podía devolverle el cariño con actos y palabras.

Se mordió la deseable curva de su labio inferior con su mirada fija en mi erección, que estaba dura y firme entre mis piernas. Mierda, me sentía impaciente; deseaba tenerla de forma salvaje. Mi boca se posó sobre la suya con una fiereza que no había esperado. Ella me dejó devorar su boca y me dejó poner mis manos en todas partes. No había suavidad, todo lo que existía era una ciega necesidad de estar dentro de ella y hacerla sentir el apuro que me estaba volviendo loco.

Dejé su boca para lamer y besar su cuello hacia abajo. Podría perderme besándola hasta que no pudiera respirar, hasta que me dolieran los labios.

Se quitó la camiseta y se echó hacia atrás. Dejé de respirar por un segundo y me paseé la mirada por su cuerpo exquisito. Puse mis manos a su alrededor y la empujé contra mí mientras caía de espaldas contra la cama de forma que ella quedase sobre mí.

Sus labios aterrizaron en algún lugar de mi pecho y mis abdominales se contrajeron tanto que hasta dolía. Jadeé su nombre y con la mano derecha agarré su cabello, tirando con suavidad hacia atrás. Me miró con los labios entreabiertos y gimió bajito.

—Házmelo con dureza —murmuró.

Vi ardor en su mirada y creí que mi respiración me había abandonado. Sin pensarlo, le separé las piernas y tiré con fuerza de su cabello. Su cuello quedó al descubierto y casi me derretí de placer. La besé en la garganta y sentí su corazón retumbar contra mis labios.

—Dime que me deseas, Freya —pedí tan excitado como nunca antes.

—Siempre. —Su respuesta sincera me enloqueció.

Estaba tan duro que dolía. Me gustaba que me dejara tenerla sin dudar, que intentara hacer que cada vez fuera diferente y única.

Llevé mis labios a su suave y sensible cuello, justo debajo del lóbulo de su oreja. Lo besé ligeramente y moví mis dedos por sus pechos. Tan pronto como mi boca alcanzó su hombro, usé la lengua para lamer su cuello en un continuo y húmedo movimiento. Terminé con un corto y sonoro beso mientras ella se encogía de placer. Ni siquiera me había dado cuenta de que todo el tiempo que había estado trabajando en su cuello, mis manos habían capturado sus pechos y mis pulgares estaban frotando y dando golpecitos contra sus sensibles pezones.

Mi miembro se puso más duro mientras mis manos continuaban moviéndose, para pellizcar las puntas lentamente. Su respuesta fue inmediata y

atrapé su boca mientras mis caderas comenzaban a empujar.

Mi cuerpo reaccionó mientras mi lengua bailaba en su boca y no pude evitar el pesado gemido que escapó de mi boca.

—Te necesito tanto que me duele —susurré contra sus labios.

Mis dedos se deslizaron hacia abajo por su suave piel hasta que encontraron su caliente humedad. Ella tembló contra mi mano y su boca imitó los movimientos de mis dedos. Levanté la mirada y tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos respirando con dificultad; estaba preciosa.

Deslicé mis manos por sus pechos, poniendo sus pezones entre mis dedos y cuando la miré a los ojos me gustó lo que vi, cariño y amor; sentimientos que había echado de menos.

—No me hagas esperar más —susurró.

Gemí en respuesta y me deslicé entre sus muslos. Me conduje a mí mismo más profundo y continué moviéndome; entraba y salía mientras mi boca vagaba por su cuello. Tan caliente, tan húmeda, mientras sus músculos internos me empujaron más y más dentro de ella. Mi corazón estuvo a punto de estallar debido a su frenética respuesta y a juzgar por sus suaves gemidos, estaba tan cerca como yo. La razón me abandonó y me perdí en un mundo de sensaciones físicas hasta que el temblor de su cuerpo me atravesó.

—Colin... —Las palabras murieron entre sus labios, levemente apretados.

No quería colapsar sobre ella, pero lo hice. Enterré mi cara en su cuello y la acerqué a mi pecho antes de reunir la energía para girarme. Podría estar así con ella para siempre.

—¿Esto era todo lo que tenías planeado? Poca cosa...

—¡Oye! —Golpeó mi hombro con su puño empujándome hacia atrás.

—Estaba bromeando, dulzura. —Me reí.

—No lo hagas más, no después de hacer el amor. —Cerró los ojos, apretándolos.

—De acuerdo. —Curvé mis manos en la parte de atrás de su cuello para atraerla hacia mí y poder besarla con suavidad. Tenté sus labios con los míos y sentí su respiración caliente y cansada por el esfuerzo. De repente, me atrajo hacia ella para saciar el hambre que había despertado en ella. Lenguas enredándose, alientos mezclándose y dientes golpeándose.

—Colin... —Abrió los ojos y me miró—. Quiero que vengas conmigo al banco.

—¿Pasa algo?

Ella pasó una mano alrededor de mi cuello y frotó su mejilla contra la mía.

—He decidido coger el dinero que me dejó mi padre —susurró.

—Ah, me parece bien.

—Y quiero llamarlo pero no me siento preparada. —Su tono era suave pero apretó los dedos contra mi pecho.

—No hace falta que lo hagas hoy, cariño.

—Mhm...

Alguien golpeó mi puerta tan fuerte que me sobresaltó. Freya se separó de mí y se cubrió con la manta hasta la barbilla.

—¡Necesito hablar contigo! —vociferó Vincent dando golpes cada vez más fuertes—. Ahora mismo.

Me bajé de la cama y me puse rápido unos pantalones cortos que habían encima de una silla y salí al pasillo. Vincent estaba de espaldas, con las manos apoyadas en la pared y parecía que respiraba con dificultad.

—¿Hermano?

Se dio la vuelta y no pude evitar soltar una maldición. Se veía furioso, fuera de sí. Tenía un ojo amoratado y casi totalmente cerrado por la inflamación. Su camiseta roja con el logo de los Chicago Bulls estaba manchada de sangre y de algo negro, que parecía aceite de coche.

—No sé qué hacer —rugió, engrosando su voz, bajando el volumen de la misma, con furia contenida. Acto seguido, se pasó las manos por la cara, sobre el área golpeada y me miró sin ocultar las dudas que lo atenazaban.

—¿Qué demonios ha pasado?

—¿Sabías que Stephanie tiene un hermano?

—No, joder.

—Justo cuando las cosas empezaban a ir un poco mejor entre nosotros, apareció ese imbécil de la nada —suspiró desesperado, apretando los puños—. Se presentó ayer en el trabajo de Stephanie y le pidió dinero. Ella le dijo que ha dejado de bailar y que no tiene, pero él no la creyó. Se puso violento y la agredió. La rescató uno de sus compañeros. Fui a verle... —Gruñó—. Alquiló una habitación, al parecer no quiere irse. Discutimos y terminamos peleándonos a puñetazos. Casi le mato... En fin, lo dejé inconsciente y no sé qué hacer. ¿Debería llamar a la policía?

—¿Respiraba?

Un oscuro presentimiento empezó a anudarse en mi estómago. ¿Acaso lo

había matado?

—No lo sé, joder. Salí corriendo. —Se me quedó mirando con seriedad.

—Voy a llamar a Jasper, tenemos que volver allí. Espero que no le hayas matado.

—Yo también porque no quiero volver a la cárcel.

Siguiente serie: El Infierno perfecto

Primer libro: VINCENT



VINCENT

EL INFIERNO PERFECTO

ALINA COWALSKI

Sobre la autora



Alina Covalschi nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid.

Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Sus géneros favorito son: el romance, paranormal y ciencia ficción. Ama leer y escribir, sobre todo libros donde los personajes pueden transmitir y hacer que el lector sienta algo.

Entre sus otras aficiones está dibujar, leer y viajar. Siempre le ha gustado crear.

Bailando con el demonio (2017) es su primera novela, editada en formato ebook por Selección RNR. Su segunda novela, *Soñando con el demonio* (2017) publicada igualmente por Selección RNR y *El secreto* (2018). Bajo el sello Selecta de Penguin Random House,

publicó *Un asesino enamorado* (2018) y *French Kiss*, que verá la luz en marzo de 2019.

Otros libros publicados: *Canta para mí*, *Austin*, *Jasper*, *Colin*, *Cuando el amor tropieza*.

Agradecimientos

Esta historia es lo que es gracias a mi amiga Beatriz Gutierrez. Gracias por tu amabilidad, tu paciencia y las horas que has dedicado a mi trabajo. Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho.

También quiero agradecer a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela .